SOBRARBE

Revista del Centro de Estudios de Sobrarbe, n.º 2. 1996

REVISTA

DEL CENTRO DE ESTUDIOS DE SOBRARBE

N.º 2

Sobrarbe, 1996

CENTRO DE ESTUDIOS DE SOBRARBE

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES

Consejo de Redacción:

Alfredo BERGUA MARGALEJO
Mariano CORONAS CABRERO
Ángel GARI LACRUZ
Antonio LAVILLA CERESUELA
Manuel LÓPEZ DUESO
José Antonio MURILLO GIMÉNEZ
Severino PALLARUELO CAMPO
Antonio PLA CID
Roberto SERRANO LACARRA

Coordinación y maquetación:

Roberto SERRANO LACARRA

Portada:

Pintura mural en la Iglesia Parroquial de San Juan. Toledo de la Nata.
(Fotografía: F. Parra)

Redacción y Administración:

Centro de Estudios de Sobrarbe
Casa de la Cultura
22340 BOLTAÑA
(Huesca)

Depósito Legal: Hu. 62/1995

I. S. S. N.: 1136-4173

Imprime: Gráficas Alós, S. A. - Huesca

ÍNDICE

Prólogo 5

Artículos

LÓPEZ DUESO, Manuel, *La restauración y reparaciones de 1853 en el Monasterio de San Victorián a través de un documento revelador.* 9

SOLANILLA BUIL, Antonio, *Sellos del monasterio de San Victorián de Sobrarbe* 29

PALLARUELO CAMPO, Severino, *Arnales* 37

COSTA TENORIO, Margarita, MORLA JUARISTI, Carlos y SAINZ OLLERO, Helios, *Elementos para una interpretación ecológica del paisaje vegetal del Sobrarbe* 47

ZUGASTI CARPIZO, José Antonio, *Los ibones del Sobrarbe* 83

Cado literario 117

CORONAS CABRERO, Mariano, *Coplas para una tierra: Sobrarbe* 119

MARTÍNEZ ARRUEGO, María Luisa, *La bruja. Una leyenda del Sobrarbe* 123

Apéndice 131

PRÓLOGO

El Centro de Estudios de Sobrarbe es, desde el presente año, centro adscrito al Instituto de Estudios Altoaragoneses. Se consolida así la trayectoria modesta pero, a la vez, decidida de un grupo de personas que pretende sacar a la luz y divulgar todos aquellos temas dignos de interés y de estudio en nuestra comarca.

El presente es un número que ha tardado en nacer, pero es de esperar, por fin, que la nueva etapa que se inicia clarifique la situación legal y administrativa del Centro y nos permita medir mejor nuestra capacidad y recursos.

Contiene esta segunda entrega cinco artículos diversos. Dos de ellos —de Manuel López y Antonio Solanilla— referidos al monasterio de San Victorián, fuente siempre inagotable de datos, de nuevos detalles para Sobrarbe…, ahora que algunas voces se alzan con fuerza para reclamar su atención. Otros dos nos hablan de sendos aspectos muy interesantes de nuestro patrimonio natural: la enorme diversidad botánica —de Margarita Costa y otros— y el paisaje de nuestros ibones —de José Antonio Zugasti—. En "Arnales", Severino Pallaruelo nos descubre el gran valor de lo cotidiano, donde la sencillez es fruto de un arte elaborado. Y junto a ellos, un rincón que hemos titulado "Cado literario", donde se contienen unas coplas en castellano y aragonés de Mariano Coronas y una popular leyenda "de brujas" contada por María Luisa Martínez y dibujada por María Ibáñez.

Es interés del Centro de Estudios de Sobrarbe poder dar a conocer documentos como el que, por ejemplo, abre esta publicación. Por ello, desde aquí animamos a todas esas personas inquietas a rebuscar entre los papeles que se guardan en muchas de sus casas; en ocasiones, mapas, planos, documentos oficiales o particulares sin aparente valor, capitulaciones matrimoniales, testamentos, albaranes, concordias, pleitos, contratos de obras, de aprendizaje, etc., pueden ser materiales que ofrezcan un apoyo a futuras investigaciones y que aporten una curiosa información para conocer nuestro pasado, para retratar la vida de aquellas gentes del *Sobrarbe y as Balles* de las cuales nos sentimos herederos.

Artículos

La restauración y reparaciones de 1853 en el monasterio de San Victorián a través de un documento revelador

Manuel López Dueso

En el Archivo Diocesano de Barbastro, donde fue depositada la documentación generada por el monasterio de San Victorián tras su desamortización, se conserva en el legajo 1.067 (*Templos y casas rectorales, de la "M" a la "V"*) un expediente en cuyo primer folio se titula su contenido: *Expediente instruido con arreglo al Real Decreto de 19 de Septiembre de 1851 y por orden del Excmo. Sor. Ministro de Gracia y Justicia de 16 de Febrero de 1853 para la reparación del Monasterio de San Victorián, cuya iglesia es parroquial de Los Molinos*. En su interior destaca un proyecto de restauración del monasterio del año 1853 firmado por el arquitecto grausino Víctor Estradera. Un plano y una memoria valorada que a continuación, con su grafía original, reproducimos y que posteriormente comentaremos[1]:

EXPLICACION de los reparos indispensables y de apremiante ejecucion, que segun el dictamen facultativo del Perito que suscribe, nombrado por el M.Y.S. Gobernador civil de la presente provincia de Huesca de acuerdo del Excelentisimo e Ylustrisimo Señor Obispo de Barbastro, deben efectuarse en la Yglesia y Monasterio de S. Victorian, cuya Yglesia es á la vez monacal y la unica parroquial del pueblo de los Molinos, en cuyo termi-

[1] Agradecemos al responsable de dicho archivo, D. José Lanau, las facilidades que nos dio y que proporciona a todo investigador que a él acude.

no, partido de Boltaña, se halla dicha casa religiosa, para conservar lo subsistente, restaurar lo mas necesario de lo derruido y precaver las ruinas que amenazan. Y presupuesto de los gastos ó coste de las obras, con atendencia á los precios del material puesto al pie de ellas, y de los jornales segun la estimacion comun que en dicho punto tienen.

Yglesia y su claustro

La pared exterior del medio dia, por la que se comunica la luz á su magnifica sacristia y al subterraneo hallado bajo de ésta para sepulcro de los antiguos monges presenta de arriba abajo una grieta ó abertura muy considerable, tanto mas dañosa, cuanto que está muy proxima á una de las esquinas y es ocasionada por la poca solidez del terreno en que se cimenta el edificio: de modo que se encuentran gravemente resentidas y quebrantadas la boveda del panteon que es pavimento de dicha sacristia, las de la techumbre de ésta y de la espaciosisima sala capitular, que se comunican una y otra por el presbiterio, y hasta la media naranja del crucero. Para evitar ulteriores estragos y precaver el aumento consiguiente de los gastos de reparacion, es necesario: 1º Rellenar y macizar el referido subterraneo, que con titulo de *El Carnerario* se conoce en el monasterio; 2º levantar en el angulo ó esquina amenazada un fuerte machon dentro de la alli llamada *Luna* que exteriormente apoye la parte conmovida; 3º recomponer donde quiera aparezca la citada grieta y lo quebrantado por el movimiento que ella designa.

Un espacioso y prolongado claustro, que en lo antiguo servia para sepultura de los fieles de los Molinos, y entonces como ahora los conduce á la Yglesia por lo interior del Monasterio, adolece de ser muy rebajada su bobeda escárcena, y esta por la misma razon se halla toda hendida y apuntalada con maderas. Empero, siendo estos incapaces de sostener la gravisima mole por mucho tiempo, es preciso que se sustituyan por tres arcos de mamposteria que apoyen la bobeda y no embaracen el paso.

Los tejados de toda la Yglesia, y en especial los de la referida media naranja, y tambien los del sobredicho claustro exijen pronta y extensa reparacion, porque casi de continuo los azotan y estropean, repercuciendo en la Peña llamada Montañesa, muy cercana al monasterio, los vientos mas furiosos. Exijela tambien la escalera del campanario, pues faltando su barandilla en algunos trozos hay riesgo de desgracias personales. El cuarto donde se halla el reloj tambien amenaza ruina.

Exponese aqui a la consideracion superior que se encuentra quebrada la campana mayor, sin embargo de necesitarle el vecindario de los Molinos, disiminado á un cuarto de legua del Monasterio; que se halla descompuesto y no andante el reloj, y que del antiguo organo no subsisten sino la caja ó maderas.

PRESUPUESTO DE GASTOS

Material

Se necesitan para los reparos de la Yglesia y su claustro, á saber, cal = 480 cahices (en este pais se mide y no se pesa la cal, su cahiz refaccionado, del que se usa, equivale a 3 fanegas, 4 celemines de Castilla) que á 16 r. v. cada uno, importan 7680

Yeso = 50 cahices, á 20 r. cahiz	1000
Ladrillos = 3500, á 29 r. ciento	770
Tejas = 4000, á 22 r. ciento	880
Maderas de seis metros de longitud = 30, á 40 r. cada una	1200
Cañizos ó tabla hoja = 70, á 7 r. pieza	490
Clavos para los cañizos = 2000	100
Tablas para cimbrias = 40, á 12 r. cada una	480
Utensilios de cestos, artesonillos, espuertas, sagas, escalas de mano, etc...	200

Jornales

De albañil = 340, que á 12 r.v. cada uno, importan	4080
De carpintero; 70, que á 12 r. v. por jornal, suman	1840
De peon, 550, los cuales deducidos 100 que han ofrecido gratis los vecinos de Los Molinos	2700

Ymprevistos

Se presuponen en su razon	1000
Suma	22420

Advertencia

Si la campana se fundiere, importaria	1000
Y si se arreglase el reloj, costaria	350
El organo sin Monjes, se juzga superfluo Total	23770

MONASTERIO

Debe dividirse en dos partes, y en la primera abrazar lo subsistente digno de conserbarse, y en la segunda lo derruido, de reconstruirse.

PARTE SUBSISTENTE

Palacio abacial

Edificado en gran parte sobre bobeda, y con balcones y ventanas de gran capacidad en su ultima pared del medio dia, que prolongandose hasta mas allá de la biblioteca sostiene á esta y al refertorio intermedio, uno y otro entre ellas y una de las del claustro, por

el que ambas salas se comunican, se halla resentido y con anchas grietas interior y exteriormente, y la gran pared abierta de arriba abajo frente á la propia biblioteca, por las mismas causas que la de la sacristia: sus tejados en toda la extension de la plaza, titulada huerto comun, en que dicha pared se cimienta, se hallan en mal estado, y las puertas y ventanas necesitan tambien mucho retoque. Es preciso por tanto: 1º Desmontar la pared sobre la biblioteca, en donde mas se ha conmovido y amenaza continuar conmoviendose; 2º construir alli mismo un gran machon ó estrivo que la apoye sobre el huerto comun, cuya superficie se halla cuatro metros mas baja que el pavimento del claustro, y que el paso por este para aquel, sobre cuyo paso en solidisima bobeda corre el Palacio, como tambien sobre otras que cubren á las cuadras y bodegas; 3º recorrer los tejados sobredichos; 4º obstruir las grietas interiores del propio Palacio y recomponer lo que por el movimiento aparece resentido; 5º arreglar las puertas y ventanas, cuyo mal estado es no pequeña causa de los deterioros del Monasterio.

Casa-habitacion del parroco de Los Molinos

Sita entre el Palacio abacial y casas que se han derruido, pues no celdas como otros regulares, sino casas completas, independientes, y con puertas y ventanas á la plaza principal y á la subalterna llamada huerto comun, habitaban algunos Monjes, se halla resentida por faltarle el apoyo de las hoy arruinadas. Tambien han padecido por los vientos y humedades sus tejados y maderas, y una de estas, puente del tejado, se vé quebrada yá en parte y amenazando proxima desplomadura. Es por ello preciso: 1º Levantar una pared de reparacion y apoyo que se lo preste por el lado de las casas arruinadas; 2º sustituir el puente debil y recomponer el tejado; 3º reparar los suelos y demas que conmoviera el hundimiento de los edificios contiguos; 4º remendar los balcones, ventanas y puertas, que aparecen en mal estado.

Casa de la Comunidad

Su antiguedad y la gran elevacion de la pared exterior del medio dia, han ocasionado que algunos trozos de ella se hallan resentidos: y como corre la casa sobre sotanos y bodegas bien construidas, de que se forman la bodega, panaderia, horno y cuadras debajo del piso representado en el plano, el edificio es muy digno de conservacion. Cual los demas ha padecido por los vientos, hielos y desamparo en tejados, y ventanas, por cuyo motivo es menester: 1º Desmontar y reconstruir algunos trozos de pared; 2º recorrer los tejados; 3º arreglar las descomposiciones del maderaje.

Hospederia

Este magnifico edificio, por debajo del cual se entra en el Monasterio, como el mas deshabilitado y desatendido, se halla yá con algunos trozos de suelo derrumbados, y con una de las esquinas del torreon que lo adorna tan cuarteada, que amenaza arruinar parte del edificio.

Faltan asimismo en él algunas puertas y ventanas. Casi todas las existentes necesitan retoque, y los tejados, como los del Monasterio entero, se ven deteriorados sobre manera. Urge pues, y es necesario: 1º Redificar la parte estropeada del torreon; 2º recomponer las ventanas y puertas subsistentes y reemplazar con nuevas las perdidas; 3º construir los suelos caidos, y reparar cuanto su ruina malease; 4º recorrer los tejados.

PRESUPUESTO DE GASTOS

Para el Palacio abacial

Material

Cal = 60 cahices, á 16 r. cahiz, importan	960
Yeso = 20 cahices, á 20 r. cahiz	400
Tablas para puertas y ventanas, 20, á 12 r. cada una	240
Tejas, 4800, á 22 r. por 100	1600
Maderas de seis metros de longitud, 12, á 40 r.v. por pieza	480
Cañizos ó tabla hoja: 30, á 7 r. cada uno	210
Clavos para los cañizos, 1000	50

Jornales

De albañil 70, á 12 r. cada uno	840
De carpintero 30, á 12 r. por jornal	360
De peon 124, á 6 r. jornal	744

Ymprevistos

Se presuponen en su razon	500
	6384

Para la casa del parroco

Material

Cal, 77 cahices, á 16 r. cahiz, importan	1232
Yeso, 14 cahices, á 20 r. cahiz	280
Ladrillos, 1200, á 22 r. por 100	264
Tejas, 900, á 22 r. 100	198
Maderas de 6 metros de longitud, 8, á 40 r. cada una	320
Tablas ordinarias, 14, á 12 r. cada una	168
Cañizos ó tabla hoja, 12, á 7 r. pieza	84
Clavos para los cañizos, 400	19

Jornales	
De albañil 75, a 12 r.	900
De carpintero, 20 á 12 r.	240
De Peon 90, á 6 r.	540
Ymprevistos	
Se presuponen	400
	3465

Para la casa de la Comunidad

Material	
Cal = 16 cahices, á 16 r. cahiz, importan	256
Yeso = 8 cahices, á 20 r. por cahiz	160
Tejas = 1200, á 22 r. el 100	264
Maderas de 4 metros de longitud, 12, á 30 r. cada una de ellas	360
Cañizos ó tabla hojas, 16, á 7 r. cada uno	112
Clavos para los cañizos, 500	25
Jornales	
De albañil 46 = á 12 r. cada uno	552
De carpintero 15, á 12 r. cada uno	180
De peon 60, á 6 r. por jornal	360
Ymprevistos	
Se presuponen	200
	2469

Para la Hospederia

Material	
Cal = 24 cahices, á 16 r. cahiz, importan	384
Yeso = 18 cahices, á 20 r. por cada uno	360
Tejas 1900, á 22 r. el 100	418
Maderas de 7 metros de longitud, una en	60
Yd. de 6 metros id., 10, á 40 r. cada una	400
Yd. de 4 metros id., 28, á 20 r. cada una	560
Tablas para puertas y ventanas, 16 = á 12 r. cada una	192
Cañizos ó tabla hoja, 24, á 7 r. pieza	168
Clavos para los cañizos, 1200	38

	Jornales	
De albañil 50 = á 12 r. cada jornal		600
De carpintero 30, á 12 r. jornal		360
De peon 120, á 6 r. cada uno		720
	Ymprevistos	
Se presuponen en su razon		400
		2374
	Total	18158

PARTE DERRUIDA

La falta de cuidado en las cubiertas de los edificios, ocasionada por la de fondos, pues no se dieron para la conservación del Monasterio en la Real Orden que prohibió su enagenacion, ha causado la total ruina interior de la biblioteca y de varias casas, de modo que unicamente se sostienen las paredes forales, y estas con no escaso resentimiento. El Monasterio todo podia decirse murado, y hoy ya se vé abierto por la ruina parcial de las cercas. Situado sobre un pronunciadisimo declive, que con calzadas se ve allanado artificialmente, puede decirse que un edificio se apoya en otro, y aseverarse que el lienzo que corre desde el Palacio á la biblioteca inclusives, como tambien la gran calzada que sostiene el huerto comun, son indispensables para la conservacion de la Yglesia, monumento del siglo anterior, y honra de las artes. Las partes arruinadas se marcan con numeros en el plano topografico, y para reconstruirlas, he calculado con la posible exactitud ser necesarias las cantidades siguientes:

Para los suelos y parte interior de la biblioteca	3880
Nº 1 del Plano	18080
Nº 2, excluido el molino, hoy innecesario	13120
Nº 3	1400
Nº 4	1080
Nº 5	10040
Nº 6	11220
Nº 7	4700
Nº 8	9540
Nº 9	1780
Reparacion de las cercas del Monasterio	2300
Por gastos imprevistos	3000
	80140

RESUMEN DEL PRESUPUESTO

Ymporta el de la Yglesia y su claustro		23770
Yd. el del Monasterio en su parte conservada		18158
Yd. el del Yd. en su parte derruida		80140
	TOTAL GENERAL	122068 r.

Al cual debe añadirse la recompensa del Perito que firma, por el examen facultativo y formacion del presupuesto de las obras; extension del plano topografico, y viage al Monasterio, y se deja á la consideracion de la Autoridad.

Graus, 26 de Setiembre de 1853.

Victor Estradera

El documento

El *Expediente instruido*… se compone, además de esta memoria y plano, de una serie de cartas intercambiadas entre el párroco de Los Molinos, el Obispado, el Gobierno provincial y diferentes Ministerios, en relación a la aplicación del decreto del 19 de septiembre de 1851 sobre reparación y edificación de iglesias parroquiales. El documento (presupuesto y plano) detalla el estado de las edificaciones conformando dos grupos con ellos: la iglesia más el claustro —sobre los cuales debía aplicarse el decreto de 19-IX-1851 como iglesia parroquial— y el "monasterio", dividido entre lo que subsistía en pie en la época y lo derruido.

Nos proporciona así una importante información sobre el estado del conjunto y las reparaciones necesarias. Además, se incluye el presupuesto, que contempla la oferta realizada por los vecinos de Los Molinos de acudir a realizar un cierto número de jornales de forma gratuita. Materiales y jornales nos muestran el nivel de precios de la época, a los que se añaden los "imprevistos". Obtenemos así una importante información, completada con el plano, que nos muestra la distribución de los edificios y estancias cuando aún era reciente su abandono y no muy grave su deterioro. Por ello elegimos este documento, ya que, merced al plano, poseemos una magnífica guía entre aquellas ruinas.

Su redacción se debe a que la ley de desamortización de Mendizábal aprobada en 1836 provocó el abandono del monasterio por los monjes; y un Real Decreto de 2 de septiembre de 1841 declaraba en venta las propiedades del clero. Pero San Victorián se vio favorecido por una Real Orden de 25 de mayo de 1844 que lo eximió de la venta

tras hallarse a punto de ser enajenado en la cantidad de 77.000 reales de vellón. Otra Real Orden del Ministerio de Hacienda al de Comercio, Instrucción y Obras Publicas del 30 de mayo de 1847 cedió el edificio al Ayuntamiento de Los Molinos, destinándose la Casa de la Comunidad para lugar de juntas.

Una Real Orden del 19 de septiembre de 1851, para la edificación y reparación de iglesias parroquiales llevó al párroco de Los Molinos, D. Antonio Bergua —cuya parroquial era la iglesia de San Victorián y residía en la antigua Limosnería— a recurrir ante el Obispado de Barbastro a fin de conseguir la apertura de un expediente para la aplicación del dicho decreto respecto al monasterio. Para ello se realizó el levantamiento de un presupuesto y un plano topográfico por el arquitecto grausino Víctor Estradera, que lo llevó a cabo entre julio y septiembre de 1853.

Presentado el expediente ante el Gobernador, se decidió que, puesto que la aplicación del Real Decreto sólo concernía a iglesias parroquiales, debía desestimarse su ampliación al resto de San Victorián, al considerarse escaso su valor artístico e incluso histórico, no conociéndose además un posible destino para el "monasterio" y añadiendo la necesidad de "*economizar algunos gastos que en otra época más próspera podrán verificarse con desahogo...*" (Carta al Obispo de Barbastro, 17-octubre-1853).

Pasado el expediente a la Cámara del Real Patronato, el 10 de mayo de 1856 se resolvió reducir la subvención a lo destinado para la reparación de la iglesia y el claustro a 21.980 reales —descontados los cuatro jornales ofrecidos por cada vecino de Los Molinos—, los cuales permitieron afirmar el muro S de la iglesia con la realización de un pilar en el interior del carnerario o cripta y un estribo al exterior. En julio de 1857 Isabel II ordenaba dar la cantidad de 7.000 reales para las obras en el monasterio. Se consignó además la ridícula cantidad de 400 reales anuales para reparaciones.

Reseñar cómo el 18 de noviembre de 1855 el arquitecto Víctor Estradera reclamaba el abono de sus honorarios, que, según él, se elevaban a 500 reales, *"cantidad insicnificante y casi inpropia a la facultad"*.

El conjunto monástico de San Victorián de Sobrarbe

En las siguientes líneas, queremos apuntar una serie de datos sobre el conjunto monástico de San Victorián de Asán o del Sobrarbe y las diferentes edificaciones que lo componen. Lo contemplaremos en su pleno esplendor; así pudo haberlo visto un viajero ilustrado de la segunda mitad del siglo XVIII como fray Joaquín Traggia, quien acudió a estudiar el archivo monástico a mediados de agosto de 1788 y residió en el monasterio hasta el 4 de septiembre. Queremos ayudar a aquél que se acerque a San Victorián a leer en sus piedras, a conocer su historia.

Al aproximarse desde L'Aínsa, el monasterio se muestra "*...bem no alto da Serra, a o pé de huãs ásperas peñas...*"[2], como señala el autor del primer mapa de Aragón, el portugués Juan Bautista Labaña, que lo visitó el 22 de diciembre de 1610. Desde el "*poble de Sant Martin de Asan* " (Los Molinos), se destacaba la techumbre de la iglesia "nueva", el remate de su cúpula y la torre, así como el muro que rodeaba el monasterio, en el cual destacaban una serie de torres cuadradas, una en el extremo SO, otra en el centro del conjunto, junto al Palacio abacial, y la tercera en el extremo SE. Un conjunto fortificado, posiblemente del siglo XVI, que se completaba con una torre circular en el ángulo NO, con aspilleras, alterado con la construcción de la iglesia "nueva" a comienzos del siglo XVIII y las posteriores ruinas. Y sobre el conjunto, "el Castellar", donde se hallaba el "castro Sancti Martini", a cuya sombra se edificó, allá en el siglo XI, el monasterio.

Ascendiendo poco a poco por la falda de la Peña Montañesa, tras pasar junto a la ermita de la Virgen del Pilar, fechada en 1716, se llegaba ante el monasterio, que el viajero norteamericano Richard Ford visitó en el siglo pasado y describió como "*un edificio noblemente emplazado, aunque toscamente construido, con una iglesia moderna"*[3], rodeado de amplios e inclinados campos. Atravesando la era, frente a los pajares para la mies y frente a la antigua herrería hoy desaparecida, se llega a la puerta de acceso al monasterio de San Victorián. La fachada, con forma de "L" y protegida por una torre, presenta junto a la esquina la puerta, de arco de medio punto, sobre cuya clave se labró el escudo abacial, *"campo de cueros recortados con báculo sobrecargado por una mitra"*[4], con fecha de 1575. Una fecha en que el monasterio se hallaba desamparado, al haber sufrido la desmembración de un señorío que se elevaba hasta entonces a varios prioratos —entre ellos los monasterios de San Pedro de Taberna, San Justo y Pastor de Oresma y Santa María de Obarra— y 54 pueblos del Sobrarbe y la Ribagorza. La bula *In eminenti militantis*, del Papa Pío V, dada en Roma el 28 de junio de 1571, aplicó la desmembración de estas posesiones a fin de crear el Obispado de Barbastro, a instancias de Felipe II. Sin embargo, no se resignaron los monjes de San Victorián —cuyo abad era diputado de las Cortes aragonesas— y reclamaron, enzarzándose en pleitos que se alargaron hasta 1595, sin que posteriormente no cesasen los conflictos entre los monjes y el Obispado, pero logrando recobrar finalmente el monasterio 25 de aquellos lugares.

La portada, sobre la cual se abre un vano de tradición gótica, da acceso a un pasadizo en recodo, de bóveda rebajada de lajas, en continuo equilibrio, que obligó a reforzar el arco del acceso a la plaza, en la cual desemboca el viajero. Frente a él, la

---

[2] LABANA, Juan Bautista, *Itinerario del Reino de Aragón* (ed. facs.), Imp. del Hospicio, Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 1895, p. 71 .

[3] FORD, Richard, *Manual para viajeros por el Reino de Aragón y lectores en casa*, Edics. Turner, Madrid, 1983, p. 70.

[4] GARCÍA GUATAS, Manuel (dir.), *Inventario artístico de Huesca y su provincia. Tomo III. Partido judicial de Boltaña, vol. II,* Ministerio de Cultura, Madrid, 1992, p. 115.

fuente-abrevadero, a la cual se acercaría a beber, junto a su cabalgadura, la fresca agua —fuente que hoy, restaurada, no mana—, traída de las faldas de la Peña Montañesa, canalizada a través de troncos vaciados y acequias excavadas en tierra. En la fuente contemplaría un escudo, decorado con cinco granadas o manzanas, el mismo que aparece en la cruz, alzada en 1543, y también en algún dintel, escudo que correspondía al abad Juan de Pomar. Rodeando la plaza, diversas puertas dan acceso a las estancias reservadas para cuadras y a la "cárcel" —poseía el monasterio la jurisdicción temporal y espiritual sobre varios lugares—[5]. Al sur, la Casa de la Comunidad, que en 1847 se traspasó al Ayuntamiento de Los Molinos, la masadería y el horno —citados en un documento notarial del 29 de julio de 1508 realizado por haber golpeado un monje a otro en el "*patio siquier corro"*[6]—. Tras la fuente-abrevadero, el molino, cuya única muela giraba movida por el agua que se traía de la Peña, luego utilizada para regar el "huerto común" bajo los muros del monasterio. Sobre éste, el matadero. Todo ello abastecido con los diezmos y otros derechos, como *"Navidad, Reyes, treudos, quistias, maravidi y plegueras"*[7], rentas que obtenía el monasterio de los pueblos de su señorío.

Por una rampa, se sitúa el viajero a los pies de la torre que protege el Palacio abacial, llegando a otra plaza en la que se situaban edificaciones relacionadas con la vida monástica. Al fondo de esta plaza, al O y al N, las casas de los monjes, cuyo número se elevaba a 20 antes de 1571, aunque varios residían en los diversos prioratos. Pertenecían los monjes a familias infanzonas de Sobrarbe, Ribagorza y Somontano, habitando cada uno en su casa con sus criados o "mozos". Obras de diferentes épocas facilitarían su ruina, ya anunciada en 1781 y clara en 1845 —como señala Pascual Madoz en su *Diccionario* [8]—, convirtiéndose sus ruinas en un huerto que, explotado por los últimos moradores, tenían que tener cuidado, al labrarlo, de no provocar el hundimiento del suelo, pues hasta tal punto fallaban las bóvedas pertenecientes a las antiguas casas que lo sustentaban.

En un rincón de la plaza, la Limosnería, luego Casa del párroco, donde se acogía a los necesitados. Junto a ésta, la Hospedería, con fachada del siglo XVII, de puerta adintelada, rematada por un frontón partido sobremontado por otro trapezoidal y culminada con un escudo "*que representa a San Juan Bautista, con el cordero echado a los pies, extendiendo la mano derecha sobre una torre"*[9], bajo un capelo arzobis-

---

[5] Archivo Histórico Provincial de Huesca. Sec. protocolos notariales, Boltaña. n.º 11.134. Notario Pedro Climent, f. 16v.-17. Johan de Villamana, preso en *la cárcel de Sanct Victorian,* promete no fugarse, bajo pena de muerte. 22 de marzo de 1524.

[6] Archivo Histórico Provincial de Huesca. Sec. protocolos notariales, Boltaña, n.º 817. Notario Mateo Adrián, ff. 73-75v.

[7] Archivo Diocesano de Barbastro. Leg. 573, doc. n.º 32.

[8] "*Todo el edificio se está arruinando, habiendo venido ya á tierra varias casas de los monges...*", p. 263 en Madoz, Pascual, *Diccionario geográfico estadístico histórico de España y sus posesiones de Ultramar (1845-1850).* Edics. Ámbito, Zaragoza, 1985, voz "Molinos (Los)", pp. 262-263.

[9] García Guatas, Manuel (dir.) (1992), *op. cit., vol. II,* p. 115.

pal[10] —hoy desaparecido— y con unas figuras infantiles a los pies. En su interior, amplias salas acogían a los peregrinos que venían a pedir agua al santo desde las comarcas vecinas, guardándose memoria de una rogativa ocurrida en 1219 en que comparecieron setenta y cuatro pueblos. Según era costumbre, en estas peticiones de agua se conducía el arca o urna con los restos de San Victorián hasta la Fuensanta, donde era sumergida en una balsa, pese a una prohibición dada en Roma el 19 de enero de 1619.

En el lateral E de la plaza, el Palacio abacial, edificio de carácter austero, medieval, con una torre cuadrada en su extremo S y restos de un matacán sobre la puerta de medio punto. Escasos vanos, de los que destacaba un vano ajimezado de fino fuste —hoy desaparecido—. La puerta del Palacio da acceso al patio cubierto por un artesonado del siglo XVI con boceles que enmarcan casetones. A la izquierda, una cuadra, luego herrería, y la escalera de acceso al piso superior, donde se hallaba la cocina de amplia campana troncocónica. A la derecha, en el patio, distintas estancias, entre ellas el "trujar", que desembocaba en las bodegas, que permitían salvar el desnivel del terreno y donde encontramos una cuba de 32 *nietros* (1 nietro = 200 litros). En el piso superior y parte del ala S del claustro, se distribuía la residencia del abad, incluido un oratorio, donde se alojó el francés Lucien Briet durante su estancia los días 5 al 14 de octubre de 1911, y de donde salió una cama del siglo XVI, con dos largueros sosteniendo un dosel y la cabecera adornada con columnitas, que pudo Briet ver en una casa de L'Aínsa[11]. Hoy sirven de alojamiento para los últimos habitantes del monasterio, la familia Puyalto. El Palacio sufrió diversas reformas, como la efectuada en 1790, donde trabajaron carpinteros franceses.

Desde el Palacio abacial se accede al claustro, dividido en dos pisos por una bóveda escarzana muy rebajada, ya en mal estado en 1853, con arcos apuntados en los ángulos, abriendo arcos de medio punto en sus gruesos muros hacia la "luna" del claustro. Recios muros de estrechos vanos, varios cegados, sin valor artístico, lo que dificulta su atribución a alguna época. Una noticia de 1566 señala que "*las claustras de viejas se van cayendo a pedazos y tiene grande necesidad de reparo"* (p. 285)[12], por lo cual podríamos suponer es obra el claustro actual del siglo XVII, al ser anterior a la iglesia "nueva" —edificada entre 1720 y 1737— y ser las puertas abiertas en sus crujías para acceso a las diferentes estancias del siglo XVII. Es más un claustro de carácter funcional, no artístico, que presentaba vanos toscos y gruesos muros para resguardarse y reducir la entrada del frío y de aquellos vientos que, procedentes de la Peña Montañesa, levantaban las tejas y hacían enfermar a los monjes.

[10] En el siglo XVII, dos abades de San Victorián fueron arzobispos: fray Pedro de Apaolaza —abad hacia 1620 y arzobispo de Zaragoza— y fray Íñigo Royo —abad hacia 1650, arzobispo de Sacer y que falleció en 1680—. Sería éste el escudo del abad Íñigo Royo.

[11] BRIET, Lucien, *Bellezas del Alto Aragón*. Edit. D.P.H., Huesca, 1977, p. 207.

[12] DURÁN GUDIOL, Antonio, "Un informe del siglo XVI sobre el obispado de Huesca", *Argensola*, n.º 32 (1957), pp. 273-295.

El claustro cuenta con sólo tres crujías, ya que la N desapareció con la construcción de la iglesia "nueva", destinándose a lugar de enterramiento de los fieles y por donde discurrían las rogativas a San Victorián antes de salir fuera del monasterio.

Mientras la crujía O sirve de acceso desde el Palacio abacial, en la crujía S se abren diversas puertas: unas dan acceso a las estancias del abad; otra, al Refectorio —pues, pese a vivir en casas independientes, los monjes, de la orden benedictina, compartían su comida— y a la Biblioteca. Debió de hallarse muy bien provista la Biblioteca de San Victorián. Ya en 1373, Pedro IV el Ceremonioso solicitaba se le enviara desde ésta "*trasumpto de las cronicas que nos havedes feyto saber*"[13]; posiblemente se refería a unas "Crónicas de San Victorián" —hoy desaparecidas—, anteriores a 1305, citadas en la *Crónica de los estados peninsulares*, o en la *Coronica de Aragon* de Fabricio de Vagad, editada en 1499. En 1400 Martín I solicitaba del monasterio una copia del *Instituta monacorum*[14]. En el monasterio de Montserrat se conserva un Sacramentario manuscrito, posiblemente procedente de San Victorián. Y junto a estas obras medievales, otras más modernas, como el "Libro de la Preciosa", que recogía el Necrologio del monasterio, "*copiado del antiguo en 1774* " —del cual ya se había obtenido una copia en 1607—[15], o multitud de obras y manuscritos realizados por los monjes, destacando la obra de Fray José de las Heras, *Columna de luz, que por el desierto de los Pirineos guía a los Devotos del Santo Anacoreta, Confessor, y Abad, el Señor San Victorian, para saber donde descansan sus Sagrados Huessos*, impresa por Pascual Bueno en Zaragoza en 1720.

Todas estas obras, con la desamortización, quedaron en el monasterio pese al mal estado de su biblioteca, ya latente en 1853, como señala el arquitecto Estradera. Sus libros se trasladaron a Huesca, con posterioridad al decreto de enero de 1869, por un enviado de la Comisión de Monumentos de la Provincia de Huesca, y como señala en una carta el párroco de Los Molinos, del 19-VIII-1876, "*la biblioteca no existe desde que se trasladaron los libros a Huesca, y hace años vinieron a tierra sus suelos y cubierta*"[16].

En la crujía E, unas puertas daban acceso a una serie de estancias, de las cuales desconocemos su función; entre ellas, la torre rectangular que defendía el acceso a la iglesia. Junto a ella, existió una capilla, la de Santa Catalina, que acogió los restos de los "Reyes de Sobrarbe", que en 1613, por una *"comission del Señor Don Phelipe*

[13] Rubio y Lluch, Antonio, *Documents per l'historía de la cultura catalana míg-eval, vol. I*, Edit. Institut d'Estudis Catalans, Barcelona, 1908, doc. CCLVI, p. 245.

[14] Rubio y Lluch, Antonio, *op. cit.*, p. 406.

[15] Recogía las fechas de defunción de abades, de papas, de los monarcas aragoneses y de los Austrias y Borbones (por ser de patronazgo real el monasterio), de los ermitaños de la Espelunca y de destacadas gentes de la comarca (en especial, del linaje de los Mur). Incluye la fecha de la muerte de Gonzalo de Sobrarbe como la más destacable.

[16] Archivo Diocesano de Barbastro, leg. 574.

Tercero, se reconocieron dos Tumulos, y en ellos se hallaron los Cuerpos de los Señores Reyes Don Iñigo Arista, y Don Gonzalo"[17]. Sobre esta capilla se levantó la torre-campanario, que en su estado actual es "*de dos cuerpos separados por imposta y remate con pequeño chapitel octogonal con pretil y gárgolas en esquinas"*[18], que abre vanos para campanas en sus lados E, O y S, y donde se alojó el reloj. Esta torre, de sillarejo bien escuadrado, debemos considerarla como realizada en la segunda mitad del siglo XVIII. La anterior, por su estado, afectada por los rayos y a punto de desplomarse, llevó a Felipe III a ordenar dar el 7 de noviembre de 1615 3.000 escudos para su arreglo, por ser el monasterio de Patronato y fundación real. Con la iglesia "nueva" —y posiblemente torre nueva, alzada sobre la capilla de Santa Catalina—, un incendio ocurrido el 30 de noviembre de 1763, y especialmente un rayo que abrió la torre el 14 de junio de 1764, aparte de un huracán que el primero de noviembre de ese mismo año azotó el monasterio, llevó a los monjes a solicitar, a través del Marqués de Avilés y el de Esquilache, ayuda para las reparaciones y restauración de la iglesia, concediendo en 1765 Carlos III 60.000 reales de la Tesorería de Zaragoza. La reparación se encomendó al maestro de obras Joseph Catalinete de Jaca —por las mismas fechas trabajaba también en el monasterio el maestro Dionisio Ranzón—. En la puerta de acceso a la torre, "*un pequeño relieve, bastante deteriorado, que representa una figura sagrada con un libro en la mano izquierda, sentada en una silla de tijera y enmarcada por una mandorla"*[19], de estilo románico, del siglo XII, es el único resto de la antigua iglesia medieval.

Unos escalones dan acceso desde la semioscuridad del claustro a la luminosidad de la iglesia, a través de una puerta adintelada y moldurada. Iglesia "nueva", sin nada que ver con la que en 1566 se describía como "*harto grande y bien labrada para en despoblado"*[20], que lucía en su altar mayor un retablo, obra de Johan de Madrid y Martin Bernart, realizado a comienzos del siglo XVI por encargo del abad Alonso de Aragón, hijo natural de Fernando II de Aragón, cuyo escudo aparecía en el retablo, y un coro, obra de Pedro de la Guardia, del siglo XVI. Pero esta iglesia, posiblemente medieval, ya no aquélla construida por Ramiro I en 1044, debía mostrar múltiples ampliaciones y estilos, y siempre se vio necesitada de reparaciones.

En 1593 escribían el abad y los monjes a Felipe II, señalando que con la erección del Obispado de Barbastro, y haberse aplicado a éste las rentas del abad, no disponían de cantidades para la "fábrica" del monasterio, aunque se dispuso por el Rey que se le asignaran los frutos del priorato de Bolea, lo cual no se llevó a cabo, y que de una cantidad, obtenida por no nombrarse abad durante doce o más años, fue utilizada por el Rey para sus propios fines, disponiendo sólo de 1.600 libras "*que se dieron para parte*

[17] Archivo Diocesano de Barbastro. Leg. 870. *Libro de la fabrica de San Victorian*, ff. 1-2v. Memorial a Carlos III (1765).

[18] GARCÍA GUATAS, Manuel (dir.), *op.cit*., *vol*. *II*, p.117.

[19] Ibídem, p. 118.

[20] DURÁN GUDIOL, Antonio, *op*. *cit*., p. 285.

del reparo de lo que fue tassado era necessario para dicho reparo por un Arquitector que por orden de V.M^{d} imbio al Conde de Sastago, siendo Lugarteniente y Capitan general por V. M ^{d} en aquel Reyno ha hazer visura de la necessidad que dicho monasterio tenia de ser reparado y tasso tres mil y seiscientos ducados para sola la casa sin tocar en la necessidad de ornamentos, joyas y libros que la yglesia tiene, que por haver 36 y mas años que no se ha hecho casi nada en ella, padesce extrema necessidad"[21]. Felipe II concedió en ese año mil libras, y en 1595, otra cantidad. Pero las reparaciones resultaban continuas, por lo que hay que añadir las dadas por Felipe III el 7 de noviembre de 1615, ya reseñadas. Se realizaron obras en la iglesia, como en 1683, en que se abrió la pared del Evangelio para construir la capilla de la Virgen del Rosario, hallándose una urna con reliquias.

En 1702, tras la muerte del abad fray Plácido de Orós, los monjes solicitaron se suspendiese por seis años la provisión de ese cargo y se empleasen sus rentas en el reparo de la iglesia, pero el Consejo Real lo desestimó. Será el abad fray Rosendo de Caso quien logrará de Felipe V la creación en 1720 de cuatro títulos de Castilla, cuyo producto se elevará a 24.960 libras, y se invertirá en la realización de una nueva iglesia, levantada desde los cimientos[22], excavando en la falda de la montaña y creando un foso que la aislase de la humedad. Se inició en 1728 y se concluyó en 1736, siendo consagrada en 1737 por el Obispo de Lérida —en los vanos presenta fechas como 1734 ó 1735, con la curiosa excepción del óculo situado a los pies, pues una dovela luce la fecha 1542—. La nueva iglesia era "*obra de cantería en los paramentos exteriores y de mampostería por el interior. Es de planta de cruz latina, de tres naves, divididas en cuatro tramos, con cuatro capillas poco profundas en el costado N, tres en el S y tres a los pies, crucero acusado en planta y altura, y cabecera recta orientada al O* ....[las cubiertas] *eran,..., de lunetos en los tramos de la nave central y en la cabecera, separados por arcos fajones de medio punto y de ladrillo; de arista entre fajones apuntados de piedra sillar en las naves laterales; bóvedas de cañón apuntado,...., en las capillas; cúpula sobre pechinas en el crucero, y de lunetos en los brazos. Tuvo coro bajo en el segundo tramo de la nave central,.... Dos sacristías a ambos lados de la cabecera, con puerta adintelada .... En la del costado S. hay una cripta rectangular con edículos para enterramientos*"[23].

Pero ni la nueva iglesia se iba a ver libre de reparaciones. En 1765, Carlos III concedió 60.000 reales de la Tesorería de Zaragoza, pues un incendio el 30 de noviembre de 1763 obligó a reparar los tejados, y el 14 de junio de 1764 "*una tronada, que dis-*

[21] Archivo Diocesano de Barbastro. Leg. 573.

[22] Las catas realizadas durante la restauración ofrecieron escasos datos por haber sido eliminados restos anteriores. Ver Turmo Arnal, Antonio, "Monasterio de San Victorián de Asán (Pueyo de Araguás-Huesca). Aspectos arqueológicos de los trabajos de restauración. Año 1992", *Arqueología aragonesa, 1992*, Edit. Dpto. de Cultura (D.G.A.), Zaragoza, 1994, pp. 165-167.

[23] García Guatas, Manuel (dir.), *op. cit., vol. II*, pp. 117-118.

paró un Rayo en la Torre, demolió su Capitel, rompió el arco de la Campana mayor, derritiendo parte de esta, quebró otra Campana, desquadernó el Relox, abrió la Torre hasta los cimientos por quatro partes; y por la que corresponde a la Iglesia, la separó tanto, que amenaza ruina, y sin grave riesgo, no puede entrarse a celebrar los Divinos Oficios: También abrió la pared del crucero, sacándola mas de un palmo de su nivel, destruyó el Organo, arrancó el rafe del texado, derruyó el quarto de las fuelles, y quebrantó la boveda del Claustro, desquadernó cinco Retablos, derribó estatuas, quemó el dorado de los Altares, y del rexado del Coro"[24]. Y en ese mismo año de 1764, el 1 de noviembre un huracán arrancó puertas y ventanas y deterioró el tejado.

En 1781, una carta al Rey señala la necesidad de reparos en la iglesia, claustro y muro de la iglesia —tasados por los maestros de obras en 75.294 reales de vellón, 4 maravedíes— y la necesidad de obras en las casas de los monjes y Palacio abacial por valor de 56.588 reales y 8 maravedíes[25].

No debió llevarse a cabo ninguna reparación más, salvo las obras efectuadas en el Palacio abacial en 1790. La desamortización de octubre de 1820 solamente despojó al monasterio de una serie de ornamentos litúrgicos. Tras la desamortización de 1836 y la aplicación del decreto de 1851 —ya citados en el comentario al documento—, a la ayuda otorgada por el gobierno en 1856 y la concedida en 1857 por Isabel II se sumará la recaudación lograda a través de las gestiones efectuadas por el diputado por Boltaña Mariano Armisén y Galindo, quien logra en 1867 allegar recursos para las obras imprescindibles, contribuyendo Isabel II con mil pesetas y la Diputación Provincial de Huesca con otras tantas. Nuevas obras llegarían en el siglo XX, como en 1926, en que se arregló el tejado de la iglesia, hasta que en 1950 el Obispo de Barbastro, Pedro Cantero Cuadrado, ordenase destejar la iglesia, lo que aceleraría su ruina.

Retomando a nuestro viajero, cuando éste se situase bajo la cúpula del crucero, cuyas pechinas se decoraban con las figuras en yeso de los cuatro Padres de la iglesia, podría contemplar frente a sí el grandioso retablo mayor barroco, en el cual se hallaban incorporadas las pinturas de los maestros Johan de Madrid y Martin Bernart (hoy en la Catedral de Barbastro). El retablo barroco vio financiado su armazón por el abad fray Plácido de Orós —fallecido en 1702—, reaprovechando las tablas de pintura del siglo XVI y haciéndolo dorar, como así también se haría con el de la capilla de San Miguel[26].

[24] Archivo Diocesano de Barbastro. Leg. 870. *Libro de la fabrica de San Victorian*, ff. 2-2v. Memorial a Carlos III (1765).

[25] SALAMERO REYMUNDO, Francisco, "Relación de documentos inéditos sobre el Real Monasterio de San Victorián, II", *Pirineos*, 112 (1981), pp. 69-88, doc. n.º 46.

[26] Sobre el retablo, ver: BIELSA, M.ª Asunción, "Las tablas del retablo de San Victorián de la Catedral de Barbastro", *Argensola*, n.º 37 (1959), pp. 61-68; y MORTE GARCÍA, Carmen, "Muerte de San Victorián", pp. 176-177 en AA.VV., *Signos. Arte y cultura en Huesca, de Forment a Lastanosa. Siglos XVI-XVII*. Edit. D.P.H., Huesca, 1994.

A los lados del retablo mayor, sobre sendas puertas, las estatuas de Felipe V y su esposa Isabel de Farnesio, que hicieron construir esta nueva iglesia. La puerta de la izquierda, sobre la cual estaba la estatua de Felipe V, daba acceso a la Sacristía, y una lápida en el suelo, frente al aguamanil, daba acceso, bajando los escalones, a la cripta o carnerario, donde se enterraba a los monjes, en pequeños edículos horizontales, o sentados, en nichos verticales. Lucien Briet, en 1911, contempló cómo habían sido expoliadas las tumbas, en cuyas paredes aún se lee algún nombre y fecha (Pablo y 1741). Desde la Sacristía, se accedía a una capilla tras el retablo mayor, donde se veneraban la urna con los restos de San Victorián y algunas reliquias: su anillo, báculo, mitra, guantes y zapatillas del Santo[27].

La puerta de la derecha, bajo la estatua de Isabel de Farnesio, daba acceso a la Sala Capitular, cuya bóveda de lunetos tenía pegados en ésta multitud de folios (¿?); era el lugar de reunión de los monjes en capítulo. Y, a su lado, el Archivo, que alojaba los pergaminos y códices en diversas arcas o "caxones" —estudiados por el ilustrado Traggia o por Abad y Lasierra—, como un Cartulario copiado en 1773 que recogía documentos medievales[28].

En el crucero, a la izquierda, el viajero podría observar el órgano, traído al monasterio en 1766, tras ser el anterior destruido por un rayo en 1764. En el suelo de ese brazo del crucero, el acceso a otra cripta.

En el brazo derecho del crucero, el túmulo funerario de los "reyes de Sobrarbe" Íñigo Arista y Gonzalo, que Lucien Briet describe así:

> *El panteón de los reyes de Sobrarbe, don Íñigo Arista y don Gonzalo, está situado enfrente, en el lado de la epístola. Protegido con una balaustrada, este mausoleo se compone de una arquería en la que se extiende un sarcófago negro en forma de ataúd. Más arriba y sobre un elegante soporte, aparece una segunda tumba, con un esqueleto de mármol semienvuelto en un sudario. El conjunto, completado por trofeos y un inmenso blasón, destaca sobre un manto real rematado por una corona, flanqueado por dos estatuas, la primera representa a Aragón triunfante, y la segunda a África vencida. Grabada sobre la arquería, puede leerse sin dificultad una inscripción latina*[29].

---

[27] Se conservan en el Museo Diocesano de Barbastro el báculo, la mitra, los guantes y las zapatillas, piezas del siglo XII.

[28] Depositado en la actualidad en el Archivo del Provisorato de Barbastro.

[29] Briet, Lucien, *Soberbios Pirineos = Superbes Pyrénées, vol. I*. Edit. D.P.H., Huesca, 1990, p. 288. Señalar que las figuras de Aragón y África son sólo pinturas. La inscripción decía:

De los dos cuerpos[30], el de Íñigo Arista se trasladó al monasterio desde Araguás, ordenando Pedro IV a los vecinos de L'Aínsa acudir al traslado a San Victorián en 1372[31], y para el cual dona un paño con las armas de los antiguos reyes de Aragón[32]; el de Gonzalo se hallaba "*soterrado en Sant Victorian"* desde su asesinato en el puente de Mediano, como narra la *Crónica de San Juan de la Peña* [33] del siglo XIV. Se hallaban las tumbas en la capilla de Santa Catalina, donde se abrieron ante unos comisionados de Felipe III en 1613, como ya hemos señalado, y luego se trasladaron "*à un Tumulo, ò Urna, que està en el Lintel de la Iglesia, à la mano izquierda, en que ay gravada una espada: translacion por cierto digna de dolor, por ser el sitio corto, y poco autorizado"*[34]. En 1766 se trasladaron los restos a su última y actual ubicación.

Volviéndose hacia la nave central, el viajero podía acercarse a contemplar el púlpito, "*pintado en blanco y en sus paneles figuran abades y abadesas, todos ellos provistos de su báculo"*[35], en cuya barandilla de yeso los viajeros solían grabar su nombre. Observaría los relieves en yeso de los arcos que daban acceso a las naves laterales y dividían en tramos la nave central, con pilastras rematadas por capiteles corintios y hojas y cardinas de yeso decorando los arcos. En la penumbra de las naves laterales observaría los retablos de las capillas, que un autor decimonónico describía como formado por "*columnas retorcidas, arcos y cornisas truncadas, y en fin, todo cuanto es característico del barroquismo"*[36], aquellos retablos pintados en blanco, sobre el cual destacaban los

D.O.M.
INNICO ARISTÆ: GUNDISALBO
SANCTII:
SUISQUE SUCCESSORIBUS: ARAGONIÆ
SUPRARBII ATQUE RIPACURTIÆ REGIBUS
SUB HIS MAUSOLEIS
CONSEPULTIS:
HOC GRATITUDINIS MONUMENTUM
REGALE S. VICTORIANI CÆNOBIUM
POSTERITATI COMMENDAUIT:

[30] El último de febrero de 1491, Fernando II concedía un privilegio a San Victorian, en el cual se hace referencia a seis cuerpos de reyes, aunque sólo se conocen los nombres de Íñigo Arista y Gonzalo. En LAS HERAS, Joseph, obra citada en el texto (pág. 20), p. 40.

[31] RUBIO y LLUCH, Antonio, *op. cit*., doc. CCL, pp. 240-241.

[32] RUBIO y LLUCH, Antonio, *op. cit*., doc. CCLVI, p. 245.

[33] ORCASTEGUI GROS, Carmen, *Crónica de San Juan de la Peña (Versión aragonesa). Edición crítica*. Edit. Inst. Fernando el Católico, Zaragoza, 1986, p. 33.

[34] LAS HERAS, Joseph, *Columna de luz, que por el desierto*..., Imp. de Pascual Bueno, Zaragoza, 1720, pp. 40-41.

[35] BRIET, Lucien, *op. cit*., p. 288.

[36] CARPI, Joaquín, "Monasterio de San Victorián", pp. 317-325, en AA.VV., *Aragón histórico, pintoresco y monumental. Tomo I. Huesca*, Imp. del Aragón histórico, Zaragoza, 1887, p. 324.

dorados, y hoy repartidos por diversas iglesias de la comarca —Latorrecilla, Torrelisa, Los Molinos, Araguás, Pueyo de Araguás, etc.—, tras haber perdido su imaginería en la guerra civil.

En el centro de la nave, el coro bajo, cerrado por "*una verja de hierro con armazón de pilastras de madera dorada y labrada. Los barrotes son de hierro forjado, cilíndricos y con nudos de latón"*[37]. Sobre la puerta, un frontón curvo partido, labrado con motivos ornamentales y rematado por una imagen de San Miguel Arcángel. El coro se forma de 27 sedes, incluida la del Abad, en madera de nogal "*con misericordias y respaldos decorados con motivos vegetales, máscaras y escenas respectivamente. Estas últimas narran la vida de San Victorián y van enmarcadas en paneles rectangulares de haces vegetales, redondeados en la parte superior y coronados por óvalos con tornapuntas. En las dos puertas se representan a San Pedro y San Pablo"*[38].

Culminada la visita, el viajero podía salir al exterior por una puerta de arco de medio punto, con dos pilastras labradas a los lados, de capiteles corintios y figuras humanas, rematado por un "*frontón mixtilíneo rematado en tres pináculos y en el tímpano escudo real"*[39], escudo al que rodea el Collar de la Orden del Toisón de Oro con las armas de Felipe V. Desde allí, nuestro amigo contemplaría en toda su extensión *a balle d'a Fueba* y podría ascender a la Espelunca, la cueva-eremitorio de San Victorián, o encaminarse a la Fuensanta. Pero estos viajes, cortos aunque interesantes, restan para otro día a nuestro cansado viajero.

Toda esta visita, este viaje por el tiempo, complejo ejercicio de imaginación, es ya difícil llevarlo a cabo. Las ruinas que invaden el monasterio y la dispersión de los objetos artísticos que allí se albergaron obligaría, para hacerse idea, a desplazarse a Barbastro, Boltaña…, a contemplar antiguas fotografías —como algunas realizadas por Lucien Briet y no publicadas—. Pretendíamos prender en las cabezas de los lectores un sueño, incitarlos a intentar conocer el monasterio, esperando que sean estas líneas una ayuda para alzar entre tanta ruina aquellas bóvedas, aunque ahora sólo sea en el aire, y convertir las paredes caídas en recios muros. Tal vez únicamente algunas viejas cabezas, las de aquellas afortunadas personas que pudieron contemplar el monasterio, si no en todo su esplendor sí en pie, puedan intentar ese sueño.

[37] García Guatas, Manuel (dir.), *op. cit., vol. I*, p. 207.

[38] Ibídem, pp. 207-208. Señalar que algunos autores consideran los altorrelieves o escenas como una representación de la vida de San Benito.

[39] García Guatas, Manuel (dir.), *op. cit, vol. II,* p. 117.

SELLOS DEL MONASTERIO DE SAN VICTORIÁN DE SOBRARBE

ANTONIO SOLANILLA BUIL

Era el sello el que ofrecía la máxima garantía de autenticidad y de originalidad de un documento.

Cuando se solicitaba la confirmación de un documento, se requería que éste llevase el sello de plomo, por ser más resistente y duradero, sin el peligro de romperse y desaparecer, y no privando así al documento de su garantía de autenticidad.

Ha sido un placer encontrar en el departamento de Sigilografía del Archivo Histórico Nacional una colección de sellos del monasterio de San Victorián de Sobrarbe. Un placer y una sorpresa que da categoría y confirma la presencia del "Scriptorium" medieval de nuestro monasterio, ya conocido por su Diplomática.

Los sellos que se describen más adelante son los de fábrica propia del monasterio, pues entre la colección se encuentran otros procedentes de documentos que se recibían de otros orígenes: Jaime I, obispado de Túsculo y monasterio de Poblet.

Existen más sellos procedentes de documentos externos que estaban en el monasterio, pero que se encuentran con sus documentos en el departamento correspondiente: sellos papales, obispados, etc.

Dice A. Guglieri que en los sellos de doble impronta se considera como anverso el que lleva el comienzo de la leyenda. Suelen ser letras por lo común mayúsculas, pero se utilizan también las minúsculas, aunque con menor frecuencia.

Ajustándose a la escritura propia de la época, según Sagarra, al principio son letras mayúsculas romanas, algo degeneradas. Entrando en el siglo XIII, se mezclan letras

góticas, siendo un período de transición del románico al gótico, llegando a ser como tipo único las mayúsculas góticas en toda su pureza.

Desde mediados del siglo XIV a finales del siglo XV se usa tambien la minúscula gótica, volviendo a aparecer las letras románicas en la época del Renacimiento.

Según Araceli Guglieri, la primera letra de la leyenda va precedida de una cruz colocada en la parte superior del campo del sello, lo que indica, en cierta manera, el comienzo de la misma.

Desde el siglo XIII, son frecuentes en las leyendas uno, dos o tres puntos colocados verticalmente separando las palabras.

Otras veces se ven entre ellas una cruz, camafeos, cabezas de ángeles o una florecilla.

Entre los sellos del monasterio de San Victorián se encuentran los de los abades del monasterio y los que representaban propiamente al monasterio.

No se me hace extraña esta distinción, pues ya he observado en otras ocasiones cómo el abad del monasterio distingue entre asuntos propios (y si los distingue es porque paralelamente los tiene) y los referentes a la comunidad religiosa.

El abad, por el hecho de serlo, no tenía la representatividad del monasterio en exclusiva.

Éste, a veces, aprovechaba en su favor lo que representaba su cargo, de mucha potestad e importancia entre la sociedad, sin ninguna duda; aunque, en contra, también he visto que otras veces la representatividad del monasterio la podía erigir el resto de la comunidad sin necesidad de contar con el apoyo del abad, e incluso en su contra.

Estas distinciones se muestran una vez más en la sigilografía. El abad, según el interés del documento en cuestión, ponía su sello o ponía el del monasterio. Y no es por nada, pero casi siempre eran intereses materiales (propios o comunes) o de poder.

En los orígenes de la Alta Edad Media, la cultura en general y los medios de comunicación escritos en particular estaban casi totalmente en exclusiva en poder de la Iglesia (desde el siglo V, según L. Núñez Contreras), antes incluso de que llegara a los poderes políticos y militares de la época.

Creo que es importante recordarlo para comprender la importancia del asunto en toda su dimensión.

En la decripción que a continuación se ofrece de esta colección de sellos, hay que decir que van ordenados según la fecha de emisión del documento al que acompañan. A continuación se hace una descripción de las características morfológicas del sello, seguido de una descripción del contenido del mismo.

Sólo se expresa el tipo de letra si es gótica. Le sigue un breve resumen del contenido del documento al que acompañan, y, por último, la numeración que éste tiene en el A.H.N., así como su localización en el mismo.

Sello del abad Bartolomé. Año 1247

Sello de cera oscura de una sola impronta en forma de doble ojiva, de 47 x 30 mm. Le faltan dos trozos, uno pequeño en la parte superior y otro más grande en la inferior. Sin impª.

Abad mitrado, de pie y con báculo en mano derecha.

Leyenda en doble gráfila:

+ S. B. ABBATIS ..... ORIANI

Pende de pergamino en el cual el abad del monasterio concede a feudo el castillo de Graus a Juan de Lagran y a su mujer, dando 300 mrs. y La Almunia de Lobera en término de Graus. Fechado en Graus el 13 de mayo de 1247.

Nº 1249 -E- Nº 239

Armº 4, caj. 62/Nº 7

Descrito en el catálogo de M. Pidal con el Nº 223, pág. 169

Sello del abad Fr. Bernardo. Año 1284

Sello de cera oscura de una sola impronta, en forma de doble ojiva, de 48 x 28 mm. Buen ejemplar. Impª 489.

Abad en el centro, de pie, mitrado, con báculo en mano derecha. En la mano izquierda, sobre el pecho, sosteniendo un libro. Es casi igual al anterior.

Leyenda en doble gráfila:

+ S:FRIS : BERNARDIABBIS : SCI. VICTORI

ANI (en el campo)

Pende de una carta partida por A.B.C. que contiene el arrendamiento de unos molinos de harina, con sus propiedades, que hace el prior de San Vicente de Valencia al abad del monasterio de San Victorián.

Fechado en San Vicente Mártir de Valencia el 21 de agosto de 1284.

Nº 1262

Armº 4. caj. 62/Nº 13

Sello del abad Fr. Bernardo. Año 1289

Sello de cera clara de una sola impronta, en forma de doble ojiva, de 48 x 28 mm. Deteriorada la leyenda. Impª 489.

La descripción es como el anterior.

Pende de una sentencia arbitral, dada por Jimeno Pérez de Pina, Raimundo Estorna y Arnaldo de Aymeric, escritores del rey, nombrados compromisarios en el pleito entre el rey y el abad del monasterio de Poblet, de una parte, y el Abad y el monasterio de San Victorián, de otra, sobre la iglesia de San Vicente de Valencia y sus propiedades.

Fechado en el monasterio de Poblet.

Nº 1263 Cal. 28-Nº 20 A

Armº 5. caj.77/Nº 2

Sello del abad Fr. Bernardo. Año 1289

Sello de cera oscura de una sola impronta, en forma de doble ojiva, de 48 x 28 mm. Deteriorado. Impª 489.

La descripción es como el Nº 1262.

Pende de la confirmación de sentencia arbitral dada entre el monasterio de San Victorián, de una parte, y del rey Alfonso III y el monasterio de Poblet, de otra, por los compromisarios nombrados al efecto, en el cual el monasterio de San Victorián cede todas sus posesiones y derechos del priorato de San Vicente de Valencia, por lo cual recibiría 6.000 maravedís de oro del abad y del rey.

Fechado el 19 de julio de 1289.

Nº 1264

Armº 5. caj. 76/Nº 12

Sello del abad Fr. Bernardo. Año 1297

Características del sello como el anterior. Un poco deteriorado en el lado izquierdo.

Es como el del Nº 1262.

Pende de una apoca de 6.000 maravedís que el monasterio de Poblet pagó al de San Victorián.

Fechado en el monasterio de Poblet el 26 de junio de 1297.

Nº 1265 -E- Apoca VI

Armº 5. caj. 78/Nº 1

Sello del monasterio de San Victorián. Año 1289

Sello de cera oscura, de una sola impronta, de 48 mm. de diámetro. Buen ejemplar. Impª 469.

En el campo del sello aparecen arrodillados, en actitud de orar, con las manos juntas, seis monjes, tres a cada lado y mirando todos a la parte central superior, donde está el símbolo del Espíritu Santo, que derrama los rayos de su divina gracia sobre ellos.

La leyenda bordea el sello entre dos gráfilas. Capital y minúscula.

+S : CONVENT : MON : SCI : VICTORIANI

Pende por cordón de cáñamo y cinta de seda roja de la confirmación de una sentencia arbitral dada en el pleito entre el monasterio de San Victorián, de una parte, y el rey Alfonso III y el monasterio de Poblet, de la otra, por los compromisarios nombrados para ello, en el cual cede el monasterio de San Victorián todas sus posesiones y derechos del priorato de San Vicente de Valencia, por lo cual recibe 6.000 maravedís de oro del rey y del abad del monasterio de Poblet.

Quod est actum in capitulo eiusdem monasterii, XIIII Klds. augusti, anno Domini, millesimo CCCº LXXXº IXº. 19 de Julio de 1289.

Lleva también el sello del abad Bernardo. Fechado en el monasterio de San Victorián.

Nº 1408. III-Nº 212 c.

Armº 5 caj. 76 Nº 12

Sello del monasterio de San Victorián. Año 1297

Sello de cera oscura de una sola impronta de 48 mm de diámetro. Un poco borroso. Impª 469.

Es igual que el anterior.

De un albarán de seis mil maravedís, que el monasterio de Poblet pagó al abad de San Victorián. 26 de junio de 1297.

Procedente del monasterio de Poblet.

Nº 1409.

Armº 5. Caj. 78/nº 1

Sello del monje de la orden de San Benito, Fr. Bernardo Bardaxi, procedente del monasterio de San Victorián. Sin fecha. Siglo XIII

Sello de cera roja, sobre masa de cera oscura, de una sola impronta, en forma de doble ojiva, de 65 x 42 mm. Está borroso y va prendido al documento con la trencilla por la parte inferior del mismo. Sin impª.

En la parte superior del sello hay un retablo, en el centro del cual esta la Virgen con el niño Jesús en brazos. Debajo hay dos figuras orantes, frente a frente, sosteniendo un báculo, y en punta del sello un pequeño escudo con hojas. A la altura de las cabezas de las figuras orantes, y en el campo del sello, hay varias letras.

La leyenda bordea el sello, cortada en la parte superior por la crestería del retablo, entre dos gráfilas. Letra gótica:

S. FRATIS BER...BARDXI...BENEDICTI

Pende por trencilla de lino blanca de una carta de los obispos de Zaragoza, Pedro, y de Vich, Raimundo, dirigida a todos los fieles en Cristo, concediéndoles indulgencia de 40 días por las limosnas que hicieron a la iglesia de San Victorián.

Sin fecha.

Nº 1.547 -E- Nº 472

Armº 5. caj. 78/Nº 13

Sello del abad Bernardo. Año 1391

Sello de cera roja, sobre masa de cera oscura, de una sola impronta, en forma de doble ojiva, de 48 x 28 mm. Está cubierto de papel. Sin impª.

Figura borrosa del abad, que aparece de pie sobre una ménsula y en el centro de un arco lobulado. No se lee la leyenda.

Pende por trencillas de lino de colores amarillo, avellanado y blanco de una carta del abad del monasterio de San Victorián, sobre la capilla de San Miguel de la villa de Torres.

Quod est acta in loco de Gradibus, nono die mensis aprilis, anno a Nativitate Domini, MºCCCº nonagesimo primo.

Nº 1299. -E- Nº 484

Armº 3. caj. 37

ARNALES

SEVERINO PALLARUELO CAMPO

Colmena en aragonés de dice *arna*. *Arnal* es lo mismo que colmenar o abejar: una construcción que alberga varias arnas o colmenas.

El arna tradicional del Alto Aragón es un recipiente muy peculiar que ofrece notables similitudes con los que emplean para el mismo fin en ciertas regiones próximas al mar Mediterráneo, pero muy alejadas de España, como Turquía, Jordania, Túnez o Marruecos. La presencia en las faldas de los Pirineos de un tipo de colmena —muy remoto— que se relaciona con Mesopotamia y con Egipto ha despertado el interés de algunos estudiosos que llaman la atención acerca del carácter excepcional del arna aragonesa en un contexto cultural —el de la península Ibérica— caracterizado por la presencia masiva de un modelo de colmenas tradicionales completamente distintas en sus formas y en su origen.

El arna

El arna tradicional del Alto Aragón es un recipiente cilíndrico de poco más de un metro de largo y de unos treinta centímetros de diámetro. Está construido con técnicas muy elementales de cestería, empleando mimbres, cañas o ramas de algunos arbustos que, después de trenzados, se recubren con boñiga. Las dos bocas se cierran con sendos discos de piedra. Las arnas, aisladas o agrupadas formando un arnal, se colocan en posición horizontal.

Cómo hacer un arna

Las abejas son un regalo de la divinidad para los pobres. Aunque no tengas campos ni montes que te pertenezcan, aunque no seas propietario de pastos ni dispongas de dinero para comprar piensos o forrajes, puedes convertirte en pastor de este menudo ganado volador. No importa que tu casa se alce en terrenos pobres y pedregosos y tampoco que apenas haya alrededor de la misma campos de cultivo o buenos caminos.

Todo lo que necesitas para hacer la casa de tus abejas lo encontrarás en los alrededores de la aldea. Primero tendrás que construir una cesta cilíndrica. Sal al monte con un hacha pequeña para cortar palos de sabina. La sabina, como cualquier madera, es mejor cortarla en invierno y con la luna en menguante. Necesitarás diez u once palos. Han de ser gruesos como el dedo pulgar. Este grosor se entiende medido en la mitad del palo, porque la punta gruesa será algo mayor. Cortarás los palos de unos seis palmos, porque aunque el arna sólo tendrá cinco, lo que sobre puedes cortarlo al final. Tras cortar las sabinas, las pelarás, y en el extremo más grueso, después de redondearlo un poco, harás un pequeño escalón o rebaje. Esto último hay personas que no lo hacen porque dicen que no es necesario: no los escuches, son los mismos que descuidan el buen acabado de todos los trabajos cuya realización perfecta lleva la alegría al corazón del que los ha hecho con esmero.

Si no encuentras sabinas puedes emplear boj o enebro. El boj va bien, pero su madera tiene menos correa que la sabina, es más rígida o —como decimos aquí— más bronce. De enebro no suelen encontrarse varas apropiadas, al menos en los árboles de esa clase que crecen por Sobrarbe. Si los buscas más al oeste, en las cercanías de Jaca o de Sabiñánigo, los hallarás buenos, porque allí crecen otra clase de enebros que apenas llegan a convertirse en verdaderos árboles: forman una maraña de varas delgadas y rectas que crecen como penachos de pelos y hacen unos frutos más pequeños que los de Sobrarbe.

Estos palos de sabina que te acabo de nombrar no han de torcerse: son los que irán rectos para dejarse abrazar por los mimbres o las cañas que se tejerán entre ellos. Acerca de si mimbres o cañas, yo he oído muchas cosas para defender un material u otro. Me parece que lo mejor es emplear el que resulte más fácil de conseguir, porque he visto arnas de caña que se han estropeado pronto junto a otras —también de caña— que albergan abejas desde hace décadas. Y con el mimbre sucede igual: hay arnas de mimbre buenas y viejas, pero en otras la carcoma, trabajando deprisa, ha destruido el hogar de las abejas en pocos meses. De todas maneras, entre los montañeses a los que he visto tejer estos materiales y sacar conclusiones de una experiencia larga, noto cierta preferencia por el mimbre.

Los mimbres, ya lo sabes, si hace muchos días que los cortaste, tendrás que ponerlos a remojo antes de emplearlos. Aunque para hacer cestas y canastas tienes que tenerlos en el agua 28 días, para las arnas no hace falta que estén tanto a remojo, y con 21 días será suficiente. Esto, de todos modos, no es exacto: si los sumerges en agua muy fría necesitarán más tiempo y si los tienes en agua templada podrás trabajarlos antes.

Para tejer los mimbres alrededor de los palos de sabina puedes clavar estos últimos en el suelo siguiendo la línea de una circunferencia de unos treinta centímetros de diámetro, pero yo te aconsejo que los asegures sobre una tabla gruesa en la que habrás hecho los diez un once agujeros equidistantes donde clavarás los palos. Como, al igual que algunos hombres, siempre quieren torcerse, yo te aconsejo que, además de amarrarles los pies, les ates a estos palos las cabezas. Puedes hacerlo con un aro de mimbre u otra cosa.

Para empezar a tejer selecciona un grupo de mimbres de tamaño parecido y rebájales un poco la anchura de la parte gruesa aplanándolos con la navaja. En la primera hilada —al igual que en todas las siguientes— dispondrás tantos mimbres como palos verticales hayas puesto menos dos. Colocarás el primero sujetándolo entre cuatro palos y, a continuación, pondrás el segundo. Irá éste sobre el anterior, pero situando el extremo en otro palo, que será el que está a la izquierda de aquél en el que se sujeta el extremo del primero. Así seguirás hasta completar la colocación de los ocho primeros mimbres (si son diez los palos verticales). Luego los irás trenzando hasta que se agoten. Al acabarse estos mimbres, dispondrás otros diez del mismo modo que los primeros, y después otros y otros más, hasta alcanzar la altura deseada, que será de unos cinco pal-

mos. De vez en cuando apretarás el tejido golpeando con una macica estrecha de carrasca o de otra madera pesada.

Cuando hayas alcanzado la altura deseada, deberás sacar el cesto de la tabla donde se sostienen los palos verticales y procederás a procurarte unas piezas de mimbre en forma de "U" que clavarás entre palo y palo para asegurar a la perfección el acabado del cesto donde vivirán tus abejas. Cuando esté concluido, mira tu obra: te asombrará la perfección geométrica del vientre acogedor donde las abejas dispondrán su dulce cosecha. Después guarda el cesto en un lugar seco y ventilado y olvídate de él durante un par de meses, hasta que llegue la hora de forrarlo con la boñiga que lo hará cálido y acogedor, oscuro e inexpugnable. Antes de poner la boñiga contempla de nuevo el cesto: si no te parece hermoso porque ves que las bocas resultan algo torcidas, el arna merece unos golpes. Levántala con decisión, con la boca donde están las puntas gruesas de los palos de sabina hacia abajo, y dale varios golpes contra el suelo. Luego haz lo mismo con la otra punta hacia abajo. Si tu arna no mejora el aspecto, quizá sea porque no tiene remedio.

La boñiga

Cuando las vacas o los bueyes comen hierba seca —en invierno—, síguelos para ver dónde cagan. Si el animal come demasiada paja, sus boñigas no te servirán: produce una masa que al secarse sobre los mimbres resulta demasiado quebradiza. Fíjate dónde quedan los excrementos del ganado que comió buena hierba seca y recógelos dos días después.

Para preparar la masilla con la que recubrirás los mimbres, has de comenzar por mezclar la boñiga con un poco de tierra bien fina y con agua. Esta mezcla se amasa en un hoyo, cavado en el suelo, que tenga dos palmos y medio de hondo por cuatro de diámetro. Remuévelo todo muy bien. Con una azada lo llevarás de un lado a otro, lo batirás y mezclarás, lo desharás, lo hendirás, lo agitarás y lo molestarás, lo acariciarás, lo surcarás y lo aplastarás: así un rato y otro hasta lograr una masa uniforme, fina y suave. Todo esto habrás de hacerlo cuando la luna se encuentre en menguante, porque de este modo la obra te resultará más firme y los gusanos y polillas no acudirán a destruir tu arna. Si no puedes hacer un hoyo o fosa para amasar la boñiga, emplea un carretillo o un bidón, pero mira que no tengan restos de pintura o de gas oil, porque las abejas son muy delicadas y no quieren vivir donde encuentran esas materias tan ajenas a las casas que la naturaleza les ha brindado desde el comienzo de los tiempos.

Cuando la masa esté preparada, toma la cesta, que es el esqueleto o estructura de la casa donde vivirán tus abejas, y sumérgela en la fosa donde descansa —apacible y suave— el potaje de boñiga. Primero sumergirás una mitad y luego la otra.

Después la sacarás del pozo de la masilla y la dejarás, de pie, junto a él. Ha llegado la hora de trabajar con el hisopo, escoba o *escopallo*, como aquí lo llaman. Se trata de una buena escoba de boj que habrás preparado con antelación atando un manojo de bojes a un palo de unos seis palmos de largo. Para que tu escoba no gire en su soporte, clava un clavo en el punto sobre el que atarás los bojes. Las ramitas no debes cogerlas en cualquier mata. Hay hombres que hacen su hisopo sin elegir los bojes cuidadosamente. Ponen ramas gruesas y ásperas que arañan las paredes del arna dejando surcos que, además de afear grandemente la obra, restan comodidad a la casa de las abejas. Debes elegir ramas tiernas, brotes nuevos de bojes muy copudos y poco ramudos.

El hisopo o *escopallo* lo mojarás como si fuera una brocha en la balsita del potaje y luego lo pasarás por el interior y por el exterior de la cesta ya embadurnada: frotarás con pasadas largas de abajo arriba o al revés, nunca de lado. Cuando veas que el arna ya ha recibido el buen vestido que la ha de hacer confortable, suave y cálida, debes ponerla a secar. Déjala en un sitio fresco y ventilado, pero no al sol, porque el sol se bebe enseguida la humedad de la masa y cuartea el vestido.

Los piellos

Cuando el arna se esté seca, habrá llegado la hora de cerrar sus bocas abiertas para convertir el tubo en una casita oscura y cómoda. Para cerrarlas necesitarás unas losas redondas que aquí llaman *piellos*. Has de buscar losas muy finas. Las harás redondas con un martillo. Golpearás con la punta estrecha y tendrás mucho cuidado para que la losa, en el punto donde golpees, esté bien apoyada en el canto de una piedra gorda y firme. Golpea con decisión, sin miedo. Cuando ya casi esté acabado lo retocarás colocándolo de canto en el suelo y golpeando con energía de modo que el martillo caiga perpendicular, con golpes fuertes en los que será la parte ancha del martillo la que caiga sobre la losa. Para acabar abrirás las puertecillas por donde las abejas entrarán en su casa: son las *piqueras*, que en número de cinco labrarás con la parte estrecha del martillo. Bastarán cinco golpes enérgicos y secos. Cada uno señalará en el borde de la losa un portillo que enlazará el mundo luminoso y frío de fuera con el cálido y oscuro del interior del arna. Debes cuidar el tamaño de las puertecillas. Si son muy chicas, no permitirán el acceso de las abejas, y si son grandes, dejarán pasar a los moscardones y abejorros, ladrones que siempre husmean junto a las colmenas buscando la oportunidad de penetrar en ellas para apropiarse de lo que no les pertenece. Esto de las piqueras se refiere sólo —ya lo habrás pensado— al piello de delante, porque el de detrás no ha de tener abertura alguna.

Cuando tengas el piello, pruébalo en la boca del arna. Con seguridad, habrás de retocarlo un poco hasta que, finalmente, ajuste bien. Será bueno que coloques una

chapita de hoja de lata al pie de las piqueras: eso molesta mucho a los descarados moscardones, porque los hay tan osados y pagados de la fortaleza de sus patas, que no dudan en ponerse a excavar a la entrada de la colmena para ensanchar los huecos de las piqueras y, si encuentran al pie de las mismas sólo la suave boñiga seca, consiguen su objetivo. Pero si les pones una chapita, el insolente moscardón, tras rascar, patear, *zeprenar* y sudar un rato, tendrá que marchar con las patas calientes sin hacer más grande la puerta por la que quería entrar.

A continuación deberás sellar bien la unión del piello con el cilindro que lo abraza. Emplearás la misma masa de boñiga que usaste para recubrir la cesta. Hazte una brochita con hierbas secas. Las mojas en la masa y, con suavidad, untas la línea de contacto entre la dura losa del piello y la suave pared del cesto hasta que quede bien sellada. Luego, harás lo mismo con el piello de atrás.

Ya tienes el arna. Ahora sólo te falta conocer la fórmula, con 21 ingredientes, del irresistible gofio que atraerá los enjambres hacia tu arna.

El arnal

Antes de que los hombres de estas montañas comenzaran a construir —hace miles de años— las casas cilíndricas de mimbre y boñiga para las abejas, las rocas les brindaban los mejores albergues. En las grietas y oquedades que se abren en las paredes rocosas encontraban las abejas refugios excelentes. Quizá por eso en su código genético queda algo que las conduce hacia las rocas, hacia las cuevas, hacia las grandes piedras y los precipicios: allí encontrarás los sitios mejores para poner las arnas. Busca una pared rocosa que mire al sur, muy soleada y próxima a algún barranco, charco permanente o fuente. Elige en ella un lugar resguardado y protegido de la lluvia por un resalte que forme una pequeña cueva: cuando lo encuentres y digas "éste es un sitio templado y tranquilo, aquí me quedaría a vivir", ya estarás en el lugar ideal para dejar tus arnas. Colócalas sobre unas piedras que formen una superficie llana y cúbrelas con ramitas de sabina. Así las he visto en muchos lugares. En los precipicios calizos, grises y rojizos, de la vertiente meridional de la Peña Montañesa, hay viejas colmenas que duermen —unas vivas y otras muertas— en covachos soleados y tranquilos sólo conocidos por los aldeanos que dejaron allí las arnas. También se ven colmenas en las faldas del Turbón, cerca de Ixea, y en otros muchos lugares.

Si decides construir un arnal, elegirás también para su emplazamiento un paraje rocoso. La casita que contendrá las arnas se apoyará en la roca e incluso será ésta la que cierre el edificio por uno de sus lados. Si no tienes rocas cerca, levantarás tu arnal junto a un muro alto o cerca de una ladera que proteja del viento las viviendas de las abejas.

El arnal tendrá planta rectangular y estará cerrado por tres de sus cuatro lados, en tanto que el cuarto permanecerá abierto para situar en él las bocas de las colmenas. Cubrirás la construcción con un tejado de una sola vertiente, que dejará caer el agua hacia el lado del arnal que no tiene cerramiento. Colocarás las arnas en posición horizontal, una junto a otra, sobre dos maderos que irán de un muro lateral a otro. Casi todos los arnales que he visto por estas montañas tienen dos filas de arnas con siete u ocho colmenas en cada fila. También los hay de tres filas, pero en éstos la fila superior ofrece dificultades a la hora de cortar las arnas para extraer la miel porque las colmenas se encuentran a mucha altura.

Para que puedas entrar a tu arnal a sopesar las arnas y comprobar así, por el peso, cuánta miel contienen, y también para extraer la dorada cosecha de tus abejas, abrirás una puerta en uno de los muros laterales.

Las arnas en la casa

En muchas casas de Sobrarbe, de Ribagorza y del Somontano hay arnas. El lugar preferido para situarlas suele ser la falsa o desván de la planta superior de la

vivienda. Allí, en las casas construidas a partir del siglo XVIII, se acostumbraba a abrir grandes ventanales rectangulares y apaisados sin cerramiento alguno. Por estos vanos entraba el aire para secar los frutos que se almacenaban en la falsa. En Pedruel, en Bárcabo, en Urriales y en otros muchos pueblos y aldeas, he visto arnas tendidas en estas ventanas.

En algunas casas había una balconada corrida, una terraza o una solana en la fachada que miraba hacia el sur. Bajo estas terrazas era frecuente colocar alguna colmena e, incluso, colmenares tan grandes como los que albergan las casitas preparadas sólo con este fin. En Guaso puede verse un magnífico arnal de este tipo en una casa del barrio de El Grado.

A veces, las arnas se sitúan también en viejas casetas agrícolas abandonadas, en corrales que ya no se emplean o en huecos amplios dentro de los muros que sostienen los bancales en las laderas soleadas.

ELEMENTOS PARA UNA INTERPRETACIÓN ECOLÓGICA DEL PAISAJE VEGETAL DEL SOBRARBE

MARGARITA COSTA TENORIO, CARLOS MORLA JUARISTI
Y HELIOS SAINZ OLLERO

Introducción

Hace una veintena de años, en el marco de un proyecto encargado por ICONA que llevaba por título "Bases biogeográficas para la Ordenación Integral del Sobrarbe", realizamos una síntesis cartográfica de la vegetación del Sobrarbe y elaboramos una memoria sobre el paisaje vegetal de este territorio.

El proyecto, inédito hasta la fecha, probablemente descanse empolvado en alguna estantería de la Administración, no así el paisaje de esta comarca, que, salvo excepciones, ha registrado una notable recuperación al reducirse la presión antrópica sobre los ecosistemas.

A pesar del tiempo transcurrido y la existencia de otras aproximaciones cartográficas (Dupias y col., 1982; Rivas-Martínez, 1987), aprovechando la oportunidad que nos brindaba el Centro de Estudios del Sobrarbe, hemos estimado interesante dar a conocer estos trabajos por los siguientes motivos:

1.– El esquema descriptivo de unidades de vegetación establecido en 1975 continúa siendo plenamente válido.

2.– La cartografía elaborada (vegetación real) resulta complementaria de los mapas de vegetación potencial o series de vegetación y constituye en la actualidad un

documento con un "cierto valor histórico", dado el intenso proceso de despoblamiento sufrido por esta región, que ha repercutido, lógicamente, sobre el dinamismo de la vegetación.

Aspectos metodológicos

La vegetación se ha estudiado desde una óptica descriptiva de los conjuntos estructurales, las comunidades vegetales y las series dinámicas. Durante los veranos de 1974 y 1975 se recogieron sobre el terreno gran cantidad de datos de la vegetación de la zona. Se realizaron alrededor de 450 inventarios y numerosas observaciones concretas. La fase de prospección-inventariación y el examen de los datos recogidos permitieron la definición de unidades de vegetación con caracterización esencialmente fisonómica. Se utilizaron principalmente aquellas especies cuya relación con los factores del medio, tales como humedad, temperatura, exposición, es evidente. El objetivo esencial fue la puesta en evidencia de agrupaciones vegetales sencillas y cartografiables. En la descripción del complejo de pastos alpinizados de los "puertos" se utilizó mayor detalle; no obstante, su complejidad impide su cartografía a la escala del mapa.

La cartografía de las unidades de vegetación se realizó con ayuda de fotografías aéreas (vuelo americano, 1:33.000). La fecha del vuelo (1957) y la escala impusieron serias dificultades. Fueron necesarios un gran número de recorridos de campo para precisar los límites por inspección sobre el terreno, ya que era imposible detectar en las fotografías citadas la mayoría de las formaciones. La zona sur, dada su gran homogeneidad y la fuerte influencia humana, exigió una atención especial.

La antigüedad del vuelo utilizable obligó en la realidad a considerar numerosos cambios con respecto a lo observado en las fotografías. En general, y sobre todo en los pinares de pino laricio, se apreció una recuperación importante por cese de la presión humana.

En ambos documentos se ha tratado de reflejar la "realidad vegetal" del territorio lo más fielmente posible, dentro de las limitaciones que imponen la escala y la complejidad de algunas zonas. Por ello, las unidades de vegetación aparecen integradas en grandes complejos o tipos bien definidos fisonómicamente; pero, dentro de éstos, la separación de las distintas comunidades no se expresa a través de líneas o trazados continuos. Las líneas normalmente traducen en la representación soluciones de continuidad netas entre comunidades vegetales, y ello, con frecuencia, no se ajusta a la realidad, pues es común encontrar situaciones de transición o cambios graduales con desarrollo territorial apreciable. Por todo ello se ha preferido basar la representación en el empleo de áreas coloreadas que contactan directamente, sin trazos de separación, dentro de un

mismo "complejo de paisaje". Con ello se consigue, por un lado, conjuntar unidades relacionadas entre sí florística o fisonómicamente, y, por otro, expresar las citadas situaciones de cambio o tránsito, gracias a los matices que permiten la combinación o superposición de colores.

El paisaje vegetal del Sobrarbe

La vegetación del Pirineo central, cuyo conocimiento se debe principalmente a los trabajos de Gaussen, Chouard, Dendaletche, Montserrat y Villar, Dupias y col., etc., presenta en el Sobrarbe un gran interés y originalidad debido a la convergencia de influencias muy diversas (mediterráneas, atlánticas, de alta montaña alpina o mediterránea), que originan un abigarrado mosaico de comunidades vegetales.

Desde un punto de vista climático, esta comarca se caracteriza por una fuerte continentalidad que responde a la localización del Sobrarbe en pleno Pirineo central, a cubierto de las influencias atemperantes del Atlántico o del Mediterráneo.

Los vientos cargados de humedad procedentes del Cantábrico (en otoño-invierno) o del golfo de León (primavera-verano) quedan retenidos por una sucesión de alineaciones montañosas que originan en esta zona un fuerte "efecto interno" (Izard in Dupias, 1985). No obstante, tanto el paisaje como el clima acusan marcadas diferencias con otras zonas aragonesas, típicas de la depresión del Ebro, en que la mencionada continentalidad no está amortiguada por un clima de montaña.

Una disminución notable de la temperatura, que lleva aparejada una reducción de la evapotranspiración, y un aumento local de la pluviosidad son las consecuencias más sobresalientes del ambiente de montaña pirenaico en cuanto a su proyección sobre el paisaje vegetal.

A pesar de que el sustrato geológico condiciona a veces la presencia de algunos tipos de vegetación, casi siempre a nivel de matorrales o formaciones herbáceas, es más bien la geomorfología la que permite explicar las principales diferencias paisajísticas. La alternancia solana-umbría y los fenómenos locales de inversión térmica, exagerados sus efectos por un relieve muy abrupto, son responsables de la distribución de un gran número de comunidades.

Las variaciones de los factores ambientales con la altitud, sobre todo la temperatura y la precipitación, dan lugar a una zonación vertical de la vegetación ("cliserie altitudinal"), en la que cabe diferenciar límites relativamente claros.

Los pisos de vegetación o los principales ambientes fitoclimáticos diferenciados en otros macizos montañosos del suroeste de Europa, pueden también reconocerse

en el Sobrarbe. La singularidad de esta vertiente meridional del Pirineo central radica en que coexisten, en las distintas bandas altitudinales, ambientes y tipos de vegetación centroeuropeos con otros marcadamente mediterráneos. Las distintas orientaciones, los cañones, los cantiles soleados, las pedreras de alta montaña, facilitan otras tantas situaciones en las que pueden convivir vegetales de muy diverso origen y con aptitudes ecológicas bastante dispares en un espacio relativamente reducido.

Esta amalgama de variados retazos de vegetación comunican heterogeneidad al paisaje y no se prestan a interpretaciones esquemáticas. Ello ha provocado algunos quebraderos de cabeza en algunos científicos *cartesianos,* que han caído en disquisiciones biogeográficas más o menos estériles acerca de si el Pirineo español es mediterráneo o eurosiberiano.

El territorio del Sobrarbe está cruzado por una serie de valles en los que predomina la dirección norte-sur. Abiertos hacia la Depresión del Ebro, se aprecia en ellos una progresiva influencia mediterránea a medida que se baja hacia el Somontano.

A lo largo de dichos valles se produce una paulatina transición desde comunidades alpinas hasta tipos de vegetación mediterráneos caracterizados, incluso, por una marcada termofilia. En las áreas intermedias se dan todos los tipos de gradaciones de paso o ecotonías, alcanzando gran importancia los ambientes mediterráneos húmedos o submediterráneos, que representan la transición entre los ecosistemas planocaducifolios centroeuropeos y los esclerófilos o aciculifolios mediterráneos xéricos.

Pueden así diferenciarse en Sobrarbe una serie de pisos de vegetación en relación con las temperaturas, como función linear decreciente de la altitud: un piso basal mediterráneo, en el que dominan encinares, cultivos de secano y plantaciones de olivos y almendros; un piso de carácter submediterráneo, caracterizado por quejigares, pinares secos de pino laricio y cultivos de secano, con una temperatura media anual del orden de 12 °C; un piso montano inferior, seco, con grandes bosques de pino silvestre, quejigares y bosques mixtos con tilos, fresnos, robles, etc., en el ambiente húmedo de los cañones; un piso montano superior, húmedo, en el que predominan los hayedos y abetales, sustituidos a menudo por pinares de pino silvestre, en el origen de cuya extensión suele encontrarse la actividad humana; un piso subalpino, con bosques claros de pino negro y landas de rododendros, arándanos, gayubas o erizón, que responden en las solanas a un marcado carácter mediterráneo continental (ambiente oromediterráneo); un piso alpinizado con pastos y sin vegetación arbórea, y una zona superior en que predomina el factor nival, que puede aislarse con la isoterma de 0 °C. La amplitud altitudinal de cada piso oscila alrededor de los 500 m., y su amplitud térmica, de 2 °C a 3 °C. Dentro de cada uno de estos pisos se pueden distinguir fácilmente un tipo húmedo y uno seco. En el piso montano, el haya y el abeto predominan en las zonas húmedas, pero ceden el sitio al pino silvestre en las secas. La humedad representa así un factor importante que permite establecer subzonas dentro de las zonas de primer orden que son los pisos de vegetación. El suelo permite, a su vez, establecer diferencias terciarias en la

mayoría de las unidades excepto en el complejo de pastos alpinizados de los "puertos", donde resulta determinante, siendo esencialmente diferentes las comunidades que se establecen sobre sustrato silíceo de aquéllas que lo hacen sobre sustratos calcáreos. Por las condiciones climáticas, la evolución de los suelos en este piso es muy lenta, traduciéndose en una gran influencia del sustrato.

Principales ambientes fitoclimáticos reconocibles en Sobrarbe

Altitudes aproximadas	Ambiente	Tipos de vegetación	Ambiente	Tipos de vegetación
> 2200	Alpino	Tasca alpina y vegetación de ventisqueros	Crioromediterráneo	Pastos duros de festucas "siso" Veget. glerícola
1800-2200 (2.400)	Subalpino	Pinares de pino negro con rododendro-arándanos Abedulares	Oromediterráneo	Pinares de p. negro con erizón
1400-1800	Montano	Hayedos - Abetales Hayedos/Pinares P. sylvestris musgosos	Montano-Mediterráneo	Pinares secos P. sylvestris Pinares p. nigra
800-1400		Bosques mixtos planocadrafolios	Submediterráneo (o supramediterráneo)	Quejigares
600-800	Colino	*	Mejomediterráneo	Carrascales Pinares P. halequensis

* El ambiente colino prácticamente no se presenta en Sobrarbe, dada la fuerte continentalidad y la gran influencia mediterránea existente en las altitudes bajas. Sólo en algunos cañones muy frescos, cerca de los ríos, algunos bosques mixtos de tilos, arces, etc., podrán referirse a este ambiente.

Complejo de pastos alpinizados

Un mosaico muy variado de comunidades vegetales conforman los pastos que aparecen por encima de los 1.800 m., respondiendo a pequeñas diferencias medioambientales, edáficas, climáticas y topográficas.

Generalmente, estos pastos están constituidos por vegetales cespitosos cuya cobertura rara vez es total; la erosión es el principal agente limitante de la cubierta vegetal. Los fuertes vientos, la escorrentía o el hielo impiden la evolución de los suelos, y, al presentar éstos poco espesor, la influencia del sustrato resulta decisiva.

Algunos autores han postulado una evolución conjunta del suelo y la vegetación hasta alcanzar etapas estables maduras ("clímax"), netamente acidófilas. Esto está muy lejos de la realidad en Sobrarbe, pudiendo observarse sólo en lugares de topografía poco abrupta y, en especial, sobre sustratos fácilmente descarbonatables.

La humedad del suelo y el sustrato litológico combinado con las distintas exposiciones y pendientes, dan lugar a numerosas diferencias ecológicas que se corresponden con otras tantas comunidades vegetales. El paisaje adopta una estructura reticular, condicionada por la geomorfología, y resulta difícilmente cartografiable a no ser en mapas realizados con mucho detalle.

El siguiente esquema puede resultar indicativo de las variaciones que se encuentran en este piso de vegetación:

I.- Pastizales sobre sustrato silíceo o suelos muy evolucionados (descarbonatados)

Este tipo de pastizales tienen bastante importancia por su extensión en la zona, ocupando los suelos desarrollados a partir de rocas ácidas por encima de los 2.000 m., excepto las gleras, los ventisqueros y las lagunas, tremedales y pastos con mayor humedad que la climática.

Por debajo de los 2.000 m. son raros, con excepción de los del subgrupo pionero con *Festuca eskia,* que sobre pedreras consolidadas y derrubios bajan hasta los 1.700 m. La cota de 3.000 m. marca el límite superior de los pastos, y a partir de aquí, sólo algunas plantas muy adaptadas se desarrollan en ambientes especialmente favorecidos entre las piedras.

Merecen señalarse en la zona los pastizales acidófilos que aparecen en el macizo de Las Tres Sorores sobre suelos maduros originados a partir de rocas ricas en calcio.

Se distinguen una serie de variantes:

* *Comunidades a base de* Festuca eskia *y* Festuca paniculata subsp. spadicea. Se desarrollan estos pastizales sobre suelos en fuertes pendientes, pedregosos o en laderas abruptas; pueden ser una etapa inicial o pionera o una clímax topográfica condicionada por la pendiente.

Aparecen en los macizos del Posets-Perdiguero, Tres Sorores, Punta Suelza y La Munia, ubicándose en zonas erosionadas en solanas. Son bastante resistentes a la sequía y a los contrastes térmicos.

Con la especie dominante, *Festuca eskia,* se encuentran *Festuca paniculata subsp. spadicea, Hieracium sp., Jasione perennis, Veronica bellidiodes, Deschampsia flexuosa, Festuca g^{o} ovina*. Son pastizales de ganado ovino, bastante resistentes a la erosión derivada del pastoreo; son de cobertura escasa y talla baja, y no admiten mucha carga ganadera. Para no favorecer la erosión, habría que evitar el recorrer mucho el ganado, práctica no aconsejable, pero muy frecuente en el pastoreo ovino del Pirineo.

* *Comunidades a base de* Oreochloa blanka, Carex curvula y Festuca airoides. Son típicas del piso alpino, con humedad climática y ambiente frío que se traduce en cierta xericidad, aunque se desarrollan en lugares más o menos llanos que retienen agua en el suelo. Soportan una cobertura de nieve muy prolongada (7 a 8 meses). Representan la etapa clímax de este piso y forman parte de la denominada "tasca alpina" (Montserrat, 1974). Corresponden al estado óptimo del pastizal en relación con las condiciones exteriores, tanto climatológicas como antropozoógenas. A diferencia del ecosistema forestal más estable, los pastos alpinizados forman un conjunto relativamente dependiente de la acción humana.

Junto a las especies características se encuentran *Androsace carnea, Pedicularis pyrenaica, Silene ciliata, Leontodon pyrenaicus, Leucanthemopsis alpina, Luzula lutea, Bellardiochloa violacea, Trifolium alpinum, Armeria alpina*.

Son pastos muy comunes en el macizo del Posets y en el entorno de Urdiceto, y de forma más localizada se encuentran en el resto de los macizos de la comarca. Por su gran estabilidad con las condiciones climáticas y edáficas, estos pastizales son muy resistentes al pastoreo.

* *Cervunales*. El factor que caracteriza mejor estos pastos es la humedad edáfica, por lo que se sitúan en zonas que reciben más lluvia o nieve. Generalmente aparecen intercalados con el resto de los pastizales, aprovechando zonas de acumulación de depósitos (pie de monte) en la base de laderas o escarpes, depresiones, fondos de circos glaciares, orillas de ibones, etc. En ocasiones pueden llegar a ocupar una superficie considerable en laderas o collados, siempre en relación con la persistencia de nieve en primavera.

Son pastizales muy densos, y como consecuencia de su distribución en mosaico pueden detectarse muchas variaciones florísticas por influencia de las comunidades vecinas. El cervuno, *Nardus stricta,* es la gramínea especializada que caracteriza estas formaciones; con ella apare-

cen habitualmente el regaliz de monte, *Trifolium alpinum*, y otras muchas herbáceas, como *Plantago alpina, Ranunculus pyrenaeus, Jasione perennis, Antennaria dioica,* etc. Es frecuente la presencia de muchas especies de los pastizales mencionados anteriormente, tales como *Bellardiochloa violacea, Poa alpina, Lotus corniculatus, Plantago media, Trifolium pratense, Iris xiphioides, Galium verum, Poa pratense, Festuca g^{o} rubra* o *Potentilla reptans*.

Aunque abundantes en el macizo silíceo del Posets, no faltan en la zona de Monte Perdido, aprovechando estaciones descalcificadas y el loess de polvo silíceo que recubre gran parte de los lapiazes calizos de este macizo.

Estos pastos permanecen verdes todo el verano, constituyendo "agostaderos naturales" que actúan como una importante reserva para el ganado vacuno, ovino y caballar.

* *Ventisqueros*. Comunidades a base de *Salix herbacea* y *Omalotheca supina*. Respondiendo a unas condiciones sumamente particulares, cual es una cobertura de nieve superior a nueve meses, aparecen comunidades adaptadas para un período vegetativo corto, en las que la fructificación es difícil, por lo que es común la reproducción vegetativa. Las condiciones microclimáticas bajo las que vive esta vegetación son muy uniformes debido a la protección de la nieve, que asegura una humedad constante y una temperatura en el suelo que no baja de 1 ^{o}C. Esto permite cierta actividad, incluso durante el período en que el espesor de nieve es grande. La naturaleza del sustrato tiene gran influencia sobre la composición florística de estos pastizales quionófilos de ventisqueros. Además del sauce citado, aparecen frecuentemente *Sibbaldia procumbens, Cardamine alpina, Ranunculus pyrenaeus* y la delicada *Soldanella alpina,* que surgen a medida que se va retirando la nieve.

II.- Sobre sustrato calizo

* *Comunidades con* Festuca gautieri *dominante*. En las zonas más xéricas, de topografía accidentada, aparecen estos pastizales, ocupando extensiones bastante considerables, siempre sobre suelos desarrollados a partir de rocas básicas. Son pastos propios del ambiente duro de la alta montaña mediterránea, muy expuestos a fuertes y bruscos cambios de temperatura, que no soportan una cobertura de nieve muy prolongada. Se trata de una etapa más o menos pionera, de pastos duros, que viven sobre suelos erosionados y tie-

nen una cierta importancia económica dado el gran número de cabezas de ganado que pueden sustentar como consecuencia de su gran resistencia al pastoreo. Con el sisó, *Festuca gautieri,* se encuentran *Androsace villosa, Vicia pyrenaica, Bulbocodium vernum, Erigeron alpinus, Aster alpinus, Leontopodium alpinum, Silene acaulis,* etc.

A pesar del poco valor nutritivo de la gramínea dominante, la presencia de algunas leguminosas hace que este tipo de pasto tenga algún interés. El sisó es muy resistente al pastoreo y protege al suelo de la erosión, siendo ésta, probablemente, su característica más apreciable.

* *Comunidades con* Kobresia myosuroides *y* Oxytropis foucadii. Son los pastizales clímax, en terrenos llanos o de poca pendiente, pero no encharcados, ya que no admiten una acidificación fuerte, y azotados por vientos. Aparecen en los macizos calizos por encima de los 2.400 m.

Además de la pequeña ciperácea *Kobresia myosuroides,* son especies características: *Oxytropis foucadii, Polygonum viviparum, Cerastium alpinum, Carex curvula, Thalictrum alpinum, Draba siliquosa, Gentiana verna, Aster alpinus, Euphrasia salisburgensis, Ononis cenisia, Gypsophila repens, Silene acaulis, Sesleria caerulea,* etc.

Resulta un pasto colonizador de lomas y cumbres muy batidas por el viento y la nieve, donde ya no puede vivir *Festuca gautieri*. El valor como pasto de *Kobresia myosuroides* es muy bajo, pero las gramíneas y papilionáceas acompañantes le confieren un cierto valor pascícola. En las proximidades del piso montano, llega a resultar muy abundante en estas comunidades *Sesleria caerulea*.

Estos pastizales ocupan las altas mesetas del macizo de Monte Perdido, en mosaico con cervunales. Un gradiente de humedad condiciona la aparición de los cervunales en las depresiones y este pasto en las zonas con escasa capacidad de retención de agua.

* *Ventisqueros:* comunidades de *Salix reticulata, Salix retusa* y *Ranunculus alpestris*. En las fajas de los cañones calizos de Añisclo, Ordesa y Escuaín que sufren una acumulación grande de nieve pueden detectarse localmente comunidades de ventisqueros calcícolas. Dos especies de sauces rastreros son las únicas leñosas capaces de soportar el ambiente adverso que provoca la nieve, derivado esencialmente de su peso. Junto a *Salix retusa* y *Salix reticulata* aparecen *Ranunculus alpestris*, planta boreoalpina característica de estos enclaves, y abundantes musgos y hepáticas. A pesar del sustrato, son frecuentes las áreas descalcificadas, en las que aparecen los rododendros.

III.– Turberas y tremedales

Tipo de vegetación que caracteriza los suelos permanentemente encharcados y con abundante agua, en los que la difícil descomposición de la materia orgánica origina una turba. Ésta es más ácida en suelos desarrollados a partir de rocas silíceas, pero las diferencias no son muy marcadas. De un modo general, esta vegetación se caracteriza por la dominancia de diversas ciperáceas, fundamentalmente especies del género *Carex,* y esfagnos, briófitos pertenecientes al género *Sphagnum*. Junto a éstas son comunes *Scirpus caespitosus, Narthecium ossifragum, Eleocharis quinqueflora, Stellaria palustris*.

En zonas calizas son frecuentes *Swertia perennis, Epipactis palustris, Eriophorum latifolium, Schoenus nigricans, Phyteuma orbiculare, Deschampsia media*. Estas turberas tienen frecuentes puntos de contacto con los cervunales; la reducción del encharcamiento permite la entrada de *Nardus stricta, Trifolium thalii, Trifolium alpinum, Plantago alpina* o *Polygonum viviparum*. Su valor pascícola es reducido, pero son interesantes como agostaderos naturales y refugios para el ganado en épocas especialmente secas.

Pinares subalpinos de pino negro con rododendros y arándanos

Los bosques y matorrales de pino negro *(Pinus uncinata)* con rododendros y arándanos *(Rhododendrum ferrugineum, Vaccinium myrtillus)* constituyen unas comunidades bastante homogéneas que representan la clímax tanto mesófila como umbrófila en el piso subalpino.

La estructura típica de la comunidad es la de un bosque no muy denso formado por tres estratos:

Arbóreo, constituido por pinos entre 6 y 20 metros, con una distribución por edades generalmente muy heterogénea. Es clásica la presencia de más de un 50 % de pinos muy viejos —más de 300 años— junto a una población joven muy vigorosa. La cobertura oscila en las zonas mejores entre el 60 y el 80 %, siendo bastante comunes los escarpes rocosos en los que abunda el pino negro disperso. Las ventiscas, las grandes nevadas, tormentas, una fuerte xericidad y un drenaje excesivo dificultan la vida de los pinos, determinando portes tortuosos, un crecimiento reducido y una gran mortalidad.

Arbustivo, muy denso, con cobertura del 100 % frecuentemente. Dominan en él, habitualmente, *Rhododendrum ferrugineum* y *Vaccinium myrtillus*. Como acompañantes más comunes se encuentran *Juniperus comunis ssp. alpina, Sorbus aucuparia, Daphne mezereum, Rosa pendulina, Salix pyrenaica,* etc.

Herbáceo, en el que son frecuentes musgos y líquenes, así como diversas plantas herbáceas, entre las que cabe mencionar: *Deschampsia flexuosa, Festuca eskia, Oxalis acetosella, Hepatica nobilis, Luzula caespitosa, Gentiana verna, Veronica offici-*

nalis, Phyteuma spicatum, Viola reichembanchiana, Melampyrum pratense o *Polygonum viviparum*.

El aspecto constante que presenta la comunidad típica de pino negro con landa de rododendro y arándanos es el de un matorral bastante denso más o menos arbolado; son comunes las zonas en que falta el pino negro debido a condiciones medioambientales excesivamente duras, entre las que destaca la fuerte acumulación de nieve y el suelo helado. La nieve se acumula principalmente en las fajas, por lo que el pino vive mejor en los crestones calizos.

Esta comunidad se encuentra generalmente entre los 1.800 y los 2.000 metros, llegando excepcionalmente los pinos hasta los 2.300 (2.500) metros en aristas rocosas protegidas de aludes. La isoterma anual de 0 °C o mejor, la isoterma de julio superior a 10 °C señalan el límite superior de esta vegetación arbórea. Los pinares presentan su óptimo en las laderas de umbría, en las que los parámetros ecológicos tienen poca amplitud, especialmente la temperatura. La nieve es muy persistente y actúa como protectora frente a las heladas tardías.

El pino negro es una especie excepcionalmente resistente a los fríos prolongados. En las estaciones en que vive, bajo condiciones ecológicas extremas, el crecimiento es muy lento, y el árbol no alcanza nunca el tamaño de las hayas y abetos próximos. Esto es especialmente válido en las condiciones kársticas tan comunes en el Pirineo central (macizo de Monte Perdido), y no tanto sobre sustratos silíceos (valle de Chistau), donde presenta porte menos tortuoso y una mayor talla.

La agrupación genuina de pino negro y landa calcífuga de rododendro-arándano aparece en umbrías: barranco de la Ribereta, por debajo de los lagos de los Millares en Viadós, barranco de Urdiceto, Faja de Pelay (umbría de Soaso) en Ordesa, Pineta y Lalarri, barranco de Barrosa y de Trigoniero.

Pese a la acusada homogeneidad florística de esta comunidad, pueden distinguirse gradaciones de paso en el contacto con los bosques vecinos:

* Hacia los niveles altitudinales inferiores, la comunidad se solapa con los abetales e incluso, de forma excepcional, con los hayedos, llevando en estos casos cierta cantidad de especies propias del piso montano, como: *Buxus sempervirens, Helleborus foetidus, Prunella vulgaris, Hepatica nobilis, Oxalis acetosella, Luzula nivea, Luzula sylvatica, Fragaria vesca, Saxifraga umbrosa, Lilium martagon, Ajuga pyramidalis,* etc. Estos contactos son muy frecuentes, por ejemplo, en Pineta, Ordesa, Añisclo, Bujaruelo…, alcanzando especial importancia en los montes de Plan (zonas del Collado de Sahún, Collado de Cocibirón) debido a la calidad del bosque resultante *(Abies alba - Pinus uncinata)*.

* En enclaves especialmente húmedos, con evaporación escasa y frecuentes nieblas (laderas N en valles estrechos), el pinar con rododendros se torna

paulatinamente en un abedular muy rico en plantas herbáceas de gran desarrollo (megaforbios). *Betula alba* y *Sorbus aucuparia* señalan el límite de la vegetación arbolada en estos casos, siempre aisladamente. Son patentes estos pequeños abedulares en Viadós (La Pauleta), umbría de la Peña Mediodía frente a Plan o en la umbría de Pineta.

* En los límites superiores, la formación de rododendro-arándano con pino negro se trueca paulatinamente en un matorral abierto de las mismas especies (Lalarri, Pineta, Viadós) y, después, en un pastizal alpino relacionado con las series de *Festuca airoides* y *Festuca eskia*.

En ocasiones este paso se hace a través de un matorral enano en el que abundan taxones boreoalpinos, como *Loiseleuria procumbens, Vaccinium uliginosum, Juncus trifidus, Luzula lutea, Vaccinium myrtillus, Carex curvula, Primula integrifolia, Leucanthemopsis alpina, Jasione amethyistina ssp. humilis*. Este matorral se localiza en crestas y laderas septentrionales expuestas al viento y con poco suelo.

Pinares oromediterráneos de pino negro con enebro, gayuba o abrinzón

En solanas o zonas abrigadas, con cobertura de nieve invernal menos prolongada, la vegetación potencial sigue siendo un pinar de *Pinus uncinata,* pero la composición florística del sotobosque es completamente diferente, siendo el enebro, *Juniperus communis ssp. alpina,* la planta más abundante. Entre las compañeras habituales se encuentran *Calluna vulgaris, Arctostaphylos uva-ursi, Dryas octopetala, Cotoneaster integerrima, Deschampsia flexuosa*.

Este tipo de agrupación vegetal aparece como etapa dinámica terminal de la vegetación en algunas laderas soleadas y en localidades xerófilas, pero dentro de un ambiente general húmedo.También sobre ciertos suelos que se desecan fuertemente. La duración de la cobertura de nieve invernal parece ser el factor ecológico principal que determina la aparición de una landa de rododendro y arándano o una de enebro. Este pinar con enebros aparece en solanas en Viadós, Pineta, Barrosa, Urdiceto, situándose a menudo, en mosaico, con los pinares del tipo anterior.

Por continentalidad y suelo calizo, en áreas de menor innivación, aparecen especies típicas de alta montaña mediterránea que conforman unas comunidades muy originales, en las que son frecuentes un conjunto de especies endémicas. *Echinospartum horridum* y *Thymelaea nivalis* son las especies más características de esta influencia mediterráneo-continental. Con ellas aparecen *Saponaria caespitosa, Arenaria tetraquetra, Arenaria capitata, Centaurea g^{o} montana, Paronychia serpyllifolia, Festuca g^{o} indigesta, Festuca gautieri, Koeleria vallesiana*.

El erizón o abrinzón (*Echinospartum horridum*) es una especie adaptada a condiciones de clima duro que no resiste períodos de innivación prolongada, de ahí su

localización preferente en lugares soleados y abruptos (cuestas, cornisas…), donde la nieve desaparece rápidamente. Forma típicamente unos cojinetes almohadillados, hemisféricos, muy espinosos y compactos, que recubren totalmente el suelo, lo que hace que sea un protector eficaz contra la erosión de los horizontes superficiales del mismo. Este matorral va acompañado siempre por boj, que nunca llega a alcanzar el desarrollo que adquiere en los bosques montanos, sino que mantiene un tamaño más bien rastrero por las condiciones más expuestas en las que vive.

La presencia de *Echinospartum horridum* es mayor en la parte occidental del Sobrarbe, siendo especialmente abundante en los pinares y crestas ventosas del valle del Ara, coincidiendo con la desaparición del piso subalpino genuino. Este tipo de bosque está especialmente bien representado en el ámbito del Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido (Tres Sorores, Solarons, Crestas de Diazas). En el Canciás, Peña Montañesa y Bujaruelo-Tendeñera aparecen también estos pinares con matorrales de marcada influencia continental.

En ocasiones, especialmente en las solanas, el pinar no encuentra condiciones adecuadas para su desarrollo, resultando dominante en las crestas ventosas y secas, repisas o fuertes pendientes este matorral espinoso de erizón. Tal como ocurre con el rododendro, también el erizón puede subir mucho en altitud, superando a los pinos, llegando a contactar con los pastos alpinos. Pero, a diferencia de aquél, es capaz de descender por las mencionadas solanas, con bojes progresivamente más altos, hasta ponerse en contacto con otros pinares y, algunas veces, con quejigales en ambientes ya submediterráneos. En estas zonas aparecen plantas típicas de las comunidades de estas cotas más bajas, como *Genista scorpius, Genista hispanica* o *Thymus vulgaris*.

Las zonas cubiertas por el erizón son amplias y diversamente distribuidas: Mondarruego, solanas del río Garona (Peña Montañesa), río Aso (Mondoto-La Estiva), Navaín, partes altas del valle de Solana, anticlinal de Boltaña, sierra del Galardón, ladera de Las Tres Marías sobre Escuaín-Revilla.

Quizá la acción humana por pastoreo excesivo y repetidos incendios pueda considerarse como un importante factor que contribuyó a la expansión del erizón, que se ve favorecido no sólo por las condiciones de topografía, sino por un suelo erosionado donde difícilmente se asientan otros vegetales.

Abetales

Caracterizan, junto con los hayedos, el piso montano húmedo entre límites altitudinales de 1.000-1.600 (1.800) metros. Aunque haya y abeto se encuentran normalmente asociados, sus exigencias ecológicas son diferentes. El abeto (*Abies alba*) requiere para su desarrollo suelos húmedos y profundos, en un ambiente seco y luminoso. El haya, por el contrario, exige cierta humedad ambiental y suelo seco, al menos superficialmente. Esto condiciona la presencia de abetos frecuentemente

en el fondo de los valles, casi enraizados en el agua, mientras que las hayas dominan en las laderas.

En Sobrarbe, el abeto aparece en rodales monoespecíficos o formando un bosque más o menos denso con especies de pino *(P. sylvestris* o *P. uncinata*) y, a veces, también con hayas. En estos casos, la estructura es la de un bosque pluriestratificado, caracterizándose las escasas plantas del sotobosque por su adaptación a las condiciones de sombra. El estrato arbustivo está constituido por boj y matas de *Daphne laureola* y *D. mezereum* fundamentalmente.

El estrato herbáceo y muscinal se caracteriza por su discontinuidad; la espesa capa de hojas caídas dificulta la vida de las plantas; éstas aparecen únicamente junto al tronco de los árboles y peñascos próximos no cubiertos por la hojarasca, donde viven aprovechando la humedad superficial. A menudo, en el sotobosque, aparecen unas plantas que caracterizan muy bien este tipo de formación: especies del género *Pirola* y algunas orquidáceas (*Listera cordata, Goodyera repens, Neotia nidus-avis*…), plantas que por su nutrición micotrófica pueden vivir sobre la capa de materia orgánica sin descomponer compitiendo con las raíces del árbol, en ausencia casi total de luz. Otras especies características de estos bosques son: *Hepatica nobilis, Oxalis acetosella, Veronica officinalis, Poa nemoralis, Prunella grandiflora, Prunella vulgaris, Potentilla erecta, Helleborus foetidus, Hedera helix*.

La proximidad de manantiales o arroyos, con gran arrastre de piedras, impide la evolución normal del bosque por escaso desarrollo del suelo, dejándolo en sus etapas iniciales. En estos claros muy húmedos aparecen abedules, sauces y temblones, mientras que, en los secos y pedregosos, se instalan el pino, menos exigente que el abeto, y un sotobosque denso de boj.

Abetales más o menos típicos se encuentran todavía en los valles de Pineta y Gistaín (Collada de Sahún, Viadós) y Ordesa. Abetos dispersos ocupando el fondo de vallonadas o cañones, o en situaciones favorecidas de ladera, tienen una distribución más amplia. Normalmente, aparecen muy entremezclados con hayas, abedules, servales, tejos, tilos, etc. Pueden verse en los barrancos de Barrosa, Urdiceto, Jalle, valle de Bujaruelo, cañones de Añisclo y Escuaín, valle de Gistaín (umbría de la Peña Mediodía). Abetos residuales que debieron formar parte de un abetal denso, en otras condiciones de clima y suelo y antes de la acción humana, pueden encontrarse en el Canciás de Fiscal o en las cercanías de Fanlo.

Hayedos

Se localizan, con los abetales, en el piso montano húmedo. Sus límites altitudinales son los mismos, pero condicionados siempre por la humedad ambiental. El haya (*Fagus sylvatica*) es un buen indicador de humedad atmosférica elevada, por lo que su distribución depende fundamentalmente del clima y de la topografía.

Respecto a la naturaleza y tipo de suelo, no muestra ninguna preferencia especial, a excepción de unas buenas condiciones de drenaje. Contribuye eficazmente a la génesis de suelos forestales profundos.

Al igual que ocurre con el abeto, es difícil encontrar enclaves monoespecíficos de haya o bosques donde sea el árbol dominante. Normalmente, las hayas aparecen mezcladas con abetos y pinos o formando un bosque mixto con tilos, avellanos, abedules, servales o fresnos. En determinadas condiciones llega a contactar con quejigos en las cotas más bajas en que aparece.

La estructura típica de un hayedo, con haya dominante pero acompañada siempre de otros árboles y arbustos, es la de un bosque pluriestratificado en el que la densidad del haya varía en función de un gradiente de humedad. Entre las especies características del estrato arbóreo, además del haya (*Fagus sylvatica*), cabe citar el abeto (Abies alba), abedul (*Betula alba*), servales (*Sorbus aria, Sorbus aucuparia*) o pino (*Pinus sylvestris*).

El estrato arbustivo está constituido fundamentalmente por boj (*Buxus sempervirens*), acebo (*Ilex aquifolium*), *Daphne laureola, Daphne mezereum, Sambucus nigra, Sambucus racemosa, Hedera helix, Clematis vitalba, Rubus idaeus, Rubus discolor,* etc. Este estrato es más rico en los claros del bosque o en los bordes, cortados u orillas de arroyos, donde pueden verse todas las etapas evolutivas hacia el bosque clímax. En estos casos, dicho estrato arbustivo se enriquece con muchos rosales (*Rosa pendulina, Rosa g^{o} canina*), *Rubus g^{o} glandulosa, Rhamnus alpina*.

También el estrato herbáceo es más rico en las bandas ecotónicas de transición. Dicho estrato está constituido habitualmente por: *Hepatica nobilis* y *Oxalis acetosella,* que pueden llegar a formar un tapiz muy denso. Además, se encuentran *Cruciata laevipes, Astrantia major, Asperula odorata, Fragaria vesca, Veronica officinalis, Brachypodium sylvaticum, Agrostis tenuis, Helleborus foetidus, Poa nemoralis, Prunella vulgaris*... Este tipo de hayedo se encuentra ocupando las paredes de los cañones (Añisclo, Escuaín) o bien laderas y fondos de valles (Pineta, Bujaruelo). Son escasos los hayedos densos; sólo se encuentran en puntos muy localizados de Añisclo, Pineta, Bujaruelo y Ordesa. Estos hayedos, exteriormente lujuriantes, son de una pobreza extrema cuando se penetra en ellos. A veces aparecen poblaciones de *Hepatica nobilis* en zonas con suelo fresco al pie de las laderas, pero, en general, el tapiz herbáceo es muy pobre. La competencia con las raíces de los árboles en los horizontes superiores del suelo parece ser la causa, en gran parte, de esta reducción del estrato herbáceo. Pero posiblemente otras causas motivan esta escasez: descalcificación del suelo, encharcamiento más o menos prolongado y, principalmente, la poca luminosidad que llega al suelo del bosque dado lo intrincado del ramaje y de las hojas, que sólo permite la existencia de plantas nemorales de floración precoz antes de que se produzca el desarrollo de las hojas de los árboles.

En exposiciones de solana, en ambientes secos y con suelo poco desarrollado, las condiciones son poco favorables al haya, que es sustituida por pino silvestre y, a veces, por quejigo y encina.

En los valles húmedos prepirenaicos, de carácter submediterráneo, con clima más seco, se encuentran hayedos con abeto y pino silvestre; este último, claramente dominante debido a los aprovechamientos forestales. El haya forma en ellos el subvuelo y domina únicamente en las umbrías. Hay hayedos de este tipo en parte del Canciás, Bujaruelo, Ordesa (cono de deyección de Cotatuero), barranco de Jalle y anticlinal de Boltaña. Hayas residuales o reducidas a simples brotes que encuentran dificultades para desarrollarse plenamente pueden verse en zonas donde el dominio actual corresponde al pino y quejigo (barranco de Airés de Bestué, Peña Montañesa).

Pinares de pino silvestre

Caracterizan el piso montano, relativamente seco, de la vertiente española de los Pirineos. El pino silvestre (*Pinus sylvestris*) es un árbol muy heliófilo, capaz de soportar heladas tardías y fuertes sequías; no tiene muchas exigencias edáficas y se desarrolla bien en suelos de poco espesor.

Actualmente, este bosque domina en casi todo el piso montano, desplazando a abetales y hayedos; antiguamente, éstos dominarían en los fondos de valle y laderas frescas, encontrándose el pinar en laderas pedregosas y secas y en las crestas, acompañado siempre por boj, donde las condiciones de suelo y ambiente no permitirían la instalación de abetos o caducifolios. Sucesivos cambios de clima, unidos a la acción del hombre, sobre todo por talas, favorecieron la extensión cada vez mayor del pino a expensas de los demás árboles. La tala del bosque supone el que se produzca una cierta erosión en el suelo al quedar sin cubierta vegetal. Como consecuencia, la insolación es más frecuente y el suelo se hace más seco. En estas condiciones, la instalación de nuevo de abetos o hayas está muy dificultada; no así la del pino, que por sus características biológicas encuentra las condiciones adecuadas para su desarrollo. A partir de los crestones, cantiles y laderas pedregosas y pobres donde estaba instalado, el pino fue invadiendo los bosques anteriores por todo el piso montano. Sólo en lugares frescos y húmedos, con buen suelo, se sitúan actualmente el abetal y el hayedo, dándose todas las gradaciones de paso de un tipo de bosque a otro.

Las poblaciones de pino no caracterizan especialmente ningún tipo de ambiente, tal como ocurre, por ejemplo, con el haya, y la composición florística del sotobosque depende de la de las comunidades vecinas. El óptimo de estos pinares lo constituyen las poblaciones muy densas de pinar musgoso sobre suelos profundos y húmedos. El sotobosque está constituido por plantas típicas de abetal, muy adaptadas a vivir en la sombra. El suelo se cubre de modo más o menos continuo por una gruesa capa de musgos, que, por su gran capacidad de retener agua, permiten al pino resistir durante los períodos secos. Entre las especies arbóreas que acompañan al pino no es raro encontrar algunos pequeños rodales de abeto y hayas o avellanos. Entre las especies herbáceas más típicas de todos los pinares musgosos están algunas especies del género *Pyrola* (*P. minor, P. chloranta*) y, sobre todo, *Hepatica nobilis* y *Oxalis acetosella*. Son

frecuentes también *Anemone nemorosa, Lilium martagon* y *Primula vulgaris*. En los claros del bosque producidos por caída de pinos, arrasamiento por aludes, talas, etc., el suelo se cubre rápidamente con nuevas plantas especialistas en estas situaciones: *Atropa belladona, Digitalis purpurea, Digitalis lutea, Sorbus aria…*

Pinares húmedos de este tipo, semejantes a los bosques típicos montanos de abetal-hayedo y con muchas introgresiones de estas especies, se localizan en todos los cañones de la comarca: Añisclo, Escuaín, Ordesa, así como en el valle de Pineta, Urdiceto, barranco de Barrosa, Bujaruelo, Peña Montañesa, barranco de Jalle...

En el piso montano de ambiente seco, determinado normalmente por menor altitud o, en otros casos, debido a la topografía y exposición, la composición florística de estos pinares es diferente; desaparecen las especies típicas del abetal y hayedo y son sustituidas por otras más frecuentes en los quejigales que constituyen las comunidades vecinas. Entre las matas del sotobosque, además del boj, se encuentran *Genista florida, Coronilla emerus, Ligustrum vulgare, Lonicera xylosteum, Viburnum lantana, Rhamnus catharticus y Juniperus communis,* y dominando el estrato herbáceo: *Ononis natrix, Lavandula angustifolia subsp. pyrenaica, Prunella grandiflora, Lotus corniculatus, Helianthemum nummularium,* etc.

De estas características son los pinares que aparecen alternando con quejigares en las exposiciones de solana a lo largo del Cinca, de Escalona a Laspuña, en la entrada del valle de Gistaín, Añisclo, Peña Montañesa…

Como es lógico, en cada valle aparecen infinidad de modalidades que es imposible describir, dándose diversas gradaciones con diferentes comunidades de paso entre pinar-abetal-bosque mixto-quejigal y pinar-glera-crestas ventosas…

En las partes más bajas del piso montano, sobre suelos muy erosionados o como consecuencia de antiguas roturaciones, se encuentran estos pinares muy empobrecidos en contacto o mezclados con pinares de pino laricio y con sotobosque típico de la vegetación submediterránea (aulagas, enebros, boj, tomillos…).

Bosque mixto en suelo rico

Al pie de los grandes cantiles del piso montano se instala frecuentemente un tipo de bosque que no corresponde al clásico pinar o abetal-hayedo, sino a un bosque integrado por todo un conjunto de árboles caducifolios muy frecuentes en el Pirineo. Aprovechando las condiciones generadas por estos cantiles, que dan lugar a una cierta protección para la vegetación (mayor humedad por nieblas frecuentes, climas más cálidos), y sobre un suelo aireado y poco ácido, originado por depósitos procedentes de los roquedos vecinos, se instala este bosque, muy rico y diversificado, de estructura y ambiente semejante al de las masas boscosas centroeuropeas.

Las especies más frecuentes que aparecen en estos enclaves especialmente favorecidos son: *Ulmus glabra, Tilia platyphyllos, Corylus avellana, Acer opalus, Acer*

campestris, Acer monspessulanum, Acer pseudoplatanus, Fraxinus excelsior, Sorbus aria, Sorbus aucuparia, Taxus baccata, Betula alba, Populus tremula…

Estos bosques se localizan formando mosaicos en casi todos los pinares y abetales del piso montano. El paso de unas formaciones a otras, como es habitual, no ocurre de forma brusca y bien delimitada, sino a través de grados intermedios. Junto con las especies arbóreas citadas se encuentran, como en todo el piso montano, un sotobosque de boj y una serie de plantas que coinciden con las que aparecen en las agrupaciones vegetales limítrofes.

El bosque mixto puede considerarse como el más característico, a pesar de su reducida extensión, de los cañones y gargantas profundas tan comunes en Añisclo, Escuaín o Gistaín. En estas comunidades se encuentran, a veces, los escasos robles (*Quercus petraea*) existentes en la zona y, con ellos, algunas plantas típicas de robledal húmedo. En el valle de Gistaín y en el barranco de Jalle (Fanlo-Sarvisé) se encuentran los ejemplos más representativos de esta modalidad. Algunas veces, el roble ha desaparecido, pero el cortejo florístico acompañante se mantiene. La presencia de estos robles residuales junto a sus especies acompañantes típicas hace pensar que estas comunidades topográficas fueron en un tiempo robledales húmedos de mayor extensión. Hoy, por algunas razones, entre las que hay que destacar, al menos, el aumento de la xericidad del clima y la influencia humana, el roble ha desaparecido o está muy escaso, y en su lugar se han establecido los árboles caducifolios de montaña antes mencionados.

La degradación del bosque mixto conduce, generalmente, a una agrupación donde el dominio corresponde casi exclusivamente al avellano. Este fenómeno se observa claramente en el valle de Gistaín, donde aparecen, en contacto con los restos del robledal, pequeños avellanares sobre un suelo muy pedregoso.

Bosques de montaña con humedad freática:
Betula pendula, Betula alba, Populus tremula

Con una distribución irregular, subordinada a suelos con humedad fuerte, a menudo en zonas con un encharcamiento permanente, se encuentran en el piso montano abedulares y/o "tremoletas" como enclaves dentro de los pinares y los hayedos-abetales. Se trata de una paraclímax edáfica con representación escasa en la zona. El sotobosque de estas formaciones es casi nulo, y está compuesto por las especies más amantes de la humedad que forman parte de las comunidades adyacentes. Se encuentran abundantes musgos y helechos y especies nemorales, como *Hepatica nobilis, Oxalis acetosella*. También son frecuentes las ciperáceas, principalmente especies del género *Carex*.

Enclaves de abedules se observan dispersos en el valle de Gistaín (Viadós, umbría de la Peña del Mediodía), enfrente de Torla, en Añisclo, Escuaín. En estos mismos lugares, así como en el valle del río Garona, al pie de la Peña Montañesa, son abun-

dantes también los rodales de *Populus tremula* o tremoletas. Estos abedulares y choperas son formaciones que tienen más un valor estético-paisajístico que productivo.

Con significaciones diferentes de la expuesta aparecen en el área otros mosaicos de abedular:

* En Pineta y Viadós, entre 2.000 y 2.100 metros, los abedules sustituyen al pino negro. Tienen entonces un porte achaparrado, debido a que soportan condiciones climáticas de gran dureza: fuertes vientos y períodos de innivación prolongados.

* En Escuaín, vertiente norte de Castillo Mayor, hay un buen abedular viviendo sobre pedreras; esta comunidad puede considerarse como una fase muy evolucionada y de gran estabilidad en la colonización de las pedreras en el piso montano. *Betula pendula* está especializada en los pedregales de grandes bloques húmedos que cubren un suelo rico lentamente formado, en el que se asientan las plantas.

Fresnedas y saucedas o salguerales

En las proximidades de los ríos, viviendo sobre los materiales de arrastre y supeditados a la humedad del cauce, viven fresnos y sauces. En algunas zonas invaden también el cauce pinos extendidos a partir de las formaciones próximas, pero difícilmente son ejemplares viejos, ya que suelen ser arrastrados los años de fuerte crecida.

Salix incana, Salix atrocinerea y *Salix viminalis* son las especies de los salguerales más frecuentes en las ramblas de los ríos, acompañados frecuentemente por abundantes matorrales espinosos de los géneros *Rubus* y *Rosa,* y algo más lejos de las aguas del cauce, *Fraxinus excelsior, Fraxinus angustifolia* y algunas especies de *Populus*.

Praderas de siega

Se trata de praderas seminaturales, densas, originadas por el hombre. Están modeladas por una siega periódica, a la que sigue, habitualmente, un abonado anual. A veces tienen cierto riego o bien una humedad edáfica natural, variando algo, en el caso de las praderas húmedas, su composición florística. Tienen bastante importancia en la zona, y en su origen hay que considerar la acción humana; están en equilibrio con el aprovechamiento que de ellas se hace, siendo, por lo tanto, comunidades permanentes.

El óptimo de estas "praderas de siega" está en la vegetación atlántica centroeuropea, siendo comunes en el Sobrarbe al norte de Broto, en la cuenca del Ara y, por encima de Salinas (Bielsa, valle de Gistaín), en la del Cinca. Generalmente, aparecen en los fondos de valle con suelos ricos en nutrientes.

Como es lógico, se encuentran pequeñas praderas húmedas asimilables a las anteriores más al sur, en un ambiente submediterráneo, encontrándose variantes intermedias con numerosas especies pascícolas mediterráneas. También hay contactos con la vegetación alpinizada de los grandes macizos. Todo ello se traduce en una gran dificultad a la hora de caracterizar estos pastos. Las especies que parecen encontrarse invariablemente en ellos son: *Festuca gº rubra, Galium verum, Knautia arvensis, Arrhenatherum elatius* y *Lotus corniculatus,* acompañadas habitualmente por otra serie de plantas herbáceas, entre las que cabe destacar: *Pimpinella saxifraga, Ranunculus bulbosus, Achillea millefolium, Rumex acetosa, Briza media, Plantago media, Campanula rotundifolia, Thymus serpyllum* y *Trifolium pratense*.

Una variante húmeda sobre suelos ricos podría caracterizarse por *Merendera pyrenaica* y otra en el contacto con los cervunales, caracterizada por llevar *Nardus stricta, Potentilla erecta y Luzula campestris*. En los suelos calizos del valle del Ara pueden seleccionarse algunas especies como diferenciales: *Salvia pratensis, Onobrychis viciifolia, Bromus erectus, Sanguisorba minor, Plantago lanceolata, Festuca gº ovina* y *Poa bulbosa*. Otro conjunto, constituido por *Cynosurus cristatus, Lolium perenne, Holcus lanatus, Phleum pratense, Trifolium repens, Anthoxamthun odoratum* o *Agrostis tenuis,* podría individualizar una tendencia silicícola.

Estas praderas tienen un interés económico excepcional, ya que constituyen la reserva invernal para alimentar al ganado. Dado que son consecuencia de la acción del hombre, su conservación depende necesariamente del esfuerzo humano. Las facies húmedas tienen gran importancia por su rendimiento y la alta calidad del pasto, y a menudo dan muestra de cierta nitrofilia. Las siguientes especies son representativas de estas situaciones de mayor humedad: *Potentilla reptans, Molinia coerulea, Mentha longifolia, Trifolium repens, Trifolium pratense, Eupatorium cannabinum, Equisetum palustre, Geranium cinereum, Angelica razulii* y *Trollius europaeus*. Pueden citarse praderas húmedas típicas en Bielsa, Viadós (valle de Gistaín) o en el valle de Ordesa.

Quejigales secos, prepirenaicos, con etapas seriales de boj, gayuba, guillomo y aulaga

Constituyen agrupaciones en las que domina *Quercus pubescens* mezclado e hibridado con otros robles de hoja caediza del grupo de *Quercus faginea*.

Estos quejigales representan la comunidad de tránsito entre los bosques del piso montano (pinares de pino silvestre, hayedos y abetales) y los encinares y pinares secos de pino laricio del piso basal. Sus cotas altitudinales van desde los 500 metros a los 1.000 (1.300 m s m). El frío y las heladas tardías impiden al quejigo alcanzar cotas más altas, dada su condición de vegetal submediterráneo. En los cañones y valles llega a penetrar mucho, pero ocupando siempre lugares soleados, no demasiado secos, mientras que en las umbrías más húmedas se instala el pino. Los quejigales se encuentran en

las zonas de montaña, colonizando pendientes abruptas, en solanas, con suelo poco desarrollado y seco, salpicado de abundantes afloramientos rocosos.

En las zonas basales, mucho más térmicas, cambian su situación de solana por la de umbría, siendo el pino laricio y la encina sus sustitutos habituales en las solanas. En el valle del Cinca, por encima de Escalona suelen observarse los quejigales en solanas (Peña Montañesa, entrada del Cañón de Añisclo, desfiladero de Las Devotas, Plan...), y, más abajo, en umbrías (Labuerda, Guaso, La Torrecilla). Es ésta una forma de adaptación a las diferencias climáticas existentes entre las dos grandes zonas mencionadas.

En todo el ambiente submediterráneo característico del quejigo, la mata típica del sotobosque es el boj (*Buxus sempervirens*), tanto en pinares como en quejigales, si bien no es exclusivo de estos bosques. Igualmente abundantes se encuentran aulagas (*Genista scorpius, Genista hispanica*) y enebros (*Juniperus communis*). Otras matas comunes y más o menos abundantes en el cortejo florístico de estos bosques son la gayuba (*Arctostaphyllos uva-ursi*), el guillomo (*Amelanchier ovalis*) y el majuelo (*Crataegus monogyna*); otras muchas especies forman parte del estrato vegetal más bajo: *Origanum vulgare, Trifolium rubens, Prunella vulgaris, Prunella grandiflora, Holcus lanatus, Dactylis glomerata, Helianthemum ssp., Rubia peregrina, Ononis ssp., Thymus vulgaris,* etc.

La degradación del quejigal y, consecuentemente, la del suelo que lo sustenta es convergente con la de los pinares de laricio y encinares del piso basal. Ésta es la razón de la gran homogeneidad paisajística de toda la parte sur de la zona. Allí donde ha sido eliminado el bosque primitivo o abandonados los cultivos aparece un mismo tipo de matorral más o menos denso según la importancia que haya alcanzado la erosión del suelo. La composición de ese matorral resultante de la regresión de pinares, encinares o quejigales es la siguiente: *Buxus sempervirens, Genista scorpius, Dorycnium pentaphyllum, Bupleurum rigidum, Ononis fruticosa, Stahelina dubia, Helichrysum stoechas, Juniperus communis, Juniperus phoenicea, Corix monspeliensis* y *Thymus vulgaris*.

Son muy pocos los quejigales que se encuentran sin alterar en toda la zona estudiada. La huella de la acción humana (talas, extracción de leñas, adehesamiento) se observa por todas partes. Son frecuentes los quejigales adehesados sobre terrazas con un pasto denso, aprovechado tradicionalmente por el ganado. El quejigo se mantiene en las terrazas por su capacidad de mejorar el suelo. Proporciona, además, una sombra apetecida por el ganado, a la vez que retrasa el agostamiento del pasto.

En San Victorián, Puértolas, valle de Solana (Cájol, Cámpol, Burgasé, Villamana) y en Añisclo (Molino de Aso) hay buenos ejemplos de estos quejigales adehesados sobre terrazas más o menos abandonados; los quejigos contribuyen a conservar el pasto que vive bajo ellos, aunque el uso de éste haya sido abandonado.

Pinares secos de pino laricio de salzmán

Se encuentran normalmente en contacto con los quejigales en la parte más baja, moderadamente fría. El pino laricio (*Pinus nigra subsp. salzmannii*) es buen indicador de zonas secas y más cálidas, muy mediterráneas. De modo constante se le ve ocupando suelos muy erosionados, sobre margas, constituyendo poblaciones más bien raquíticas, aunque puede alcanzar una altura elevada cuando dispone de un suelo profundo y formar un bosque más o menos denso, como se puede observar en la umbría del barranco del Yesa, en Escanilla, en Olsón y la sierra de Arro, en Araguás y la Peña Montañesa. Este pino no suele aparecer formando bosques puros o casi puros, monoespecíficos, sino acompañando al quejigo. En los casos en que el pino laricio alcanza sus cotas más altas, ya en el piso montano, llega a formar espléndidos bosques con el pino silvestre (Peña Montañesa, Lafortunada...).

Hay zonas muy degradadas de estos pinares (Arcusa, Campodarbe, Guaso, Olsón, La Torrecilla, Puyarruego, Palo...), donde los pinos se distribuyen de modo muy disperso y la dominancia corresponde a un sotobosque denso rico en *Juniperus communis, Genista scorpius* y *Buxus sempervirens*. Aunque en la fotografía aérea estas zonas aparecen como de matorral, la regeneración del pino parece que ha sido muy rápida en el tiempo transcurrido entre la fecha de realización del vuelo (1957) y la actualidad, al reducirse fuertemente la presión humana. Hoy, la mayoría de estas zonas son bosques abiertos con matorral denso y están en una fase clara de recuperación.

En el sotobosque, el boj sigue siendo un vegetal dominante junto con la aliaga. La composición florística más característica del citado matorral la componen, además del boj y la aliaga: *Amelanchier ovalis, Crataegus monogyna, Lavandula latifolia, Galium vernum, Genista hispanica, Hepatica nobilis, Ononis sp., Linum catharticum, Aphyllanthes monspeliensis, Rubia peregrina, Lonicera sp., Sanguisorba officinalis, Lotus corniculatus* y *Teucrium chamaedrys*.

Encinares

La zona basal es la más seca y cálida, condicionando la existencia de una vegetación mediterránea de carácter montano mezclada con plantas claramente mediterráneas. En esta zona, la especie arbórea dominante es la encina (*Quercus ilex subsp. rotundifolia*), que por las solanas puede subir por encima de los 1.200 metros, aprovechando condiciones topográficas favorables.

La composición florística de estos encinares es muy pobre. Además de la especie dominante, indicadora de ambiente muy seco y soleado, con veranos calurosos y temperaturas invernales no muy bajas, aparecen otras especies mediterráneas características de los pisos bajos y secos, junto a otras de apetencias submediterráneas. Resultan comunes en estas formaciones: *Thymus vulgaris, Euphorbia characias, Euphorbia serrata, Genista scorpius, Ononis natrix, Ononis viscosa, Ononis minutissima, Prunus spinosa, Clematis vitalba, Achnatherum calamagrotis* o *Carex hallerana*.

En general, en toda la zona estudiada, los carrascales ocupan lugares de suelos malos, poco profundos y escaso humus, con muchos afloramientos rocosos. La razón de estas condiciones tan poco afortunadas de suelo reside posiblemente en la naturaleza del sustrato, generalmente margas y flysch, formadores de suelos poco desarrollados. Otra causa a tener en cuenta para poder explicar la escasa profundidad de los suelos de encinar radica en su destino en otras épocas como tierra de cultivo. Una vez abandonados los cultivos, los suelos experimentaron una erosión intensa, no mitigada por ningún tipo de cubierta vegetal.

En el estado actual, generalmente muy degradados, predominan árboles muy poco desarrollados, constituyendo poblaciones muy abiertas. Entran a formar parte de estos encinares plantas del matorral heliófilo que los sustituye como etapa serial, sobre todo tomillos, romeros, espliegos, aulagas, enebros, etc. La degradación se observa prácticamente en todo el territorio en que aparece la encina, conduciendo, en primer lugar, a coscojares densos, aunque las formaciones con coscoja (*Quercus coccifera*) dominante son muy escasas en el área estudiada, con los mismos romerales y tomillares del encinar, lo que les da una fisonomía muy semejante. Por degradación sucesiva se llega al tipo de matorral más extendido actualmente, a base de *Juniperus communis, Buxus sempervirens* y *Genista scorpius*. Este matorral aparece, en principio, con una cobertura bastante densa y composición florística variada: *Lithodora fruticosa, Ononis fruticosa, Dorycnium pentaphyllum, Bupleurum fruticescens, Bupleurum rigidum, Carlina corymbosa, Coris monspeliensis, Stahelina dubia, Koeleria vallesiana, Brachypodium ramosum, Brachypodium phoenicoides, Lavandula latifolia,* etc. El romero (*Rosmarinus officinalis*) está presente siempre en estos matorrales en las localidades más termófilas, de solana. Sin embargo, desaparece rápidamente en las exposiciones de umbría, algo más frías.

El matorral anterior puede aparecer, y es probablemente la situación muy frecuente en amplias zonas, muy degradado, con una composición florística muy pobre y cobertura escasa; quedan grandes claros donde la acumulación de piedras y la inexistencia de suelo hacen imposible la vida de vegetales, a excepción de algunos especialmente capacitados para enraizar entre las piedras, como es el caso de *Fumana ericoides, Helichrysum stoechas, Koeleria vallesiana, Teucrium polium* o *Stahelina dubia*.

En ningún caso llegan los encinares en el Sobrarbe a formar un bosque denso, sino que dejan claros, más o menos grandes, que son ocupados por pastos secos en los que domina *Brachypodium phoenicoides*.

La zona ocupada por *Quercus ilex subsp. rotundifolia*, con carácter más típicamente mediterráneo, coincide sensiblemente con el límite que alcanza aquí el olivo, por tener unas exigencias climáticas similares. Fuera del límite del olivo aparecen encinares ligados a condiciones de montaña.

Restos de los encinares primitivos que todavía conservan algo de su antigua estructura se encuentran en las proximidades de Boltaña, hacia Ascaso y Morillo

de Sampietro, en Samitier, Abizanda, etc. En las comarcas de La Fueva y Alto Sobrarbe aparecen profusamente representadas las distintas etapas de degradación del encinar.

En las solanas de algunos valles, llegando al piso montano, la encina ocupa enclaves de topografía abrupta en ambiente seco por efecto del viento, acelerado por encajonamiento en los valles. Estos encinares montanos ocupan zonas de quejigo, pudiendo entrar en contacto con cualquier tipo de formación incluso en medio de hayedos como se observan en Añisclo. Los compañeros habituales de la encina en estos casos son el boj y la gayuba, junto con algún tomillo, especies de *Helianthemum,* etc. Estos enclaves son difíciles de colonizar no tanto por la sequedad ambiental, sino por el escaso desarrollo del suelo, generalmente muy pedregoso. Cuando el carrascal montano penetra en gargantas más o menos abrigadas, aparecen diversos arbustos que suelen situarse en la zona de ecotonía con otras comunidades vegetales. Destacan, entre estos arbolillos: *Acer monspessulanus, Crataegus monogyna, Rosa sp., Lonicera implexa, Lonicera xylosteum...*

Los enclaves de encinar en montaña son muy abundantes en el Sobrarbe, situándose en las entradas de los valles: solana de Gallisué, Yeba, Tella, desfiladero de Las Devotas, Salinas de Bielsa, Peña de Sin, solana de Sierra Ferrera, Añisclo, Escuaín.

Pastizales submediterráneos con *Brachypodium phoenicoides* dominante

Son pastizales de tipo centroeuropeo en ambiente submediterráneo que aparecen en las áreas de *Quercus pubescens, Pinus nigra* y *Quercus ilex*. Muestran una gran influencia mediterránea que se traduce en un prolongado agostamiento estival. Son típicos en toda la parte sur del área estudiada, especialmente en zonas aterrazadas. Cuando se abandonan, son invadidos rápidamente por matorrales de las etapas de degradación de los bosques próximos; *Prunus spinosa, Dorycnium pentaphyllum* y *Fumana ericoides* son las primeras plantas leñosas que entran en el pasto.

Las especies diferenciales de estos pastos son, junto con *Brachypodium phoenicoides, Bromus erectus, Asperula cynanchica, Melica ciliata, Cerastium pumilum, Saxifraga tridactylites, Alyssum alyssoides, Poa bulbosa, Plantago lanceolata, Koeleria vallesiana, Euphorbia cyparissias, Hypericum perforatum, Catananche coerulea, Inula viscosa*.

Hay zonas en las que se puede advertir una cierta nitrofilia por efecto del pastoreo, en las que aparecen, además, *Elymus hispidus, Phleum pratense, Cephalaria leucantha, Mediago sativa, Mediago orbicularis, Poa bulbosa, Dactylis glomerata*.

Son pastos buenos que se mantienen verdes hasta los comienzos del verano, pero, llegada esta época, el ganado necesita trashumar. Es el tipo de pasto más seco que aparece en el Sobrarbe.

Gleras o pedregales

Se trata de formaciones de pedreras de mayor o menos tamaño, muy abundantes en todo el piso alpino y subalpino. Ocupan extensiones de terreno, a veces grandes, en las que apenas se observa otra vegetación. Aparecen principalmente en laderas muy inclinadas al pie de grandes peñascos. Es en estos peñascos y rocas de las cotas más altas donde hay que buscar el origen de las gleras. La disgregación de las rocas se produce por la acción de la erosión química y, fundamentalmente, física de los agentes atmosféricos que actúan fuertemente sobre las rocas desnudas. La gran amplitud térmica diaria, la congelación del agua contenida en las grietas durante la noche o el azote del viento cargado de partículas de arena que golpetean contra la roca produciendo un desgaste continuo en las partes más blandas, constituyen las principales acciones físicas a tener en cuenta. El suelo está formado, pues, por fragmentos de roca de mayor a menor tamaño, apenas sin tierra, y donde la nieve, además, permanece bastante tiempo. Estos pedregales no ofrecen apenas condiciones favorables para que se establezca en ellos una vegetación. Por ello, las comunidades vegetales que se instalan aquí pueden ser claramente definidas, ya que están formadas por plantas adaptadas a vivir en unas condiciones ecológicas muy duras, donde la competencia con otras comunidades es escasa o nula.

Los vegetales colonizadores de gleras se caracterizan por aprovechar un periodo vegetativo muy corto, ya que la floración debe ocurrir durante el tiempo en que desaparece la nieve, y por poseer adaptaciones que les permiten instalarse entre las piedras aprovechando las escasas posibilidades de vida que ofrece tan inhóspito medio. Generalmente, son plantas vivaces de tallo muy corto y porte rastrero o poco elevado, con un sistema radicular muy desarrollado que pueden extender por los intersticios que dejan las piedras. Estas plantas inician la fijación de la glera y la formación del suelo, de modo que más tarde puedan instalarse otras plantas más exigentes. Cuando se recorre una glera, de arriba abajo puede apreciarse este fenómeno: en las partes más altas (por encima de los 2.700 metros), al pie de los peñascos, apenas se encuentra alguna planta: *Galium pyrenaicum, Hutchinsia alpina,* especies de *Saxifraga*, etc., pero siempre muy diseminadas. Es la parte de glera más móvil y fina. Inferiores, por debajo de 2.400 metros, con las mismas plantas aparecen otras muy características de estos enclaves, fundamentalmente en gleras calizas: *Crepis pygmaea, Carduus carlinoides* y *Ranunculus parnassifolius*.

Sobre pedreras de grandes bloques, más o menos secos y algo móviles, aparecen también *Plantago alpina, Veronica nummularia, Globularia nana, Silene acaulis, Agrostis rupestris* y *Poa alpina*. Sobre gleras terrosas de morrenas erosionadas aparecen, fundamentalmente, *Vitaliana primuliflora, Linaria alpina* y *Saxifraga oppositifolia*.

Cuando la sucesión fijadora de la glera progresa, las especies originarias desaparecen y la evolución de la vegetación puede avanzar hacia praderas a base de gramíneas o hacia conjuntos de plantas rastreras de alto valor como creadoras de suelo. Es

MAPA

MAPA

importante considerar la función de líquenes y musgos, cuyo papel es preponderante en esta dinámica, contribuyen fundamentalmente a la disgregación de la roca e inician la formación de suelo.

Aunque las gleras se encuentran más extendidas en los pisos alpino y subalpino, también aparecen en el piso montano entre los 1.000 y 1.800 metros. La formación de estas gleras es similar a la descrita anteriormente para las partes más altas, aunque en su origen actúa con menos intensidad la erosión debida al hielo.

En las gleras móviles, al pie de los grandes cantiles, es común una agrupación a base de *Borderea pyrenaica*, planta endémica de los Pirineos, y *Aquilegia pyrenaica*, acompañadas frecuentemente por *Crepis pygmaea* y *Rumex scutatus*. Esta última especie, con unas hojas muy peculiares en forma de punta de flecha, planta especialista de gleras muy variadas, es muy frecuente en estas gleras montanas. Aparece indistintamente sobre sustrato silíceo o calizo y se encuentra casi siempre fielmente acompañada por *Crepis pygmaea*. Es una especie colonizadora de la glera que desaparece —o, al menos, su abundancia decrece mucho— en cuanto la glera comienza a ser colonizada ya por otros vegetales.

Sobre gleras finas o al pie de cantiles de flysch, en lugares secos y luminosos, es característica una comunidad a base de *Achnatherum calamagrostis*, a veces con otras especies, como *Ononis natrix* o *Erysimum decumbens*. En gleras húmedas y umbrosas, por el contrario, la especie dominante del conjunto es *Valeriana montana*.

Las gleras montanas más bajas están constituidas por bloques de diferentes tamaños, normalmente grandes y poco móviles. En ellas aparecen, fundamentalmente, *Geranium robertianum, Galeopsis ladanum* y *Rumex scutatus*. En estas situaciones es frecuente que otras especies, procedentes de las comunidades próximas, lleguen a instalarse también en estas gleras, como es el caso de *Sedum forsteranum, Hieracium pilosella, Fragaria vesca, Deschampsia flexuosa* y *Rubus idaeus*.

Vegetación rupícola

Se incluye aquí la vegetación que cubre paredes escarpadas, roquedos y cantiles. Estas moles rocosas, aunque aparentemente desnudas, también albergan una vegetación interesante. Frecuentemente se trata de una flora residual, con gran número de endemismos, que tuvo una extensión más amplia en épocas pretéritas, refugiándose en estas estaciones cuando el medio se le hizo desfavorable.

Un conjunto de condiciones estacionales, edáficas y microclimáticas concurren en este medio, influyendo poderosamente sobre la vida vegetal, eliminando las especies que no son capaces de adaptarse a ellas. Las principales características del medio rupícola podrían sintetizarse del siguiente modo:

* Condiciones microclimáticas extremas. La roca sufre cambios de temperatura muy bruscos, tanto diaria como estacionalmente. Lo mismo ocurre con la humedad.
* Inexistencia de suelo, lo que hace que únicamente puedan colonizar estos medios vegetales capaces de introducir sus raíces en las fisuras, contribuyendo así a la disgregación mecánica de la roca y posterior formación de suelo.
* Gran influencia del sustrato, ya sea calizo o silíceo.

A partir de estas condiciones generales cabe diferenciar dos ambientes diferentes para el desarrollo de las comunidades rupícolas, el del piso montano y subalpino y el del piso alpino.

a) Piso montano

En rocas húmedas calizas y en sombra, tal vez la especie más característica en estos casos sea la conocida oreja de oso (*Ramonda pyrenaica*). A veces se ve también sobre rocas algo secas si no están expuestas al sol. Su condición de planta intertropical hace que sea muy exigente en humedad, y el hecho de poseer características muy semejantes a musgos y líquenes le permite soportar la sequía estival, reverdeciendo inmediatamente con las primeras lluvias. Suele ir acompañada de otras plantas amantes de los mismos ecotopos, como los dos helechos de pequeño porte *Asplenium fontanum* y *Asplenium ruta-muraria,* además de *Hyperium nummularium, Lonicera pyrenaica, Erinus alpinus* o *Teucrium pyrenaicum...*

En los escarpes extraplomados del cañón de Añisclo o el desfiladero de Las Devotas vive otra planta rupícola típica del Sobrarbe. Se trata de una cariofilácea perteneciente a un género exclusivo de la península Ibérica que es endémica de Sobrarbe (*Petrocoptis crassifolia*).

Sobre rocas silíceas y en situaciones de ecología semejante aparecen *Umbilicus rupestris, Asplenium viride, Leontodon pyrenaicus* y diversas especies del género *Sedum*.

Otras plantas se aplican contra la roca buscando protección contra el viento como ocurre con *Globularia nana* y *Rhamnus pumila,* que, junto con diversos musgos, suelen ocupar las partes menos verticales del cantil.

Una situación diferente la constituyen las rocas verticales de calizas duras que rezuman agua todo el año. En estos casos, la agrupación anterior es sustituida por otra en la que algunas plantas carnívoras tienen en ella un papel principal: *Pinguicula longiflora* o *Pinguicula vulgaris*, muy frecuentes en estos cantiles rezumantes de agua, junto con *Saxifraga aizoides* y *Parnasia palustris*.

Las rocas no protegidas por ningún tipo de vegetación arbórea y donde la insolación es constante suelen aparecer desnudas, y solamente en las ranuras o huecos más o menos profundos existe un microclima adecuado que permite la instalación de alguno de los vegetales anteriores.

En las cotas más altas del piso montano (1.800 metros) y en el subalpino, la vegetación de los peñascos es semejante. Muchas especies montanas llegan hasta aquí y otras nuevas aparecen; en el ambiente subalpino la agrupación más extendida, sobre rocas calizas muy soleadas, está constituida por: *Potentilla alchimilloides* y *Asperula hirta,* acompañadas principalmente por la corona de rey (*Saxifraga longifolia*), *Globularia nana, Rhamnus pumila, Bupleurom angulosum, Teucrium pyrenaicum* o *Arenaria purpurascens*, apareciendo esta última únicamente en los límites superiores de la comunidad.

Sobre rocas silíceas, también muy soleadas, la planta más característica es una primulácea: *Primula viscosa*, normalmente acompañada de *Saxifraga cotyledon* (vicariante de *Saxifraga longifolia* sobre sílice).

b) Piso alpino

A esta altura, las rocas albergan menor número de vegetales. Son pocos los que pueden resistir las condiciones alpinas, y destacan entre ellos *Potentilla nivalis* y *Valeriana globulariifolia*.

En rocas ácidas, junto a los vegetales citados son abundantes algunos tipos de líquenes, mientras que la vegetación liquénica sobre rocas calizas es escasa o nula. Muy frecuente en las fisuras de rocas alpinas y fundamentalmente ácidas es el conjunto constituido por dos helechos: *Polystichum lonchitis* y *Cryptogramma crispa*, que frecuentemente descienden hasta cotas más bajas, dominadas por el rododendro y el arándano. También buscando el abrigo de las rocas, pero enraizadas en el suelo, aunque escaso, aparecen a esta altura algunas plantas muy características, como *Viola biflora*.

Otro tipo de hábitat rupícola lo constituye el lapiaz. Se trata de un tipo de hábitat muy extremo que alberga una vegetación muy específica, con escasa diversidad de especies. Factores limitantes de este medio pueden ser la falta de luz y de agua. Esta última es sustituida tal vez por el rocío, cuyas gotas se condensan en las grietas y pueden ser, de este modo, utilizadas por las plantas. La vegetación que coloniza estos medios está constituida por especies montanas, frecuentemente nemorales, que encuentran aquí un microclima semejante al del bosque, como es el caso de *Aconitum lamarckii* o *Helleborus foetidus*.

Significación ecológica de las series de vegetación

La observación de las series de vegetación en su medio natural permite adquirir un conocimiento relativo de las principales condiciones climáticas, edafo-topográficas y biológicas correspondientes a cada una de ellas.

* Serie de *Quercus ilex subsp. rotundifolia*:

  Representa la influencia mediterránea. Continentalidad extrema, fuerte xericidad. Desarrollada en solanas abrigadas, en los enclaves más cálidos y secos de la región. En montaña, sobre calizas kársticas, indica viento seco descendente por los valles.

* Serie de *Quercus pubescens*:

  Influencia submediterránea. Aparece en solanas del piso montano y en umbrías en las localidades más bajas. Gran luminosidad estival y marcada termofilia.

* Serie de *Pinus nigra subsp. salzmannii*:

  Influencia mediterránea. Habitualmente subordinada a las series del quejigo y del pino silvestre. Suelos muy degradados.

*Serie de *Pinus sylvestris*:

  Típica del piso montano. Pueden distinguirse dos variantes: seca, con influencias submediterráneas, y húmeda, con estrato inferior musgoso. Un clima extremado favorece esta serie frente a la del haya.

* Facies xeromórfica con *Echinospartum horridum*:

  Responde a continentalidad y suelo calizo. Intermedia entre la serie fría de pino silvestre y la subalpina de pino negro.

* Serie de *Quercus petraea* y del bosque mixto:

  Sólo representada en zonas forestales con suelo rico, no muy ácido y bien drenado, por una facies con avellano que puede ser una etapa de degradación del bosque o un estadio progresivo en las zonas rocosas. Responde a un ambiente protegido de montaña al pie de los cortados.

* Subserie de *Betula pendula, B. alba* y *Populus tremula*:

  Representa la influencia atlántica fría como finícola o, más a menudo, responde a humedad edáfica. Enclaves dentro de otras series. Puede ser una paraclímax de los hayedos.

* Serie montana de *Fagus sylvatica*:

  Traduce la influencia montana, en laderas frescas de umbría con humedad ambiental. Parece evitar los suelos muy ácidos. Las heladas de primavera son un factor importante, limitante en altitud.

* Serie de *Abies alba*:

  Muy relacionada con la serie del haya. Menos exigencias en humedad ambiental y más en humedad edáfica. Mayor resistencia al frío. Indiferente a la naturaleza del sustrato.

* Serie subalpina de *Pinus uncinata*:

  Capaz de soportar un largo período de innivación (mayor de 5 meses). El pino es indiferente edáfico. No así la landa característica que lo acompaña, que es acidófila. En las calizas descarbonatadas no aparece la serie, aunque sí los pinos. Ambiente luminoso, frío en invierno.

* Serie de los pastos alpinizados:

  Influencia alpina concretada en un largo período de innivación (vegetación quionófila). Una fuerte influencia del sustrato y una marcada xericidad por frío y viento. Grandes contrastes térmicos. Un mosaico de comunidades especializadas responde al ambiente particular de la alta montaña.

* Serie de las riberas: *Fraxinus, Salix, Populus*:

  Terrenos periódicamente inundados o con humedad permanente.

Conclusiones

A continuación pasamos a reseñar las principales pautas fitoecológicas detectadas en la vegetación del Sobrarbe:

* A nivel de las especies arbóreas, el sustrato no resulta determinante en Sobrarbe. Las hayas, abetos, pinos o encinas viven independientemente sobre sustrato silíceo o calizo. El quejigo podría considerarse una excepción por sus preferencias calizas en la región.

* En el piso alpino, las comunidades vegetales están condicionadas por el factor nival, que actúa como limitante del área ocupada por las formaciones arbóreas. La isoterma anual de 0 °C —o, mejor, la isoterma de julio

superior a 10 °C— parece señalar, en líneas generales, el límite superior del bosque.

* En el complejo de pastos alpinizados, la influencia del sustrato es determinante; con ella se combinan la topografía, zonas de fuertes pendientes, áreas cóncavas o convexas en relación con la humedad del suelo y la duración del período de innivación.

* Sólo se aprecia en los "puertos" una evolución conjunta del suelo y la vegetación hacia un monoclímax en lugares de topografía suave y principalmente sobre sustratos fácilmente descarbonatables. Es común la paralización de estos procesos evolutivos en estados preclimácicos e incluso en etapas pioneras mantenidas por una influencia externa constante: pastoreo, erosión. *Festuca eskia* en suelos silíceos y *Festuca gautieri* en calizos constituyen formaciones con carácter de "clímax topográficas".

* En los ventisqueros aparecen sauces rastreros *(Salix herbacea, S. reticulata, S. retusa, S. pyrenaica*) condicionados por el período de cobertura nival.

* La humedad edáfica es un factor definitivo, limitante, que condiciona la aparición de cervunales en el piso alpino y subalpino.

* La duración del período de cobertura nival y la orientación establecen dos diferencias dentro del pinar de pino negro del piso subalpino, que permiten distinguir dos facies con distinto matorral acompañante: en umbrías, *Rhododendron ferrugineum* y *Vaccinium myrtillus*; en solanas, *Juniperus communis subsp. alpina* y *Arctostaphyllos uva-ursi*.

* Fuerte continentalidad y suelo calizo, con baja innivación, en las áreas de solana, determinan la aparición, en el piso subalpino o en el montano, de formaciones dominadas por el erizón (*Echinospartum horridum*).

* En el piso montano, la continentalidad que caracteriza el piso inferior, submediterráneo, aparece amortiguada por temperaturas menos extremadas, menor oscilación térmica, reducción del período de sequía, distribución más regular de las precipitaciones. Esta diferencia climática es la principal responsable del paisaje diferente de estos dos pisos.

* La gran extensión del pino silvestre en el piso montano se debe, en parte, a la artificialización del medio por el hombre. Las cortas abusivas producen una cierta erosión, el suelo se seca, la insolación aumenta y las hayas o abetos no pueden volver a instalarse. El pino silvestre, heliófilo, encuentra buenas condiciones para su expansión.

* Un bosque mixto de numerosas especies arbóreas caracteriza el ambiente original de los cañones del Sobrarbe. Está compuesto de tilos, arces, robles (*Quercus petraea*), serbales, tejos, fresnos, avellanos...

* En el seno de otras formaciones, como paraclímax edáfica, subordinados a suelos con humedad edáfica e incluso con encharcamiento permanente, aparecen abedulares y tremoletas.
* Dentro del piso basal, submediterráneo, el quejigo es la especie más característica. Íntimamente ligados a su área están los pinares de pino laricio, cuya distribución parece favorecida por el hombre. El quejigo es un eficaz movilizador de bases en el suelo, siendo interesante en la conservación de los pastos por el aporte de materia orgánica y la sombra que proporciona.
* Los encinares son indicadores de fuerte continentalidad, es decir, contrastes térmicos acentuados y fuerte calor estival, viento encajonado en valles angostos y suelo pedregoso, kárstico, con reducida capacidad de retención de agua. Al coincidir estos factores se originan enclaves de marcada xericidad ambiental.
* Aparecen también los encinares en solanas de gran termicidad; en estas estaciones se encuentran también *Colutea arborescens, Rhamnus alaternus* y *Jasminum fruticans,* junto a especies heliófilas que colonizan los claros (*Rosmarinus officinalis, Lavandula latifolia, Thymus vulgaris, Leuzea conifera*).
* Salvo en los pastizales de los puertos, el boj aparece en todas partes como acompañante poco exigente.
* Las áreas del olivo y la vid se extienden por aquellas zonas en que la temperatura media anual supera los 12 °C. Son zonas que registran un período árido de alrededor de dos meses.

Bibliografía

DUPIAS, G., IZARD, M. & MONTSERRAT, P. 1982- Carte de la végétation de France au 1/200.000; feuille 76: Luz. C.N.R.S., Toulouse.

DUPIAS, G. -1985- Végétation des Pyrénées. Toulouse.

GAUSSEN, H. -1956- La végétation des Pyrénées espagnoles. Veroff. Geobot. Inst. Rubel, 31: 91-123.

MONTSERRAT, P. -1966- Vegetación de la Cuenca del Ebro. Publ. Cent. Pir. Biol. Exp., 1(5): 22 páginas y mapa 1:1.000.000. Jaca.

MONTSERRAT, P. -1971- La Jacetania y su vida vegetal. Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y Rioja. 109 páginas y mapa en color a 1:200.000. Jaca.

RIVAS GODAY, S. & RIVAS-MARTÍNEZ, S. -1963- Estudio y clasificación de los pastizales españoles. Pub. Ministerio de Agricultura, 277: 1-269. Madrid.

RIVAS-MARTÍNEZ, S. -1968- Estudio fitosociológico de los bosques y matorrales pirenaicos del piso subalpino. Publ. Inst. Biol. Apl., 44:5-44.

RIVAS-MARTÍNEZ, S. 1987- Memoria y Mapa de las Series de Vegetación de España 1:400.000. I.C.O.N.A. Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación. Madrid.

VILLAR, L. -1982- La vegetación del Pirineo occidental. Estudio de Geobotánica ecológica. Príncipe de Viana. Supl. Ciencias, 2.

LOS IBONES DEL SOBRARBE

JOSÉ ANTONIO ZUGASTI CARPIZO

Introducción

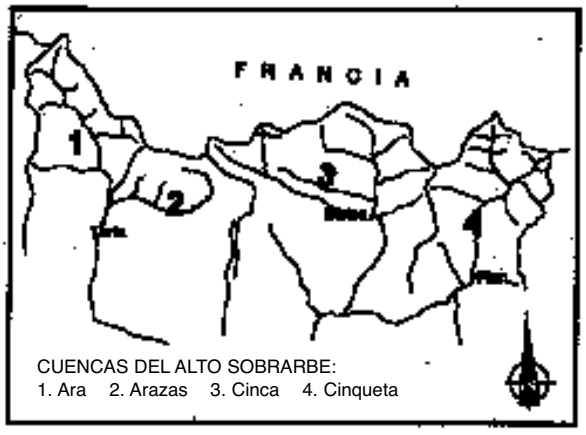
Los ibones son uno de los componentes más peculiares de nuestras grandes montañas. Hechizan el ambiente pétreo de las altas cumbres, ofreciendo dosis de serenidad y armonía. Aportan una pincelada de frágil belleza al severo paisaje pirenaico. Aguas de colores puros, hermosos jardines de agua muchas veces olvidados. Sí. Los ibones del Sobrarbe son, en general, los grandes desconocidos. No gozan de la popularidad de los que se asientan en Panticosa o en Batisielles, pero los hay; y con gran encanto...

Un día en casa, sentado ante los mapas, hice un cálculo. Los vi esparcidos por casi todos los rincones. Superaban el medio centenar. Algunos eran muy pequeños. Otros estaban fuera de las rutas habituales. En muchos casos no habría sendas, serían rincones desconocidos, nuevos espacios para explorar. No me equivoqué. Los ibones del Sobrarbe han sido el eje vertebrador de muchas excursiones, una buena excusa para salir y pasarlo bien. Hemos vivido maravillosas jornadas envueltos en la belleza de este paisaje, la alegría de la luz, la placidez del silencio y la pureza de sensaciones que aquí se respiran.

La mayoría de los ibones son pequeños, algunos mínimos. A veces aparecen en los mapas lagos que ya están colmatados, y otros, de reducidas extensiones, no son contemplados. Es difícil establecer criterios objetivos para considerar si algunas superficies de agua pueden o no considerarse ibones. Algunos, en una época favorable, retienen un volumen de agua considerable y en períodos de estiaje llegan a secarse. De todas formas, el tamaño no es proporcional a la belleza. Hay rincones olvidados impregnados de la magia de un pequeño ibón, con sus orillas tapizadas de flores o con graciosos islotes emergiendo de sus aguas, mucho más agradables que la imagen de un amplio y vasto lago de líneas uniformemente horizontales que se escapan a nuestra vista.

Si te apetece descubrirlos, necesitas un mapa —mejor a escala 1:25000—[1], un buen sentido de la orientación y ganas de aventura. Muchas veces caminarás fuera de sendero, pero podrás alcanzar todos los lagos sin grandes dificultades técnicas. La época en que los ibones suelen estar "abiertos" va de junio a noviembre, aunque varía según altitud y orientación. El resto del año son planicies blancas bajo las que reposan las aguas. En la ruta a los ibones te serán revelados muchos misterios de la vida en la alta montaña. La puesta de las ranas, el profundo azul de las gencianas, el mimetismo del armiño y la perdiz nival, el sufrimiento de los pinos negros, el chillido de las marmotas, la alegría del rododendro, la elegancia de los sarrios... ¡Anímate! Vivirás una hermosa aventura.

Hemos dividido el Pirineo del Sobrarbe en cuatro grandes cuencas: Ara, Arazas, Cinca y Cinqueta.



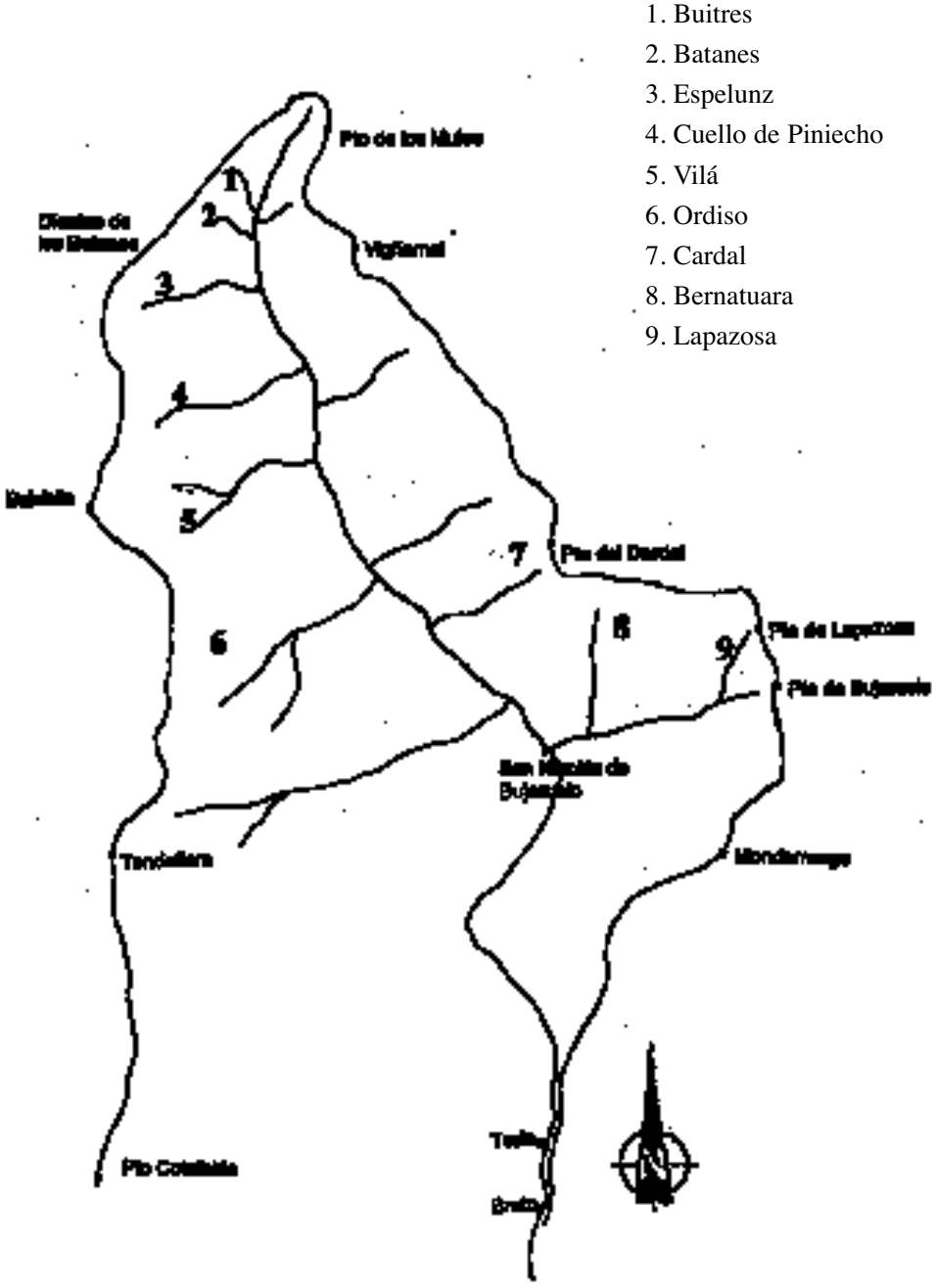
CUENCAS DEL ALTO SOBRARBE:
1. Ara 2. Arazas 3. Cinca 4. Cinqueta

[1] Nota del editor:

Los mapas han sido elaborados durante décadas por personas no nativas del Pirineo y ajenas, en ocasiones, a su realidad humana, cultural, lingüística… Ello, unido quizá a que la huella de aquellos primeros pirineístas franceses y catalanes ha permanecido intacta y sus testimonios y planos han sido el único referente escrito, ha hecho que muchos otros que posteriormente se han interesado por estas montañas no hayan practicado el ejercicio de contrastar los nombres de los mapas con las denominaciones locales. Así, tras sucesivas copias incluso de los errores, se ha llegado en la actualidad a ediciones cartográficas —muchas de ellas "oficiales"— que están consagrando una toponimia extraña, quizá la única que ya identifique el montañero y el turista, pero a menudo incomprensible para los habitantes de muchos de nuestros valles.

En cierta manera, esto está empezando a cambiar, y remitimos para ello a algunas guías respetuosas con la toponimia autóctona editadas por Prames o por Editorial Pirineos. Son especialmente interesantes, y dignas de imitar en otros valles, iniciativas como la emprendida en el valle de Chistau de editar una sencilla guía de itinerarios con la toponimia correcta (*Guía Práctica en el valle de Chistau*, ed. Centro de Iniciativas Turísticas "Bal de Chistau", Huesca, 1995). Aunque no es la intención primordial del presente artículo, dicho trabajo nos ha sido de gran ayuda para intentar clarificar, como se verá, la toponimia de la cuenca del Cinqueta.

Ibones de la cuenca del Ara



Ibones de la cresta de los Buitres, Batanes y Espelunz

La cabecera del Ara nos ofrece un largo valle central serpenteante, ramificado en numerosos vallecitos laterales que confluyen en él. Altas montañas enseñorean el paisaje, laderas herbosas surcadas por briosos torrentes que caen de las alturas. También aquí, en plataformas elevadas, se esconden algunos ibones, gratos remansos de agua, casi siempre de reducida extensión.

En la vertiente NO tiene su límite oriental el batolito granítico de Panticosa. La impermeabilidad del sustrato favorece el asentamiento de ibones. Ésta es la razón de la gran asimetría que se observa en la distribución de lagos en este valle. En la excursión de hoy remontaremos el río Ara hasta su cabecera y recorreremos casi todos los ibones de su extremo noroccidental.

Para llegar a Bujaruelo caminamos por pista hacia el norte hasta el refugio forestal que se alza junto al puente de Ordiso. Continuamos por un sendero balizado con las marcas blanquirrojas del GR11. En los márgenes destacan, sobre el pasto, los asfodelos, los narcisos, bastantes matas de enebros y también arándanos. De una forma discontinua, las laderas se revisten de bosquetes bastante laxos de pino negro. Más hacia el norte las aguas del Ara, aún joven arroyo, salta unos metros originando una fragorosa cascada. Por su margen izquierdo superamos varios barranquillos para alcanzar un llano donde el valle se abre ligeramente. Allí desemboca el torrente de Espelunz desde la vertiente occidental. Por él descenderemos en nuestro itinerario de vuelta.

Continuamos por la orilla derecha del Ara hasta el barranco de los Batanes, en cuyas proximidades se esconden una alegre cascada y una cabaña. Aquí dejamos el camino balizado que se dirige, hacia el oeste, al collado superior de Brazato. También ignoramos la senda que sigue remontando el valle por la vereda del río. Ganamos altura por moderadas pendientes de áspera tasca revestida de atractivas plantas que se engalanan con la típica viveza de los colores de la flora en la alta montaña: rojo intensísimo en rododendros y siemprevivas, gencianas de un azul profundo, miosotis de finísimos tonos…

Pronto intuimos la cuenca que alberga el primer y redondeado ibón. Ascendiendo un fuerte repecho, aprovechando la tasca que crece entre las pedreras, alcanzamos el segundo, de forma más alargada y con rocas emergentes sobre sus aguas. La vista del macizo de Viñemal es grandiosa. Su contemplación siempre me ofrece sensaciones diferentes.

Más arriba se esconde, sobre enormes canchales y enérgicas crestas graníticas, el collado del Letrero, remoto y olvidado paso que nos introduce al valle de Bramatuero.

Hay confusión en los distintos mapas sobre la toponimia de estos ibones. En algunos aparecen como ibones de los Batanes, a pesar de no encontrarse en la cuenca del barranco del mismo nombre, donde sí están los lagos que visitaremos luego. En otros, se señalan como ibones de los Buitres. Nosotros tomamos esta denominación,

porque sobre sus aguas se refleja un espolón granítico que desciende del oeste, conocido por la cresta de los Buitres.

Descendemos al ibón inferior de los Buitres y, caminando entre tasca y canchales hacia el sur, descendemos hacia el barranco de los Batanes. Por su margen derecho volvemos al itinerario balizado de la GR11. El sendero supera pastos repletos de cardos alpinos y cada vez más extensas gleras graníticas hasta alcanzar de forma escalonada tres ibones de los Batanes. Desde el más elevado se puede continuar hasta el collado alto de Brazato, que ofrece la perspectiva de otra constelación de ibones sobre la vertiente de Panticosa.

Partiendo del ibón inferior de Batanes, caminando fuera de sendero hacia el SE, alcanzaremos una explanada que alberga otros dos lagos; el segundo de ellos, que en tiempos fue el más extenso, se encuentra en avanzado estado de colmatación (Batanes V).

Remontando entre pedreras el espolón este de Baciás hacia el sur, llegaremos hasta un cuello desde el que se contempla el primer y mayor ibón de Espelunz. Entre granitos, ascendiendo hacia el oeste, encontrarás otras cinco joyas azuladas custodiadas por la mirada pétrea de los picos de Brazato y Baciás.

El descenso desde el primer ibón de Espelunz, por fuertes pendientes de tasca, nos devuelve, sin dificultades, a las orillas del Ara.

Ibones de Vilá y de Cuello Piniecho

Desde San Nicolás de Bujaruelo, remontamos el curso del Ara por la pista que nos conduce hasta el refugio de Ordiso. Continuamos valle arriba, ahora por un sendero bien balizado con marcas blancas y rojas. Deberemos abandonarlo y cruzar el torrente del Ara en las proximidades de la desembocadura del siguiente arroyo que recibe el Ara por su derecha, el Vilá. Ascendiendo entre pastizales por trazas de sendero, aunque a veces desaparecen, alcanzaremos sin dificultades una meseta al SE del collado de Vilá, donde reposa una charca cenagosa de mínima superficie en avanzado estado de colmatación. En pocos minutos, al SO del collado, persisten otras dos minúsculas balsas también muy superficiales. Aunque aparecen señalizadas en los mapas de IGN 1:50000 en los mapas actuales, en próximas ediciones deberan ser suprimidas, dada la rápida evolución que están sufriendo.

Los ibones de montaña son paisajes muy dinámicos. Se originaron en una época geológica reciente, con los hielos cuaternarios, y van muriendo por colmatación a gran velocidad.

Descendemos brevemente. Después bordeamos las estribaciones del pico Baldairán caminando hacia el NO y alcanzaremos un lago grande y redondeado, con atractivas aguas azuladas. Es el ibón de cuello Piniecho.

Observamos que el lago se asienta en el borde del batolito granítico de Panticosa. Este tipo de sustrato, además de impermeable, lo que favorece la existencia de lagos de mayor tamaño, es mucho más resistente a la erosión, por lo que el proceso de colmatación es más lento que el observado en los ibones de Vilá.

Tanto el ibón del cuello de Piniecho como los de Vilá pueden ser ascendidos desde el valle de Tena: el primero, partiendo del Balneario de Panticosa por el camino a Brazato, dirigiéndose al pico Tablato y descendiendo por el cuello de Piniecho; y el de Vilá, por la pista del valle de Bolática —parte dos kilómetros por encima de Panticosa en la carretera al Balneario—, para ascender por el barranco de Laulot y las majadas de Yenefrito hasta el solitario ibón de Catieras. Un histórico sendero asciende al collado de Catieras, desde donde se alcanzan sin dificultad las balsas de Vilá.

Ibones de Ordiso

Desde Bujaruelo remontamos la pista por el margen derecho del Ara. Tejos, serbales, abedules, sauces, saucos y otros arbustos de menor porte dejan entrever magníficas badinas de transparentes aguas aromatizadas por un sutil perfume que exudan los bojes. Al llegar al puente de Oncils, parte otra pista, que en suaves lazadas nos conduce al valle de Otal. Pueden tomarse múltiples atajos.

Ambiente pastoril, suaves laderas herbosas repletas de artemisas, nomeolvides, gencianas, angélicas, digitales… Al fondo de la gran artesa glaciar del valle de Otal, un refugio. El paisaje emana armonía y sosiego. Siguiendo un viejo sendero que comunica con el el valle de la Ripera y Panticosa, a través del puerto de Tendeñera nos acercamos al cresterío que limita los valles de Ordiso y Otal; altos pastos dominados al sur por una peculiar estampa del pico Otal.

Abandonamos este camino, hoy más frecuentado al ser ruta habitual en la travesía pirenaica, a los 2.200 m. de altitud, antes de que una consistente faja rocosa se compacte y nos dificulte el paso más al oeste. Ya en la vertiente de Ordiso, ascendemos por suaves pendientes herbosas hasta dar con la cuenca del primer ibón. Es el más extenso, pero también bastante superficial. El reflejo de los pastos que lo rodean determinan la tonalidad verdinosa de sus aguas. Cien metros por encima reposan las aguas de otros dos pequeños lagos. Al sur de la cresta, en realidad en la cuenca del valle de Otal, Ordiso II ofrece maravillosas perspectivas del pico de Tendeñera. Ordiso III, más al norte, es un pequeño ibón cercano a la divisoria con el valle de Tena.

El sustrato sobre el que se asientan los ibones de Ordiso es calizo con algunas areniscas. En zonas donde el manto vegetal escasea y queda la caliza desnuda, ésta se karstifica, formando surcos rodeados de largas y afiladas aristas.

Se puede descender comodamente entre los amplios pastos del valle de Ordiso, trazando algunas eses para evitar algunos cortados. El curso del torrente aparece y desaparece, filtrándose y formando corrientes subterráneas poco profundas, en varias ocasiones.

Sobre los 1.900 metros de altitud observarás un salto de agua que se precipita desde un farallón calizo, y a sus pies, un refugio. Ascendemos por una canal a la izquierda de la cascada y alcanzaremos el corazón de un pequeño valle muy cerrado, una fortaleza casi inexpugnable, en cuyo fondo reposa una balsa bastante diezmada (Ordiso IV). Es un minúsculo circo colgado, con un pequeño lago que pierde agua rápidamente bajo tierra para despeñarse con estrépito entre los cortados calizos, antes de donar sus bulliciosas aguas al torrente de Ordiso. Previamente al entronque de este riachuelo con el Ara, vuelve a desaparecer su cauce en otras dos ocasiones.

Tras atravesar el puente de Ordiso volvemos al punto de partida por la pista. Se contempla en la otra orilla del río un bosque de hayas y abetos con algunos serbales. El poder de destrucción de los aludes también queda aquí patente. Ramas arrancadas, troncos desgajados, desgarro silencioso el que sufren los árboles que visten estas laderas…

Ibón de Bernatuara y Cardal

Del antiguo Hospital que acogía a peregrinos que trasponían el puerto de Bujaruelo, de la antigua ermita del siglo XIII y del viejo caserío de San Nicolás de Bujaruelo no queda casi nada. Ahora encontramos un mesón y un cámping antes de cruzar el viejo puente y ascender por un buen camino entre rosas silvestres, frambuesas, tejos, sauces, serbales…

Un poste de la línea de alta tensión, en el límite entre el bosque y el pasto, es la referencia de donde parte un senderillo que atraviesa el barranco de Lapazosa y asciende por la tasca las fuertes pendientes que nos conducen al puerto de Bernatuara. El serpenteante trazado se dirige siempre por la vertiente derecha del barranco.

El camino muestra un alto grado de erosión. Ha sido y es un paso ancestral que, debido a antiguos tratados internacionales sobre pastos (*fazerías*), los ganados del valle de Broto pastan en el de Ossue durante el verano. Todos los años, a finales de julio, se reúnen muy temprano los ganaderos del valle y organizan una jornada festiva tras

caminar junto a las vacas hasta los puertos franceses. Uno de los mejores lugares para observar el evento es el redondeado ibón de Bernatuara. Queda emplazado entre el doble collado fronterizo que el convoy de vacas debe atravesar.

Desde la muga fronteriza 317, la pendiente herbosa hacia el valle de Ossue disminuye. Si deseas acercarte al ibón del Cardal, sólo tienes que atravesar a media ladera el pico de la Crapera por la vertiente francesa. Encontrarás trazas de sendero. Una vez en el collado, desde el que verás un pequeño lago en la vertiente francesa, ascender al NO por las laderas del Cardal hasta dar con una cuenca pizarrosa en la que se aloja este pequeño ibón de aguas azules que escapan perezosamente hacia el barranco del Cardal. Las vistas son espléndidas: Tendeñera, Otal, Baldairán, Crapera, Bernatuara, Tallón, Gabietos…

El descenso se realiza a través de empinadas pendientes de hierba hasta dar con el camino que recorre el fondo del valle del Ara. Aguas abajo, alcanzamos la cabaña de Ordiso, y desde aquí, por pista, retornamos a San Nicolás de Bujaruelo.

Ibón de Lapazosa

Cruzamos el río Ara por el antiguo puente de piedra que encontramos junto al actual mesón de Bujaruelo. El sendero zigzaguea entre bojes, serbales, abedules y tejos por la ribera del barranco de Lapazosa. El camino es ancho, y en muchos tramos se muestra muy erosionado.

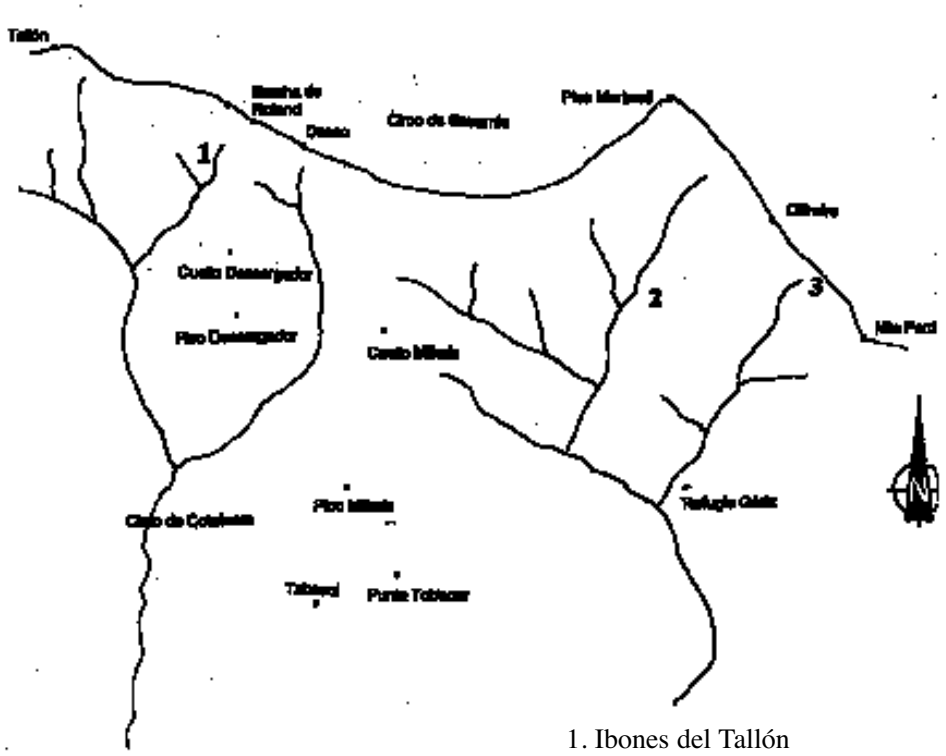
Es curioso observar sobre el camino grandes bolos de granito a casi 2.000 m. de altitud. ¿De dónde provienen?; ¿fueron arrastrados por las lenguas glaciares desde el extremo noroccidental del valle de Ara? Preguntas que hoy nos hacemos sin clara respuesta.

Más arriba, ganamos altura rápidamente ya entre el pastizal. Caminamos bajo los canchales que se desparraman por las laderas de la Forqueta de Gabieto. Cruzamos el barranco a la altura de un refugio de pescadores y, dejando el sendero que se dirige al puerto de Bujaruelo, continuamos por la tasca siguiendo la línea de los postes de alta tensión.

La serena belleza del entorno natural del ibón de Lapazosa queda fuertemente disminuida por esta línea eléctrica. Este tranquilo remanso de agua enmarcado entre suaves pastizales sería mucho más hermoso sin ellos.

Desde el lago puedes ascender en pocos minutos al pico del Puerto, con buenísimas vistas sobre las caras norte de Gabietos y Tallón. Otra posibilidad es seguir el breve sendero al puerto de Lapazosa y descender al cercano ibón de Luhos, ya en la vertiente francesa.

Ibones de la cuenca del Arazas



1. Ibones del Tallón
2. Ibones del Cilindro
3. Lago helado de Monte Perdido

Ibones del Tallón

Ordesa es el más importante reclamo turístico del Pirineo. La espectacularidad de sus caminos entre fajas al borde de las cornisas, sus cañones, la variedad de su vegetación, los bucardos, sus elevadas cumbres…; todo ello otorga a este entorno natural un irresistible atractivo para las multitudes que lo visitan.

El admirado circo de Soaso, labrado por las lenguas glaciares en el cuaternario y remodelado actualmente por el río Arazas, es la obra magna en el modelado del valle. Los lagos no son un elemento dominante en este paisaje. Pero, aunque sean pocos y pequeños, existen. El tipo de sustrato donde alternan calizas y areniscas favorece la permeabilidad del agua, dificultando su retención a niveles superficiales.

Los ibones más extensos se localizaban sobre los circos laterales de Salarons y Cotatuero, aprovechando materiales margosos de carácter más impermeable. Hoy en día, la erosión ha dejado al descubierto un sustrato calizo que al disolverse en el agua forma complejos kársticos que originan corrientes subterráneas. Si tomas el camino del refugio de Góriz a la Brecha de Roland, encontrarás restos de estos antiguos lagos en las proximidades del cuello del Descargador, así como en los llanos de Millaris. Actualmente sólo retienen agua en períodos de grandes lluvias o en días de acusado deshielo, pero de forma muy efímera. Si continúas en dirección NO, alcanzarás la gruta de Casteret, ya a la vista del impresionante corte en la caliza que dibuja la Brecha de Roland. Muy cerca, al SO de la misma, entre los 2.730 y los 2.750 m. de altitud, descansan los tres pequeños ibones del Tallón.

El más cercano a la Brecha, de forma bastante alargada, queda emplazado en una zona de contacto entre enormes bloques calizos desprendidos del pico Bazillac y una banda de areniscas rojizas que se expande y ensancha en la cumbre del Tallón para desaparecer en los picos del Casco y Bazillac. En agosto, este ibón todavía recibe un caudaloso aporte de agua blanquecina, de un aspecto casi lechoso, que proviene de la fusión de la nieve. Los otros dos ibones, aún con bloques de hielo flotando en las aguas a mitad del estío, se encuentran un poco más hacia el sur, unos metros más elevados, asentados sobre areniscas rojizas.

Desde el aparcamiento del parque, otras rutas de acceso a los ibones del Tallón trepan por los circos de Salarons y Cotatuero, pero nosotros elegimos la que, partiendo de San Nicolás de Bujaruelo, asciende hasta el puerto del mismo nombre, siguiendo en gran trecho la ruta al ibón de Lapazosa. Desde el puerto, donde finaliza una carretera que parte de Gavarnie, ascendemos por un frecuentado sendero hasta el refugio de Sarradets. En media hora más superamos la Brecha de Roland y en otros diez minutos alcanzamos los pequeños ibones.

Lago helado de Monte Perdido e ibones del Cilindro

El camino a Monte Perdido desde el refugio de Góriz es, en verano, una ruta de multitudes. Un lago descansa cercano al collado entre este gigante, la mayor montaña caliza de Europa, y el Cilindro de Marboré. Para acceder a él debes seguir un transitado sendero que supera varios resaltes calizos, a veces surcados por afiladas hendiduras. Es también posile alcanzarlo desde Pineta, por el ibón de Marboré, dejando el glaciar de Monte Perdido al este y trasponiendo el collado.

Desde el ibón destaca con claridad el pliegue de los estratos del Cilindro y la inmensa pedrera que desciende de la misma cumbre de Monte Perdido. Cuesta trabajo pensar que este material calizo se fuese sedimentando bajo el mar y que, posteriormente, se elevara y plegara tan enérgicamente al juntarse las placas ibérica y europea.

Aunque orográficamente el lago helado de Monte Perdido se asienta en la cuenca del Arazas, marcajes del agua con un colorante llamado fluoresceína han demostrado que tras su filtración se forman corrientes subterráneas que surgen de nuevo en la famosa cascada de Gavarnie, por la vertiente francesa.

Descendiendo por el camino de subida hasta la última barra de caliza blanquecina, a unos 2.650 m. de altitud, podemos dirigirnos por una ancha plataforma hacia el este, doblando el espolón que se prolonga desde el Cilindro. Entre grandes bloques de piedras alcanzamos una cavidad en que se aloja un pequeño ibón. Superando una banda de areniscas, en dirección NO encontrarás otra pequeña balsa, que permanece envuelta en nieves hasta bien entrado el verano.

Estos ibones también son accesibles desde el refugio de Sarradets, atravesando la Brecha y bordeando el pico del Casco (hay una cadena que ayuda a vencer el único paso comprometido). Superando resaltes escalonados, se alcanza el collado de los picos de la Cascada, y desde allí, descendiendo ligeramente por un caos de caliza, se accede al ibón superior.

Es curioso el valle de Ordesa. Hay rincones donde la gente camina en tropel y también otros como éste, donde reina el silencio permanentemente.

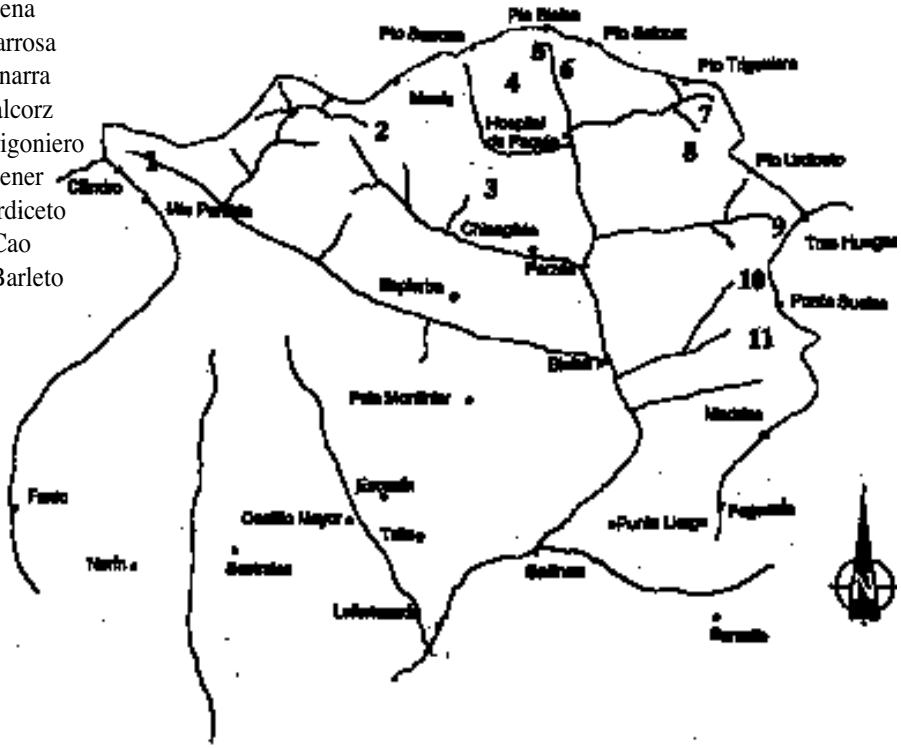
Merece la pena ascender al pico de Marboré. Sólo necesitas remontar entre neveros y pedrizas rojizas una moderada pendiente hasta la plataforma cimera. La cumbre ofrece la mejor vista del circo de Gavarnie, y si te acercas al extremo norte de la planicie culminante, verás, magnífico, el balcón y circo de Pineta, el ibón de Marboré, los Astazus y hasta el glaciar de Monte Perdido, tras la mole del Cilindro.

Observarás que la alternancia de calizas blancas y areniscas rojizas es una constante aquí, en el macizo del Tallón, en la sierra de Tendeñera[2] y otras montañas de las sierras interiores. El Pirineo axial queda relegado en esta zona a montañas de menor altitud que localizamos más al norte, por ejemplo, el cercano Pimené.

[2] En aragonés, *Tendenera*.

Ibones de la cuenca del Cinca

1. Marboré
2. Munia
3. Liena
4. Barrosa
5. Pinarra
6. Salcorz
7. Trigoniero
8. Mener
9. Ordiceto
10. Cao
11. Barleto



Lago helado de Marboré o Tucarroya

El valle de Pineta imprime huellas de profunda admiración en la memoria de sus visitantes. El glaciar de Monte Perdido es una de sus más hermosas joyas. A sus pies, en el balcón de Pineta, el ibón de Tucarroya, también conocido como lago helado de Marboré, ha sido testigo de los anhelos de muchos de los pioneros del pirineísmo.

El camino se inicia en el puente sobre el río Cinca, unos metros antes de llegar a la ermita de la Virgen de Pineta. La belleza que rodea su serpenteante trazado justifica sobradamente el esfuerzo que supone su ascenso. A principios de julio, en el hayedo convivían hojas arrugadas, secas, marchitadas por las tardías heladas de mayo con las nuevas frondes rebrotadas repletas de tiernos matices verdes. Se camina por una sombra espesa que se agradece bajo el asfixiante sol del verano.

Cae agua, generosa, de los farallones que se desploman del balcón de Pineta. La cascada del joven Cinca, bulliciosa, impregna de humedad el aire y favorece la formación de una vegetación exuberante. A la salida del bosque abundan los helechos, las rosas silvestres, los linos, *Rhamnus alpinus* y algunos arces.

Alcanzando el roquerío, la senda culebrea en imparable ascenso. Sorprende la abundancia de una labiada, endémica de nuestras montañas; sus flores moradas prosperan entre las rocas calizas con gran éxito. Su nombre es *Horminium pyrenaicum*.

La vista es espléndida. Munia y Robiñera, con sus oscuros tonos, peña Suelza[3], la Suca, Las Tres Marías[4]… A nuestros pies, un magnífico ejemplo de valle labrado por los hielos que exhibe su característico fondo plano.

En la entrada al balcón de Pineta está la llamada cruz de Grávalos, levantada en memoria de unos montañeros fallecidos en la cara norte del Perdido. Aquí se siente cercana la mágica atracción del glaciar de Monte Perdido. Dividido en dos escalones, muestra aún escasas grietas; algunos seracs cuelgan de los muros calizos. Para alcanzar el lago de Marboré sólo nos queda avanzar entre un caos rocoso, ya con escasa pendiente, en dirección NO hasta el lago.

Agua, morrenas, bloques calizos, dolinas karstificadas, areniscas de tonos pardos, terreno muy inestable que configura este valle colgado más de mil metros por encima de Pineta.

En las rocas calizas es fácil encontrar fósiles de ostras, bivalbos, corales..., prueba de que en otras épocas estos materiales se encontraron en un mar somero. Es difícil de imaginar... Más cercano en el tiempo es el retroceso del glaciar, que ha sido muy acusado durante el presente siglo. De las 540 Ha. que estimó Schrader, a lo más quedan actualmente 48.

El ibón, bastante grande, tiene un muro de retención en su extremo sur, junto a los restos de un antiguo edificio.

Rodeando el lago por el este, tras un corto y duro repecho se alcanza la brecha de Tucarroya, donde se asienta un viejo refugio que fue construido en 1890, para pernoctar en la etapa intermedia hacia la conquista de Monte Perdido desde el circo de Estaubé.

A quien planee dormir en este refugio le aconsejo que lleve ropa para protegerse del frío. Desde aquí es un paseo ascender a los Astazus, que caen vertiginosos hacia el circo de Gavarnie. Otra opción es contactar con el lago helado de Monte Perdido a través del cuello del Cilindro.

[3] En el país, *Punta Suelsa*.

[4] Popularmente, *As Tres Zucas*.

Entre el lago principal y el glaciar, podrás disfrutar de un caos morrénico que alberga, en pequeñas depresiones entre el karst y la arenisca, las aguas de tres ibones. El primero se encuentra siguiendo el torrente que desciende del lago principal, y los otros dos, en dirección SE.

Salvajes cursos de agua provenientes del deshielo fluyen entre estas rocas móviles, hasta precipitarse a los abismos de Pineta. Ha nacido el río Cinca.

En resumen, sendero con exigente pendiente, muy popular en verano, pero peligroso por los aludes en invierno.

Ibones de la Munia o de la Larri

Desde la ermita de la Virgen de Pineta se eleva un sendero entre las sombras de un armonioso hayedo. Encontramos bolas de granito que no sabemos de dónde provienen. ¿Hay granito en este valle o fue transportado por los hielos desde algún otro valle?...

En algunos tramos, la pendiente ha erosionado un suelo que deja al descubierto sus potentes raíces. El sendero, balizado en blanco y rojo, atraviesa varias veces la pista hasta alcanzar los Llanos de la Larri. ¿Es este extenso llano un antiguo lago? Encontramos sedimentos glacio-lacustres, morrenas y suaves colinas, propias del modelado glaciar, y también marcas horizontales, típicas de origen lacustre.

Sobre la planicie de este valle colgado, a principios de julio, disfrutarás del verdor del pasto salpicado de lirios.

Al final de los Llanos de la Larri surge una difusa senda que trepa, sorteando algunos resaltes rocosos, en duro ascenso hasta doblar el barranco de Fuen Santa. Al introducirnos en el mismo, entre la aspereza de la tasca, florecen unos arbustos cuya vivacidad irradia intensa alegría: son los rododendros.

El camino mejora, la pendiente se reduce. Allí, en un recoveco, al pie del oscuro y descompuesto pico de Robiñera, se esconden los ibones de la Munia.

Los lagos se asientan entre pizarras y cuarcitas, que en ocasiones forman un flysh muy replegado. Son materiales antiguos, paleozoicos, propios del Pirineo axial. El primer ibón, más alargado y con dos islotes que emergen de sus aguas, es el más cercano al collado de las Puertas, que abre el acceso desde el valle del Real. Una breve cascada desciende desde el ibón superior. Al norte, la cresta fronteriza que nos separa del ibón de Tromouse nos ofrece un contrastado colorido. El pico Blanco hace honor a su nombre con su clarísima caliza, percibiéndose extraordinariamente lisa desde el sende-

ro por el barranco de la Fuen Santa. El pico de la Munia y, más al este, Robiñera muestran la negritud de una pizarra oscurecida. Por las descarnadas laderas de esta erosionada montaña transita, en fila india, un numeroso rebaño de ovejas. ¿Qué buscarán en un ambiente tan mineral?

En el descenso de los Llanos de la Larri a Pineta puedes variar el recorrido inicial. Comienza descendiendo por la pista, y, cuando atravieses el torrente, desciende por su margen derecho siguiendo la senda de las cascadas. Contrastarán tus ojos el vivo color rojizo de la arenisca humedecida por las aguas saltarinas.

En el recorrido de esta excursión la vegetación es menos variada que en la del ibón de Marboré. La diferencia está en el suelo. Sobre sustratos ácidos prosperan menos especies que en los básicos.

Balsa de Liena

Éste es el típico recorrido en el que el lago no es más que una excusa para internarse por un paraje desconocido. Introducirse por el barranco del Real, valle poco concurrido, ya que no ofrece cumbres de gran prestigio, supone iniciar la excursión contemplando los tejados de pizarra rojiza de un pueblo colgado a media ladera; Chisagüés es la única localidad altoaragonesa asentada sobre granito.

El recorrido es un buen muestrario de las principales rocas que podemos encontrar en el Pirineo. Alternativamente se contemplan granitos, pizarras rojas, pizarras grises y negras, calizas, cuarcitas y mármoles.

Antiguamente se utilizaba un sendero para ascender a lo alto de la sierra de Liena, que se iniciaba en la ribera izquierda del barranco de Marcovín. Hoy en día hay tramos donde a la senda se le apodera la maleza. Los pastores ascienden por la pista que sigue a media ladera y que vira casi 180° para ascender por el pastizal hasta las antiguas minas de plomo y plata de la sierra de Liena.

Conforme vamos ganando altura por la pista, se va empequeñeciendo la cresta que nos separa de Pineta. El pico del Cuezo y el Comodoto parecen ahora montañas menores respecto a las que aparecen al fondo. Los pinos negros van dando paso al pastizal. Hemos dejado atrás la estampa tradicional que ofrecen las bordas de Angorrués. Desde la altura se observa que este valle tiene una morfología en "V", mientras que su hermano mayor, Pineta, forma una "U" perfecta. La razón debe de ser una sobreexcavación fluvial sobre el relieve glaciar.

Tras superar la cerrada curva, se pasa bajo unos farallones calizos y se asciende entre el pastizal con suave pendiente. Vacas, muchas vacas que merodean entre los

pastos y buscando sombras entre los edificios abandonados de las obras de las minas de Parzán. La pared caliza del pico Espluga Ruego es el único accidente que interrumpe la uniformidad de la tasca.

La vista es espléndida. Se observan el pico de Montinier, Los Verdes, la simetría perfecta de Las Tres Marías, las Sucas, el collado de Añisclo, el balcón de Pineta, el pico de las Olas, Soum de Ramond, Perdido, Cilindro...

El ibón, muy reducido, se encuentra en fase avanzada de colmatación. Se asienta sobre sustrato granítico. Merece la pena asomarse al cercano cresterío y contemplar la majestuosidad del circo de Barrosa.

El mapa del I.G.N. 1:25.000 marca otro ibón al NE del ruinoso refugio de Escarriés, pero ya no es más que un llano pastizal.

Balsas de Barrosa

Pasada la caseta de la antigua aduana de Bielsa, unos metros antes de llegar al puente que cruza el Barrosa, se inicia la pista que va remontando este pequeño valle que tanto impresionó a los primeros pirineístas. Escribió Schrader en 1877: *Procuro resumir mi impresión de la manera más fría y reflexiva posible y desconfiar del entusiasmo. Sin embargo, creo que el circo de Barrosa será generalmente más estimado que el de Troumose y que, si este último es más extenso, Gavarnie más severo, Pineta más masivo, Cotatuero más fantastico y colorista, el circo de Barrosa es quizá el más armonioso*.

Pronto observarás las ruinas de antiguas explotaciones mineras rodeadas por un bosque mixto. Dominan los pinos, pero también prosperan bastantes buenos ejemplares de serbales y abedules. Cuando la pista se extingue, un sendero continúa su andadura por el fondo del valle, que comienza a girar de dirección oeste a norte. El camino gana altura por la vertiente orográfica izquierda. Pronto deja atrás una cabaña de pastores. Antes de superar un contrafuerte rocoso, en una plataforma herbosa, a 2.100 metros de altitud, abandonamos el camino y en cinco minutos alcanzamos las dos balsas de Barrosa, que en agosto encontramos totalmente secas.

El paisaje es hermoso. Destacan las gigantescas paredes de La Munia y Robiñera, con un importante nevero que persiste en su ladera NE. Si te sientes con ganas, continúa ascendiendo hasta el puerto de Barrosa, de donde en breve alcanzarás los lagos y el refugio de Barroude. Las ofertas que ofrece este singular paraje son múltiples: ascender al pico de la Tromosa, hacer travesía al valle de Pinarra coronando el pico del Puerto Viejo, remontar por un cómodo sendero hasta el vértice del pico Barrosa, asomarte a los ibones de la Munia por el cuello de Robiñera...

Barrosa, hermoso circo que lo tiene todo. Sus humildísimas balsas nos han proporcionado de nuevo una buena excusa para descubrirlo.

Ibón de Pinarra[5] del Puerto Viejo y balsas de Salcorz

De Bielsa recordarás su característico ayuntamiento renacentista y el bullicioso aspecto de sus calles reconstruidas tras las cicatrices de las últimas guerras. Más al norte disfrutarás de un espléndido paisaje natural compuesto por diversos valles, cada uno con su propio ambiente, pero con un fondo de armonía común que te hará sentir los distintos matices que estas montañas ofrecen.

Superado el Hospital de Parzán, justo unos metros antes de la boca del túnel de Bielsa, encontrarás, a pie de carretera, un refugio. Desde allí, hacia la derecha, sube un camino que empalma con el antiguo sendero al puerto viejo de Bielsa. Por él seguiremos hasta las proximidades del ibón de Pinarra del Puerto Viejo. La ruta serpentea entre pinos negros con un sotobosque rico en arándanos, remontando en sus inicios una cascada visible desde la carretera. Más arriba, el valle se abre ofreciendo a nuestros ojos extensos pastizales. El camino es una maravilla; su trazado, perfecto. Es difícil, contemplando la suavidad de este relieve, intuir la tragedia que aquí vivieron muchas familias en su desesperada huida a tierras francesas. Mientras camino, pasan por mi mente las heladoras imágenes de personas de todas las edades, dejando poco a poco sus pertenencias sobre la nieve, al borde del sendero tallado en el hielo. Frío, dolor, miedo, tragedia. Esfuerzos casi sobrehumanos en pos de franquear la frontera escapando del horror…

Ahora, en este apacible verano, las miosotis y los cardos azules salpican el verdor de estas alegres laderas. En las proximidades del camino, a la altura de una humilde cabaña de pastores, encontramos un nutrido grupo de sarrios jugueteando con sus crías. Resuena también el agudo chillido de las marmotas.

El Puerto Viejo está cercano. Tan sólo nos separan de él dos o tres perfectos requiebros de este histórico sendero. Para alcanzar las orillas del ibón de Pinarra, debemos dejar el camino antes de acometer el ascenso de este último repecho. Atravesando la depresión central, siguiendo hacia el oeste, pronto encontraremos la herbosa cuenca del sosegado ibón de la Pinarra.

Merece la pena alcanzar el collado y contemplar las siluetas de un inmenso mar de montañas. Desde aquí se puede ascender por un tenue sendero hasta el pico del Puerto Viejo y descender por el magnífico valle de Barrosa a las proximidades de

[5] En varios mapas aparece como “Ibón de la Pinara”.

Parzán. Si el recorrido te parece muy largo, puedes dormir en el refugio de Barroude, guardado en verano y con servicio de comidas, al pie de los lagos del mismo nombre.

Si deseas internarte por una sierra solitaria, te propongo abandonar el camino al Puerto Viejo de Bielsa unos veinte minutos antes de alcanzarlo y continuar por un débil sendero que se dirige al puerto de Salcorz. Sin llegar al mismo, puedes caminar a media ladera hasta localizar las cuatro pequeñas balsas que se asientan en breves repliegues de la vertiente occidental del pico Salcorz. Estas acumulaciones de agua son pequeñas y menguan el agua retenida en período estival, pero la excursión merece la pena por la intensa sensación de soledad que emanan estos silenciosos y desconocidos parajes. Anímate a subir al pico y podrás descender con facilidad, entre amplios pastos, por la ladera este hasta el refugio de La Plana. Al día siguiente te será factible explorar las balsas de Mener y también Trigoniero. En verano descubrirás que estos altos puertos de laderas uniformes son surcados con bastante frecuencia por interminables filas de ovejas que transitan sin prisas. Disfrutarás del planear de los buitres que surcan el cielo con calma. Buena excusión para quien busque un ambiente puro pleno de silencio y armonía.

Trigoniero[6], Ibonet y balsas de Mener

La poco conocida senda de Trigoniero parte cruzando el río por un puente junto a la antigua aduana previa al tunel de Bielsa. Tras breves lazadas discurre por el margen derecho del barranco, ascendiendo de forma sostenida hasta la Plana de Trigoniero, donde se esconde un refugio pastoril. Este camino discurre por un bosque mixto entre pinos, abedules, arces y serbales. En los claros brotan lirios, gencianelas, bojes, fresas silvestres, gencianas amarillas y las flores rosas del torvisco, que envuelven el aire con una exquisita fragancia. Algunas cascadas ofrecen frescura y dinamismo a este magnífico entorno. Más arriba predominan el rododendro y el pino negro, con un porte más esbelto que en valles más occidentales. El sendero está muy bien construido, y es fácil adivinar que fue de gran uso en la antigüedad.

La ladera opuesta del barranco muestra el zarpazo de algunos aludes, troncos caídos, arrancados de cuajo, laderas desprovistas de la vegetación protectora, que se ven expuestas a rápidos procesos erosivos.

[6] En el país, *Tringoniero*.

A partir de la Plana de Trigoniero la ruta se empina y la senda queda sustituida por hitos. Debemos sortear varios resaltes rocosos por la izquierda de la cascada que delata el emplazamiento del ibón.

El lago es reposado, alargado, tranquilo. Al norte lo rodean las uniformes laderas del pico del Ibonet; al sur, un poco más escarpado, el pico de la Espada. Contrasta la suavidad de las formas del puerto de la Plana o Castet con lo sinuoso del tramo previo a alcanzar el ibón. El mapa del I.G.N. 1:25.000 marca otro iboncillo al NE, pero ha perdido tanto nivel en sus aguas, que se encuentra prácticamente seco a principios de julio.

Es interesante acercarse hasta el puerto de la Plana y contemplar los jugosos pastos que tapizan el valle de Riomajou. Desde aquí se desciende cómodamente al Ibonet, pequeño espejo en las faldas del pico de las Espadas. El agua que escapa brota en fina cascada visible desde Trigoniero.

La tasca es bastante fina para estas altitudes, señal evidente de que sigue habiendo pastoreo. Abundan sobre ella los lotus amarillos y anaranjados y también el regaliz de montaña (*Trifolium alpinum*), llamado así por el sabor de sus rizomas subterráneos.

Descendiendo cien metros por la ruta de subida a Trigoniero, una senda que recorre a media ladera el pico de la Espada nos sitúa, entre matorrales de rododendro, en las proximidades de las balsas de Mener. Son pequeñas, pero gozan de gran armonía con su entorno. Hasta ellas llega algún sufrido ejemplar de pino negro. Merece la pena visitarlas. Contagian tranquilidad. De las tres que indica el mapa del I.G.N. 1:25.000, sólo existen dos. La dibujada más al norte se halla colmatada.

El descenso al sendero de Trigoniero es fácil por el margen derecho del barranco. Hay que separarse de él en el último tramo, para salir a la altura del barranco que desciende de la Plana.

En resumen, agradable excursión por un viejo sendero bien conservado y poco frecuentado que te permite el acceso a cuatro apacibles lagos.

Ordiceto o Urdiceto e ibón del Cao[7]

A la sombra de las puntas Fulsa y Suelza se aloja el lago más extenso del Sobrarbe. Se puede acceder a él a partir de una pista que sale de la carretera de Bielsa, cerca de la central de Barrosa. Tras once kilómetros de firme apto para cualquier coche se alcanza el gran ibón de Urdiceto.

[7] *Cau*, en aragonés.

Si prefieres caminar por sendero, es más aconsejable el itinerario que desde el este surge en la Sargueta, dos kilómetros y medio antes de llegar a Viadós. La ruta está balizada y forma parte de la GR11, que atraviesa los Pirineos de mar a mar. La vegetación por debajo de los 1.800 m. está dominada por los pinos, que, cuando dejan claros, ofrecen su oportunidad a las dedaleras, las gencianas amarillas y los delicados nomeolvides, que visten de azul celeste las praderas. El sendero desciende tras el collado de Las Collás, para ascender aún con más bríos por el barranco de Montarruegos. En algunos tramos atravesamos suelos turbosos, con buenas colonias de musgos del género *Sphagnum*. Más adelante prosperan los últimos ejemplares de pinos negros. Ya por la tasca doblamos el paraje del Cau para alcanzar, a media ladera del pico Ordiceto, la Collada de Urdiceto[8], ya a las puertas de esta gran mole acuática.

El paraje de Urdiceto queda ensombrecido por la cantidad de barracones y restos de obras ruinosas que se abandonaron tras construir las presas y la central hidroeléctrica. A pesar de ello, el conjunto sigue formando un paisaje pintoresco.

Atravesando los dos muros de contención de las aguas, junto a un poste eléctrico abandonado, encontramos otro pequeño ibón. Hay otro cercano a él, en un llano herboso caminando hacia el sur. Continuando en esta dirección, desde unos cobertizos destartalados parten rastros de un sendero que, atravesando una pedrera, se encarama al collado que separa las peñas de Suelza y Fulsa. Desde este mirador podrás descender al magnífico circo donde se aloja el ibón del Cao, rodeado por imponentes crestas de las que descienden potentes canchales de areniscas rojizas.

Escoltando al gran lago de Urdiceto, podemos disfrutar de otras dos masas lacustres más humildes en su margen este. La plataforma sobre la que se asientan estos lagos está compuesta por granitos y también por areniscas rojizas. Hacia el este, bajo las gleras de Punta Suelza, podemos alcanzar una pequeña balsa y, próximo a ella, el olvidado ibón de Suelza.

Otra opción más sencilla —realizable en pocos minutos desde la Collada— es acceder al puerto de Ordiceto y adentrarse por un magnífico sendero al circo de Riomajou.

Barleto y Suelsa

Extensísimos puertos solitarios. Cabañas pastoriles derrumbándose silenciosamente. Sentirás intensamente el ocaso de una cultura milenaria, la decadencia de una forma de vida fuertemente dependiente de los ciclos de la Naturaleza.

[8] Son frecuentes las ediciones en que esta *Collada d'Urdizeto* figura como "Paso de los Caballos". Pero el *Paso d'es Caballos*, aunque próximo, se ubica en otro sitio.

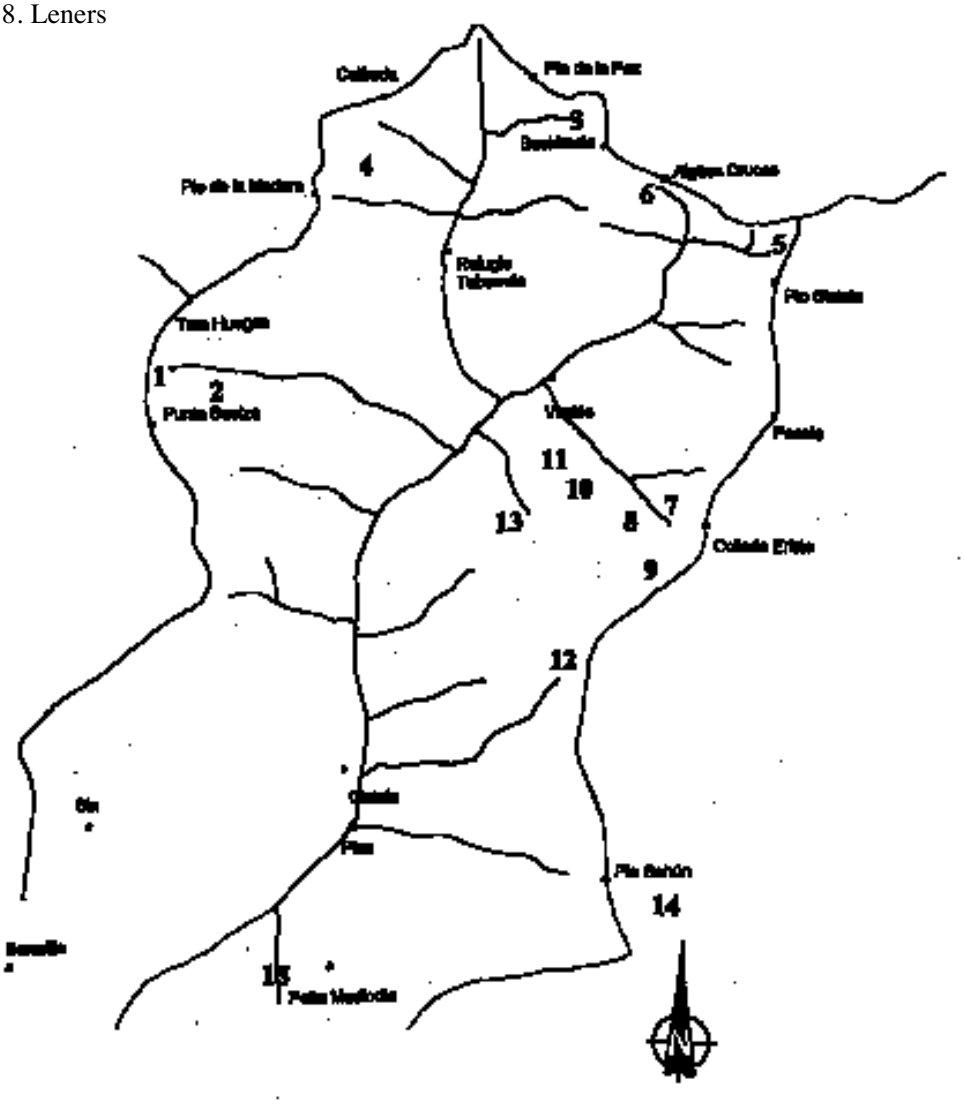
Sus aguas alimentan el alto Cinca, aunque resulta más cómoda una ruta que parte de la cuenca del Cinqueta. Alcanzar los ibones de Barleto es hoy en día menos costoso partiendo desde Sin por la pista que recorre Serveto y la entrada de Señés hasta el herboso collado de la Cruz de Guardia. Largo recorrido que puede realizarse en coche. Este puerto es un perfecto mirador del valle de Pineta que se abre en forma de artesa hacia el oeste. La pista finaliza descendiendo levemente hasta un hermoso paraje impregnado del melancólico ambiente que ofrece una antigua borda, muy bien mantenida por los pastores, cerca del collado de Las Pardinas. Desde aquí, ascender hacia el oeste por una loma herbosa, superando otra construcción pastoril en peor estado. Al alcanzar el espolón que desciende desde la cumbre de Punta Suelza, ascendemos cómodamente por él hacia el norte hasta vislumbrar a nuestra izquierda los dos ibones de Barleto.

Una vez en sus orillas, merece la pena asomarse a las profundidades del valle del Cao, remontando una suave pendiente al noroeste de los lagos de Barleto. Te gustará la estampa que ofrece el ibón bajo el altivo cresterío de Peña Fulsa. Desde aquí, no reviste ninguna dificultad especial ascender a Punta Suelza. Desde la cumbre puedes descender un tramo por la cresta hacia el sur y, salvando unos cortados, deslizarte entre las pedreras por sus laderas orientales. Doblegando la cresta hacia el norte, descubrirás dos pequeños ibones que asoman en un pequeño rellano que dibuja la abrupta ladera NE de Punta Suelza (el mapa IGN 1:25.000, hoja de Bielsa, sólo señala el mayor de los dos). A sus pies, el barranco de la Sallena se engalana de un maravilloso bosque de pino negro. Si vuelves al punto de partida, debes trasponer la cresta que une Punta Suelza y el pico Verdemené. El mapa de la editorial alpina (Ordiceto, Bachimala, Cotiella) señala el ibón de Verdemené, pero en realidad está ya colmatado. Una llanura turbosa es lo que queda de él.

El mapa del IGN 1:25.000, hoja San Juan de Plan, muestra otras dos pequeñas acumulaciones de agua que pueden visitarse en esta excursión: una está localizada en el plan del Monzarro, al este del collado de las Pardinas, y la otra, en la cabecera del barranco de Chinachinés, es accesible desde dos kilómetros antes de alcanzar el collado de la Cruz de Guardia, caminando a media ladera por el pasto en dirección NE.

Ibones de la cuenca del Cinqueta

1. Ordiceto
2. Suelza
3. Bachimala
4. Madera
5. Añes Cruces
6. Aygues Tortes
7. Millares
8. Leners
9. Lletao
10. Luceros
11. Solana
12. Sen
13. Plan de l'Abet
14. Cazanía
15. Basa de la Mora



Ibón del Puerto superior de Aygues Tortes y de Añes Cruces[9]

Desde el refugio de Viadós se asciende por un sendero que se encarama por la cresta que separa la cuenca del Cinqueta de la Pez y el Cinqueta de Añes Cruces. Al principio entre pinos negros, pronto por pastizal, se deja atrás la vetusta cabaña del Sarrau y se continúa subiendo por el lomo de la montaña que va virando del norte hacia el este hasta alcanzar el collado de la Señal de Viadós. En sus proximidades no existe ningún ibón, tal y como señalan algunos mapas. Caminamos a media ladera entre tasca, neveros e incómodas gleras formadas por esquistos resbaladizos, muy lisos y brillantes (con abundantes micas), hasta alcanzar el torrente que baja del ibón superior de Aygues Tortes.

El laguito es muy pequeño, con aguas inquietas y superficiales. Está asentado sobre pizarras y areniscas. Las piedras que caen de las empinadas laderas del macizo de Bachimala lo van colmatando. Se alimenta de las aguas que funden de un extenso nevero que aún resiste el sol del verano, al este de las puntas del Sable[10] y Schrader. No permanecen retenidas mucho tiempo; pronto abandonan esta exigua cuenca ansiosas por deslizarse libremente, dando pequeños saltos, ladera abajo.

En dos minutos escasos puedes asomarte al puerto fronterizo, donde contemplarás las azuladas aguas de los lagos franceses de Aygues Tortes. La vista del macizo del Posets y de su cresta norte es desde aquí espléndida.

Para enlazar con la ruta al ibón de Añes Cruces, hay que descender junto al torrente que brota del lago y ascender por incómodas pedrizas de tonos rojizos, intentando aprovechar algunos breves pasillos de hierba. El ibón es grande y muestra unas tranquilas aguas azuladas. Desde aquí es fácil ascender al pico de la Madera y asomarse a la vertiente de Clarabide. Otra opción es descender un poco, continuando a media ladera entre las gleras de arenisca rojiza para alcanzar el collado de Gistaín[11].

Rodeando una prominencia hacia el sur, encontrarás un llano encharcado, donde antiguamente se localizaba un ibón que indica el mapa IGN 1:25.000. Es una enorme dolina asentada sobre pizarras margosas rodeadas de calizas. Parece que el agua se pierde por un llamativo agujero —*Forau de Gistaín*—, que alimenta el cauce del barranco de Gistaín.

El regreso, más cómodo, puede hacerse siguiendo el curso del Cinqueta de Añes Cruces. Se desciende atravesando un espectacular estrecho donde se unen los

[9] Conocido en el valle como *Ibón Royo*.

[10] En el país, *Sabre*. Existe una confusión muy común entre este *Sabre* —que suele aparecer como (El) Sable— y la cercana *Pena l'Ixabre* —que se nombra en los mapas como Peña Lescabres o Leschabres—.

[11] Así se denomina en la cartografía lo que para los chistabinos es el *Collau d'Estós* y para los benasqueses el *Collau de Chistau*.

barrancos que bajan de los collado de Clarabide[12], Aygues Tortes y Gistaín. Se camina entre praderas revestidas de abundantes flores en la base de las escarpadas laderas del pico Lescabres[13]. Proseguimos por la ribera derecha de un torrente con rápidos y cascadas. El valle se abre al llegar a Viadós, donde se mezclan varias bordas que ofrecen un toque humano que contrasta fuertemente con la aspereza de las abruptas laderas del macizo del Posets[14].

Ibones de Bachimala

Remontando el valle del Cinqueta discurre un tenue sendero que franquea el puerto de la Pez y desciende por la vertiente norte hasta alcanzar Loudenvielle. Afiladas crestas que superan los 3.000 metros de altitud flanquean el valle; Batoua o Culfreda al oeste y Bachimala al este. Custodiados por el contrafuerte occidental y el espolón norte de la cumbre principal de este último macizo, los ibones de Bachimala se esconden en elevadas depresiones situadas en una plataforma que se desploma de forma abrupta hacia el valle del Cinqueta de la Pez.

El itinerario a estos ibones diverge de la ruta habitual a Viadós, en una curva a la derecha muy cerrada, después de superar el campamento Virgen Blanca. Seguimos la pista que continúa paralela al curso del Cinqueta de la Pez. Atravesamos este inquieto riachuelo por dos ocasiones en un tramo especialmente atractivo por la bravura de las aguas y la hermosura de las gargantas que va tallando. El panorama se abre en un llano en el que se asienta el refugio de Tabernés. Desde aquí, volvemos a cruzar el torrente y remontamos su curso por su margen derecho. Las laderas del valle se tapizan de sufridos ejemplares de pino negro. Al poco tiempo de atravesar el torrente de la Culrueba queda a la vista una vetusta cabaña de piedra de uso pastoril. El sendero alcanza una superficie más llana en el Vado de Bachimala. Aquí confluyen los torrentes de la Madera y Bachimala. Debemos seguir hacia el norte, atravesando el paso del Gato, hasta el Plan de Culfreda. Desde este punto ya no prospera el pino negro. De aquí en adelante convive un áspero pastizal entre las rocas, cada vez más dominantes.

El torrente que desciende de los ibones de Bachimala surca un barranco que funde sus aguas con el Cinqueta en el Plan de Balinet. En este punto dejamos la ruta al

[12] También *Clarabida*, en el país.

[13] *Pena l'Ixabre*.

[14] Su denominación popular es *Lardana* en el valle de Chistau —*Llardana* en Benasque—. El nombre "Posets" para este pico era totalmente desconocido por la población hasta su divulgación en los mapas; en el valle de Benasque se conoce por *Posets* otra partida de la montaña.

puerto de la Pez y ascendemos por el margen izquierdo del torrente en dirección este. No hay sendero. Superamos esta exigente pendiente de una forma intuitiva: hierba, rocas, pedreras y algunos pequeños resaltes que requieren utilizar las manos en algunos puntos.

A los 2.400 m. la pendiente disminuye. Entramos en una vaguada donde en poco tiempo se van descubriendo, uno tras otro, seis bonitos ibones que reposan en las entrañas de Bachimala. Estos lagos conservan hielo en sus aguas hasta bien entrado el mes de julio. La contemplación de estos remansos azulados dulcifica la imagen de un abrupto paisaje dominado por la roca.

Desde aquí es fácil encaramarse al pico Abeillé, último "tresmil" de la cresta norte del macizo de Bachimala.

Balsas de la Madera

Son dos pequeñas acumulaciones de agua muy próximas al sendero que comunica los valles de Cinqueta de la Pez y Riomajou[15] a través del puerto de la Madera.

Para llegar hasta ellas hay que seguir el recorrido de la ruta anterior hasta el Vado de Bachimala y ascender con dirección oeste, por la derecha del barranco de la Madera. El sendero, un poco confuso en su inicio, asciende por un bosque poco denso de pino negro hasta los 2.000 m. Después, por terreno despejado se alcanzan las balsas.

Merece la pena continuar veinte minutos más hasta el puerto de la Madera. Desde allí contrasta el intenso verdor de los pastos del valle francés de Riomajou con respecto a los de la vertiente altoaragonesa. Si continúas por la cresta hacia el norte, alcanzarás sin ninguna dificultad técnica los picos de Batoua o Culfreda.

Ibones de Millares[16], Leners, Lletao[17], Luceros y Solana[18]

En torno a los picos de Bagüeñola se extiende una extensa superficie granítica salpicada de ibones. Los emplazados al NO de la cresta principal desaguan hacia el

[15] Es común en nuestra vertiente la denominación *Riomayor*.

[16] Su nombre autóctono es *Ibons d'es Millars (Millás)*.

[17] En el país, *Ibón Azul*. Próximo a él, hacia el este y vertiendo al Ésera, se encuentra el *Ibón Chelau*. Es posible que una mala transcripción de algún cartógrafo haya dado lugar a la confusión entre el *Chelau* popular y el "Lletao" de los mapas, nombre éste desconocido por los habitantes del lugar.

[18] Conocido por el *Pixón*, nombre que recibe también el barranco que nace de él.

Cinqueta. Su acceso más cómodo parte desde Viadós, aunque también es posible llegar a ellos desde otros puntos: hollando el collado de Rechanzar desde el lago del Sen, desde el valle de Barbarizia[19] o bien por los altos pasos de Millars y Eriste, desde la cuenca del Ésera.

Desde el refugio de Viadós, por la ribera derecha del Cinqueta Añes Cruces, rodeado de bordas, va una senda que remonta el río hasta el collado de Gistaín. La dejamos en una bifurcación con otro camino que atraviesa el río por un puente de troncos. Se vuelve un poco aguas abajo hasta encontrar una senda que asciende por el barranco de la Ribereta. Caminarás por un denso bosque de pino negro que más arriba se va aclarando hasta entrar en el dominio del pastizal. Tres pinos secos y retorcidos que todavía se mantienen erguidos marcan el inicio de un recorrido por granitos que destacan por la blancura de sus tonos. Rocas lisas, aborregadas, pulimentadas por las potentes masas de hielo que se deslizaron sobre ellas en el cuaternario.

Los dos primeros ibones, Millars y Leners, muestran pequeñas presas bastante mimetizadas con el entorno. El sendero entre estos dos grandes lagos, muy bien conservado, transcurre entre enormes bloques graníticos desprendidos del cercano macizo de Bagüeñola. Este magnífico entorno queda afeado por las ruinas de los barracones que se construyeron cuando se represaron las aguas. Cerca de ellos, puedes hacer un recorrido, entre caóticos granitos, por pequeñas balsas cercanas, poco significativas.

Ascendiendo hacia el sur, llegaremos a un pequeño lago antes de introducirnos en la escondida cuenca del ibón Lletao —o *Azul*—. El reino mineral gobierna estas alturas.

Merece la pena continuar ascendiendo hasta una depresión en el cresterío que forman las agujas del Sen y asomarse al lago del mismo nombre. Descendiendo al NO por una estrecha vaguada, descubrirás otro ibón (lo denominaremos Luceros III), desde cuyas proximidades puedes ascender a la cuenca del lago más extenso de Luceros. Muy próximo a él, junto a su orilla sur, se esconde otro pequeño ibón.

De las aguas de Leners a las de Luceros también podemos descender siguiendo hitos. Prosiguiendo hacia abajo por un mal camino entre pedreras, barras rocosas y algunos pinos, en aproximadamente una hora alcanzamos el ibón de la Solana —o Pixón—. Su vertiente norte alberga ya un tupido bosque de pinos, mientras que, por el sur, una ladera pedregosa que cae de la cresta occidental del pico Rechanzar se hunde en sus azuladas aguas.

Por debajo del lago de la Solana conviene dejar el torrente y desviarse a la derecha, siguiendo hitos por el bosque hasta encontrar un camino que conduce con comodidad al fondo del valle, en las cercanías de Viadós.

---

[19] Los ibones de *Barbarizia* —o Barbarisa— y el *Ibón Chelau*, orográficamente ya en Ribagorza, pertenecen a San Juan de Plan. Por el mismo ibón grande pasa la divisoria entre los términos municipales de San Juan y Sahún. Así, pese a estar administrativamente en Sobrarbe, no los consideramos, puesto que vierten aguas a la cuenca del Ésera y no a la del Cinqueta.

Hermoso recorrido por bosques, praderas, pastos y pedreras, por una zona en que abundan los ibones, pequeñas perlas azules, acrisoladas en el granito, que se forjaron con los últimos períodos glaciares y quedaron al descubierto cuando los hielos fueron retirándose de las laderas del macizo de los Bagüeñolas...

Balsas del Plan de l'Abet

Un cómodo y corto paseo por bosque nos conduce a estas tres balsas gracias a una pista que se bifurca de la ruta de San Juan de Plan a Viadós, después de superar el paraje de El Grado. Esta pista asciende en zigzag, y en una hora alcanza las balsas localizadas en un claro del boque. Contemplarás muy buenos ejemplares de pinos, serbales y abedules.

Ibones del Sen

Un poco antes de llegar a la curva desde donde parte la pista a las bordas de Viadós, un sendero atraviesa el puente Pecador y serpentea entre bosques y prados por una loma a la derecha del barranco del Sen —Sein en muchos mapas—. Superamos unas bordas y más arriba un resalte rocoso. A los 1.800 metros de altitud, el sendero cruza el torrente, elevándose por el margen izquierdo, en algunos tramos perfectamente tallado en la roca. Pasamos junto al refugio de la Solana del Sen, que se encuentra en perfecto estado para pernoctar, y en una hora de moderada pendiente entramos en el circo del Sen. Un pequeño lago represado es la antesala al ibón principal. Este solitario paraje es fantástico. Impresionan las agujas del Sen, asentadas sobre imponentes murallones, que emergen poderosas sobre las aguas. En dirección oeste, rodeando un promontorio, se encuentra un tercer y humilde ibón.

Desde este desconocido valle, muy poco visitado, se puede hacer travesía a Viadós por el collado de Rechanzar o al puerto de Sahún desde el collado de Barbarisa.

El Cabo Pientes[20]

Al norte de la sierra de Chía se asientan dos pequeñas balsas sobre un sustrato calizo fuertemente karstificado. Aunque orográficamente se encuentran en la cuenca del Ésera, administrativamente pertenecen al término de San Juan de Plan.

Su acceso es muy cómodo desde el puerto de Sahún, punto culminante de la pista que une Chía con Plan. Desde allí, ascendiendo ligeramente en dirección SE, se atraviesa una amplia zona de pastos que alterna con tramos de calizas descarnadas que desarrollan lapiaces. Siguiendo sendas de ganado, se alcanza rápidamente la primera balsa en la zona de contacto entre el pasto y los farallones rocosos. Superando, en dirección este, un collado herboso, alcanzamos una extensa dolina en cuyo interior reposa la segunda balsa.

Ambas sufren sensibles pérdidas durante el período estival, secándose, a veces por completo, al final del verano.

Por inclinadas laderas se alcanza el pico Casanía —o *Cabo Pientes*—, y, continuando por la cresta, disfrutando de un extensísimo panorama, puedes coronar la máxima altitud de la sierra de Chía. Destacan por su cercanía, al norte, el valle de Barbarisa y el macizo de los Bagüeñolas.

Ibón de Plan o Basa de la Mora

La Basa de la Mora, también conocida como ibón de Plan, y el entorno que la rodea conforman uno de los rincones más singulares del Pirineo. La sorprendente gama de tonalidades que ofrecen las laderas desnudas de la Peña de la Una y Llosat[21] contrastan con el verdor de los pinos negros que se concentran en pequeños bosquetes a los pies de estas montañas. La singularidad de los Macizos de Cotiella y la alternancia asimétrica de sus bandas de caliza y arenisca, el pasto verde y jugoso que rodea al ibón, las vacas…

Todo ello llena de armonía este paraje y le otorga una magia particular. El paisaje parece corresponderse mejor con las montañas norteamericanas y los grandes bosques de coníferas que con su emplazamiento, al sur del corazón del Pirineo.

[20] En la cartografía, sobre las llamadas *Cuatro Cruces* —límite entre los términos de Plan y Chía—, se llama "Pico Casania" al conocido como *Cabo Pientes*. *Cazanía* es otra partida del monte de Plan.

[21] Popularmente, *Picollosa*.

Hoy en día, la ruta más frecuentada es la que se inicia en la pista que arranca en Saravillo y finaliza, tras 14 kilómetros de andadura, en el collado del ibón. Junto a un refugio allí emplazado, desciende un camino hasta una llanura tapizada de pinos con abundantes praderas. Siguiendo los hitos, en veinte minutos llegamos a la Basa de la Mora.

La ruta que nosotros elegimos parte desde Plan, o desde el embalse Plan de Escún, e inicia el ascenso por el márgen derecho del barranco del ibón, por un magnífico sendero, bajo un frondoso hayedo-abetal muy bien conservado. Más arriba dominan los pinos. El sendero cruza el torrente y más arriba vuelve a su ribera derecha. Ya en las proximidades a la planicie previa al ibón, la pendiente disminuye y se disfruta de un magnífico sotobosque típico del piso subalpino: pino negro, arándano, algunas matitas de frambuesas... Agradable recorrido por bosque que con creces compensa el esfuerzo que requiere su ascenso.

Anexo 1. Catálogo de ibones del Sobrarbe

N.º	Nombre ibón	Altitud	Puntos de acceso
01	Ordiso I	2.360 m.	Bujaruelo, collado Tendenera
02	Ordiso II	2.440 m.	Bujaruelo, collado Tendenera
03	Ordiso III	2.460 m.	Bujaruelo, collado Tendenera
04	Ordiso IV	2.130 m.	Bujaruelo
05	Vilá I	2.415 m.	Bujaruelo, collado Catieras
06	Vilá II	2.410 m.	Bujaruelo, collado Catieras
07	Vilá III	2.310 m.	Bujaruelo, collado Catieras
08	Cuello Piniecho	2.430 m.	Bujaruelo, collado Piniecho
09	Espelunz I	2.430 m.	Bujaruelo, collado Baciás-Brazato
10	Espelunz II	2.440 m.	Bujaruelo, collado Baciás-Brazato
11	Espelunz III	2.470 m.	Bujaruelo, collado Baciás-Brazato
12	Espelunz IV	2.560 m.	Bujaruelo, collado Baciás-Brazato
13	Espelunz V	2.390 m.	Bujaruelo, collado Baciás-Brazato
14	Batanes I	2.370 m.	Bujaruelo, collado alto Brazato
15	Batanes II	2.405 m.	Bujaruelo, collado alto Brazato
16	Batanes III	2.415 m.	Bujaruelo, collado alto Brazato
17	Batanes IV	2.310 m.	Bujaruelo, collado alto Brazato
18	Batanes V	2.305 m.	Bujaruelo, collado alto Brazato
19	Cresta de los Buitres I	2.280 m.	Bujaruelo, collado Letrero
20	Cresta de los Buitres II	2.370 m.	Bujaruelo, collado Letrero
21	Cardal	2.450 m.	Bujaruelo
22	Bernatuara	2.295 m.	Bujaruelo
23	Lapazosa	2.270 m.	Bujaruelo
24	Tallón I	2.730 m.	Brecha, Góriz, Cotatuero, Salarons
25	Tallón II	2.745 m.	Brecha, Góriz, Cotatuero, Salarons
26	Tallón III	2.745 m.	Brecha, Góriz, Cotatuero, Salarons
27	Cilindro I	2.790 m.	Góriz, Brecha
28	Cilindro II	2.885 m.	Góriz, Brecha
29	Helado Monte Perdido	2.980 m.	Góriz
30	Marboré I	2.590 m.	Pineta
31	Marboré II	2.550 m.	Pineta
32	Marboré III	2.540 m.	Pineta

N.º	Nombre ibón	Altitud	Puntos de acceso
33	Marboré IV	2.530 m.	Pineta
34	Munia I	2.525 m.	Pineta, Chisagüés
35	Munia II	2.530 m.	Pineta, Chisagüés
36	Liena	2.450 m.	Chisagüés
37	Barrosa I	2.115 m.	Hospital de Parzán
38	Barrosa II	2.120 m.	Hospital de Parzán
39	Pinarra del Puerto Viejo	2.180 m.	Boca sur túnel de Bielsa
40	Salcorz I	2.250 m.	Boca sur túnel de Bielsa
41	Salcorz II	2.440 m.	Boca sur túnel de Bielsa
42	Salcorz III	2.230 m.	Boca sur túnel de Bielsa
43	Salcorz IV	2.255 m.	Boca sur túnel de Bielsa
44	Trigoniero	2.400 m.	Antigua aduana de Bielsa
45	Ibonet Trigoniero	2.520 m.	Antigua aduana de Bielsa
46	Mener I	2.265 m.	Antigua aduana de Bielsa
47	Mener II	2.270 m.	Antigua aduana de Bielsa
48	Urdiceto I	2.315 m.	Parzán, Pista Plan-Viadós
49	Urdiceto II	2.335 m.	Parzán, Pista Plan-Viadós
50	Urdiceto III	2.380 m.	Parzán, Pista Plan-Viadós
51	Urdiceto IV	2.395 m.	Parzán, Pista Plan-Viadós
52	Urdiceto V	2.400 m.	Parzán, Pista Plan-Viadós
53	Cao	2.315 m.	Parzán, Bielsa, Pista Plan-Viadós
54	Barleto I	2.475 m.	Collado Cruz de Guardia
55	Barleto II	2.540 m.	Collado Cruz de Guardia
56	Suelsa I	2.325 m.	Col. Cruz de Guardia, Pista Viadós
57	Suelsa II	2.340 m.	Col. Cruz de Guardia, Pista Viadós
58	Monzarro	2.055 m.	Col. Cruz de Guardia, Pista Viadós
59	Chinachinés	2.085 m.	Col. Cruz de Guardia, Pista Viadós
60	Madera I	2.380 m.	Viadós
61	Madera II	2.385 m.	Viadós
62	Bachimala I	2.550 m.	Viadós
63	Bachimala II	2.545 m.	Viadós
64	Bachimala III	2.640 m.	Viadós
65	Bachimala IV	2.655 m.	Viadós
66	Bachimala V	2.660 m.	Viadós

N.º	Nombre ibón	Altitud	Puntos de acceso
67	Bachimala VI	2.680 m.	Viadós
68	Añes Cruces (*ibón Royo*)	2.655 m.	Viadós, Estós
69	Puerto Sup. Aygues Tortes	2.670 m.	Viadós
70	Millars I	2.355 m.	Viadós, collado Millars
71	Millars II	2.365 m.	Viadós, collado Millars
72	Leners I	2.515 m.	Viadós, collado Rechanzar
73	Leners II	2.555 m.	Viadós, collado Rechanzar
74	Lletao I	2.675 m.	Viadós, collado Rechanzar
75	Lletao II	2.725 m.	Viadós, collado Rechanzar
76	Luceros I	2.430 m.	Viadós
77	Luceros II	2.430 m.	Viadós
78	Solana (o *Pixón*)	2.200 m.	Viadós
79	Sen I	2.370 m.	S. Juan Plan, coll. Barbarizia
80	Sen II	2.365 m.	S. Juan Plan, coll. Barbarizia
81	Sen III	2.360 m.	S. Juan Plan, coll. Barbarizia
82	Plan de l'Abet I	1.850 m.	Pista Plan-Viadós
83	Plan de l'Abet II	1.855 m.	Pista Plan-Viadós
84	Plan de l'Abet III	1.865 m.	Pista Plan-Viadós
85	Cazanía I (*Cabo Pientes*)	2.095 m.	Puerto de Sahún
86	Cazanía II	2.020 m.	Puerto de Sahún
87	Basa de la Mora	1.915 m.	Pista Saravillo, Plan, Plan d'Escún

Anexo 2. Cartografía utilizada

1. Mapas del Instituto Geográfico Nacional. Hojas 1:50.000

   145 Sallent
   146 Bujaruelo
   147 Liena
   179 Bielsa

2. Mapas del Instituto Geográfico Nacional. Hojas 1:25.000

147-III Liena
147-IV Bachimala
179-I Bielsa
179-II San Juan de Plan
179-IV Plan

3. Mapas Editorial Alpina:

1:25.000, Panticosa, Valle de Tena
1:40.000, Valle de Ordesa
1:25.000, Bachimala
1:25.000, Posets
1:25.000, Cotiella

4. Cartes de randonnées Pyrénées: Hojas 1:50.000

3. Bearn
4. Bigorre
5. Luchon

CADO LITERARIO

COPLAS PARA UNA TIERRA: SOBRARBE

MARIANO CORONAS CABRERO

Coplas para una tierra: Sobrarbe es una pequeña recopilación de tres colecciones de seis coplas cada una, que tienen a nuestra comarca como horizonte creativo. Fueron escritas en momentos distintos para ser presentadas al concurso de coplas que anualmente convoca *Amigos del Folklore Altoaragonés*.

Las coplas, las jotas, pueden servir también para denunciar los atropellos que se hacen contra una tierra o para contar y cantar los hermosos paisajes que esta tierra esconde. Con esta idea se hicieron y están a disposición de joteros y rondadores para que las incorporen a su repertorio si se deciden a variar la temática que las jotas tradicionales desarrollan. Están escritas unas en español y otras en aragonés, reflejo de lo que podría ser hoy día el territorio de Sobrarbe —una comarca bilingüe— si la historia hubiese sido otra, y el tratamiento de las formas de expresión, radicalmente distinto al que ha sido.

I

Soy de Labuerda nacido,
pueblo del viejo Sobrarbe;
tierra de historia y leyenda
forjada a golpes y sangre.

Por estos altos parajes,
entre nubes y montañas,
la libertad nos la trae
el viento de la mañana.

En lo alto de las cumbres,
bajo la nieve escondidos,
guardan los montañeses
nuevos sueños, viejos mitos.

Tres cosas hay en Sobrarbe
de valor reconocido:
sus mujeres y sus hombres
y el Cinca, que es su gran río.

Soledad, muchos pantanos,
mala comunicación…
hicieron de mi Sobrarbe
un lugar de emigración.

¡Por el paisaje y la vida!
¡Contra una nueva agresión!
Gritamos hoy: ¡no a la línea,
Línea de Alta Tensión!

Julio de 1990

II[1]

Sobrarbe tie muita istoria
dende os tiempos ya pasaus;
cal triballar pa beyer
o futuro asegurau.

A Zinca baixa d'os zerros,
mayencos n'a primabera,
con a mesma direzión
que os que deixón ista tierra.

[1] El 29 de agosto de 1992 fueron premiadas con el primer premio en "Colección de seis coplas por parte de los *Amigos del Folklore Altoaragonés*.

Con a tierra que tenemos,
l'augua, triballo y paisache,
¿por qué se'n ba tanta chen
deixando buedo Sobrarbe?

Os güellos d'os sobrarbeses
ban t'a Peña Montañesa;
tienen a güellada alta,
firme, clara y bien zereña.

As flors, árbols y animals
que biben en a montaña
s'implen de bida y de goyo
cuan t'asomas t'a ventana.

Tos donaré a despedida
a l'estilo de Sobrarbe:
que no falte pan y bino
que toz tenemos güen saque.

Julio de 1992

III[2]

"Sobrarbe, as cuatro estazions".
As estazions se suzeden
una añada y atra añada
y en Sobrarbe a bida sigue
entre goyo y desaspranza.

Cuan plega a primabera
berdeyan campos y mons,
baixa mayenco en os ríos
y oloran plandas y flors.

[2] El 16 de septiembre de 1994 se les concedió el premio "a la mejor copla escrita en fabla aragonesa", premiándose la colección completa.

O berano siempre trai,
con as calors y güen tiempo,
asabela chen que torna
a donar bida a istos pueblos.

L'agüerro torna atra bez
ta istas tierras de Sobrarbe,
ranca as fuellas d'os árbols
y amarillea o paisache.

Cuan a fridor de l'ibierno
imple o paisache d'os pueblos,
ye cuan millor se siente
a tristeza d'estar buedos.

Antonzes tó ye soledá,
cudiada por cuatro biellos,
que miran as suyas mans
y remugan os ricuerdos.

Julio de 1994

La bruja. Una leyenda del Sobrarbe

María Luisa Martínez Arruego
(Dibujos realizados por: María Ibáñez Martínez)

¡Y en el principio fue la mujer…!

En los albores de la humanidad, en el corazón de la prehistoria, los géneros y funciones estaban perfectamente delimitados: el macho cazaba para mantener a su gente y hacía la guerra para defender su terreno. Y la hembra cuidaba el fuego y se entretenía soñando y orando a sus dioses ancestrales, los dioses de la Naturaleza. Recorría campos y bosques y su sabiduría femenina le indicaba las flores y plantas dulces y benéficas. Hacía su particular cosecha y, de regreso, en su cueva transformaba las hierbas en brebajes y ungüentos para curar a su familia y animales domésticos.

En las noches de luna, observaba el cielo y los astros y, poco a poco, se atrevió a predecir el futuro. Más tarde, la mujer, vidente innata, fue adorada y consultada por reyes y guerreros. Era la época del dulce matriarcado, la era de la sibila tratada como una diosa. Jules Michelet, el gran historiador francés, en su estudio sobre la brujería, *La sorcière*, comenta: "La mujer, la maga, es el principio de la Religión y de las Ciencias".

Pero llegó la Edad Media y el tiempo del fanatismo religioso. El papel de la mujer como jefe espiritual fue relegado. Lo suyo fueron las labores hogareñas y el criar a los hijos. En todo caso, se convirtió en la musa de trovadores y en la "dama de pensamiento".

Aquella mujer sabia, la sibila, la médico de la aldea, tuvo que retirarse a los bosques. Allí, despreciada por sus vecinos, aprendió a odiar. El "hada buena" se convirtió en la "maga negra", la bruja.

En sus largas caminatas por el bosque descubrió las plantas malditas, las solanáceas que envenenan la sangre y dan la muerte. De entonces surgieron las historias de la bruja que visita los cementerios y que, en noches de luna llena, sale en busca de la mandrágora que crece bajo el árbol del ahorcado.

La gente del lugar la temía pero era "un mal necesario". Bruja que en sus años de juventud y belleza concedía sabios favores a los hombres y en la vejez vendía sus filtros de amor y de muerte. Estos conocimientos mágicos fueron transmitidos de madres a hijas y la magia blanca y negra perduró a través del tiempo.

En los siglos posteriores, sobre todo en el XVI y XVII, la bruja fue brutalmente perseguida. La Inquisición incrementó el número de acusaciones de brujería para desviar la atención del pueblo sobre su responsabilidad en la crisis de la sociedad medieval. De esta forma, el clero y la nobleza se presentaban como "protectores" de la humanidad frente a un enemigo difícil de detectar. Cientos de presuntas brujas y sus cómplices terminaron sus vidas en un auto de fe en una hoguera.

Actualmente, en estos tiempos de crisis de valores, la magia y quienes la practican han hallado un nuevo "siglo de oro". Brujas y videntes son consultadas como antaño. Publicaciones esotéricas, mezcladas con novelas de ciencia ficción, proliferan en las librerías del mundo entero.

La leyenda

La leyenda que voy a relatar data de finales del siglo pasado. Y, con más o menos detalles, este cuento se repite en distintos lugares del Pirineo oscense.

En una noble villa del viejo Sobrarbe, cobijada bajo la sombra de un ruinoso castillo famoso como lugar de antiguos aquelarres, vivía una anciana que, según las malas lenguas del lugar, sabía echar el "mal de ojo". La llamaremos la *Tía Frasca*, nombre que llevan todas las brujas que se precien de serlo.

Los niños la temían y raro era el zagal que no daba un rodeo a fin de evitar pasar por delante de su casucha. La mujer subsistía gracias a la caridad de sus vecinos y también de algún "arreglillo" que, con sus pretendidas artes, prestaba a la gente que por la noche y en el más profundo secreto la visitaban.

Era tiempo de Navidad y todo el pueblo se preparaba para estas fechas tan señaladas. En casa de una familia conocida por su religiosidad y obras de caridad, se había celebrado la cena de Nochebuena. Todos, grandes y gente menuda, terminaban de saborear el tierno cardo con salsa almendrada, las olorosas *chiretas* y los dulces *crespillos* hechos con mimo y paciencia por las mujeres de la casa. Hasta un culín de poncho dejaron probar a los chicos. Era una noche especial.

Tan pronto como las campanas de la iglesia recordaban al pueblo entero el nacimiento del Niño Dios, todos buscaron sus prendas de abrigo para asistir a la Misa del Gallo. Las mujeres, arrebujadas en sus mantones; los niños, con las gruesas bufandas hasta los ojos. El calorcillo de la colación y el licor les abrigaba por dentro.

En la vieja cocina se había quedado el abuelo, el patriarca, casi centenario pero con sus facultades intactas. El aroma de las castañas asadas en la lumbre perfumaba la estancia. El anciano se sentó en un taburete delante del fuego. Poco a poco, el crepitar de las llamas y los últimos toques de la media noche le adormecieron. Una leve y misteriosa niebla llenó la cocina. El abuelo en su duermevela se sentía transportado a su

lejana juventud y un recuerdo, una imagen sutil, se insinuaba en su cerebro: aquella muchacha bellísima que había aparecido en el pueblo y de la que nadie sabía su origen. Había encandilado a todos los mozos pero, esquiva y altanera, rechazaba los requiebros. En su ensueño, el anciano recordó la dulce sonrisa de la joven y también cuando, al cruzarse las miradas, notaba en la de ella una invitación a comunicarse. Se sentía trastornado. La educación estricta triunfó ante aquella tentación, ante aquel fruto prohibido que se le ofrecía y nunca más le permitió la mas leve insinuación. Dejó de saludarla y olvidóse de ella.

Estaba en estos sueños cuando un ruido espantoso le hizo despertar. Ante sus ojos un gato enorme, negro y con mirada burlona le desafiaba. El abuelo, muy asustado y con extraño frío en las entrañas, se levantó de golpe y derribó el taburete. Antes de que el animal se le acercara, cogió su *gayata* y golpeó con gran fuerza al animal en una pata. El gato dejó oír un maullido de dolor y desapareció.

Al rato regresaron los familiares y vieron al abuelo nervioso y con cara de susto. Sin dejar pasar más tiempo les contó lo sucedido. Los niños, con su libertad para imaginar, temblaban de miedo. Los mayores pensaron que el abuelo empezaba a chochear y le convencieron de que sólo había sido un mal sueño.

Al día siguiente, las mujeres madrugaron para amasar el pan y preparar la gran comida de Navidad. Tras los cristales empañados se veía caer la nieve blandamente. El día amaneció frío pero sereno. El sol hacía brillar el blanco manto como cubierto de pequeños diamantes.

El abuelo salió de su casa y, bien abrigado con su cálida pelliza, se dirigió a visitar los campos. Bajó la empinada cuesta desde donde se divisaba la cinta plateada del río. Con placer contempló sus tierras y el ganado bien al abrigo en la borda. El frío espoleaba su marcha. Un poco más lejos tenía su pobre vivienda la Tía Frasca. Al pasar por delante de la casa se abrió la puerta y la vieja apareció apoyada en un palo y cojeando penosamente. El abuelo, persona de buenas maneras, aminoró su paso y saludó cortésmente:

—Buenos días y feliz Navidad, seña Frasca. ¿Qué le pasa, se ha resbalado en la nieve?

Y la vieja, con una mirada de odio que le hizo recordar la del gato del sueño, casi le gritó:

—¡Hijo de mala madre, dos veces me has herido. Hace tiempo con tu desprecio y la noche pasada con tu bastón. Maldito seas!

APÉNDICE

Normas para la presentación de originales

Los trabajos que se atengan a la orientación de esta *Revista* se enviarán redactados en cualquiera de las lenguas de uso pirenaico, aunque preferentemente en castellano o aragonés, dado el ámbito de la misma, presentados —como máximo— en 50 páginas de formato DIN A4, mecanografiados o impresos a doble espacio o, directamente, por procedimientos informáticos (con preferencia, legibles para *Macintosh),* a la sede del *Centro de Estudios de Sobrarbe:* Casa de la Cultura, 22340 BOLTAÑA (Huesca).

La entrega informatizada del original no exime de adjuntar una copia impresa de cortesía y seguridad. La maquetación correrá a cargo de la *Revista,* lo que implica detalles como que no hay que incluir partición de palabras a final de línea ni espacios sistemáticos que no vayan fijados con tabuladores. De no presentarse el original por procedimientos informáticos con las notas ya incluidas a pie de página, éstas, siempre numeradas correlativamente, irán en hoja aparte, al final del texto. Es suficiente con nombrar la bibliografía empleada en nota respectiva, pero si el autor prefiere que las notas no sean autónomas, se colocará también al final ordenada alfabéticamente por los apellidos.

En las referencias bibliográficas, tanto si es mediante nota al pie como si se relacionan todas ellas ordenadas al final, se seguirá este orden para los datos, todos separados por comas: apellido(s) y nombre del autor, título de la obra (subrayado, que será cursiva si se presenta informatizado), editorial, lugar de edición y año, volumen ('vol') —si procede— y página(s) citada(s). Si se incluye la colección y el número correspondiente, irán entre paréntesis tras la editorial y sin coma previa. El responsable o coordinador de la edición —en el caso de Actas, Homenajes...— se coloca tras el título precedido de '(ed.)' o '(coord.)', según corresponda. También, mediante 'pról. de' o 'ed. de', el autor del prólogo y el preparador de la edición textual, respectivamente, o la forma completa 'edición, introducción y notas de'.

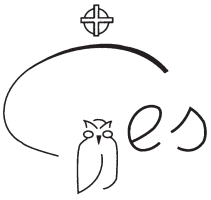
Para artículos de revista: título (entrecomillado), título de la revista (subrayado o con la itálica del ordenador), número del tomo y, en su caso, año (entre paréntesis y sin coma precedente), páginas que ocupa, página(s) citada(s). En el caso de homenajes, colecciones de artículos de uno o varios autores y libros en colaboración, se procederá como en las revistas pero intercalando la preposición 'en' entre el título del artículo y el del libro. Cuando convenga que conste el año en que se publicó por vez primera el estudio reeditado, puede ponerse entre corchetes después del título. Allí mismo puede precisarse el número total de volúmenes de la obra.

Para los estudios o textos escritos en aragonés, ya sea aragonés común o alguna de las variedades locales de Sobrarbe, se observarán las normas gráficas aprobadas en el *I Congreso ta ra Normalizazión de l'Aragonés* (Huesca, 1987). Al incluir voces aragonesas, los autores pueden optar entre el uso de dichas normas y la transcripción fonética (salvo, naturalmente, cuando se trate de la reproducción literal de un texto con características gráficas propias).

Las colaboraciones a esta *Revista* irán precedidas de una nota en la que figurará su título y un resumen de unas 10 líneas (más otro en castellano, si el original no se ha redactado en este idioma). Además, junto al nombre del autor o autores, es interesante hacer constar su trabajo, situación académica, direcciones, noticia de otras materias estudiadas o en proyecto relacionadas con Sobrarbe, etcétera, con el único fin de nutrir el fichero de personas que comparten los objetivos de este Centro de Estudios.

El texto impreso será el el resultante de la corrección —sin añadidos que modifiquen la maquetación— de pruebas, cuando las haya, o ese mismo borrador si no se devuelve corregido en el plazo fijado.

Tal como el autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y afirmaciones contenidas en sus escritos, el Consejo de Redacción decide su aceptación y, si es el caso, propone cambios formales en relación con estas normas.



Centro de Estudios de Sobrarbe

INSTITUTO DE ESTUDIOS ALTOARAGONESES